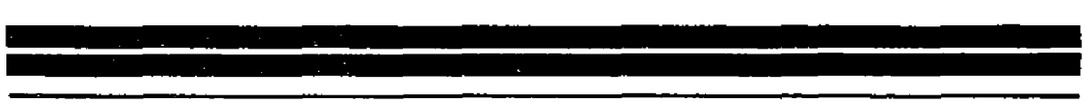
La poesía aragonesa del Barroco

José-Manuel Blecua

guara

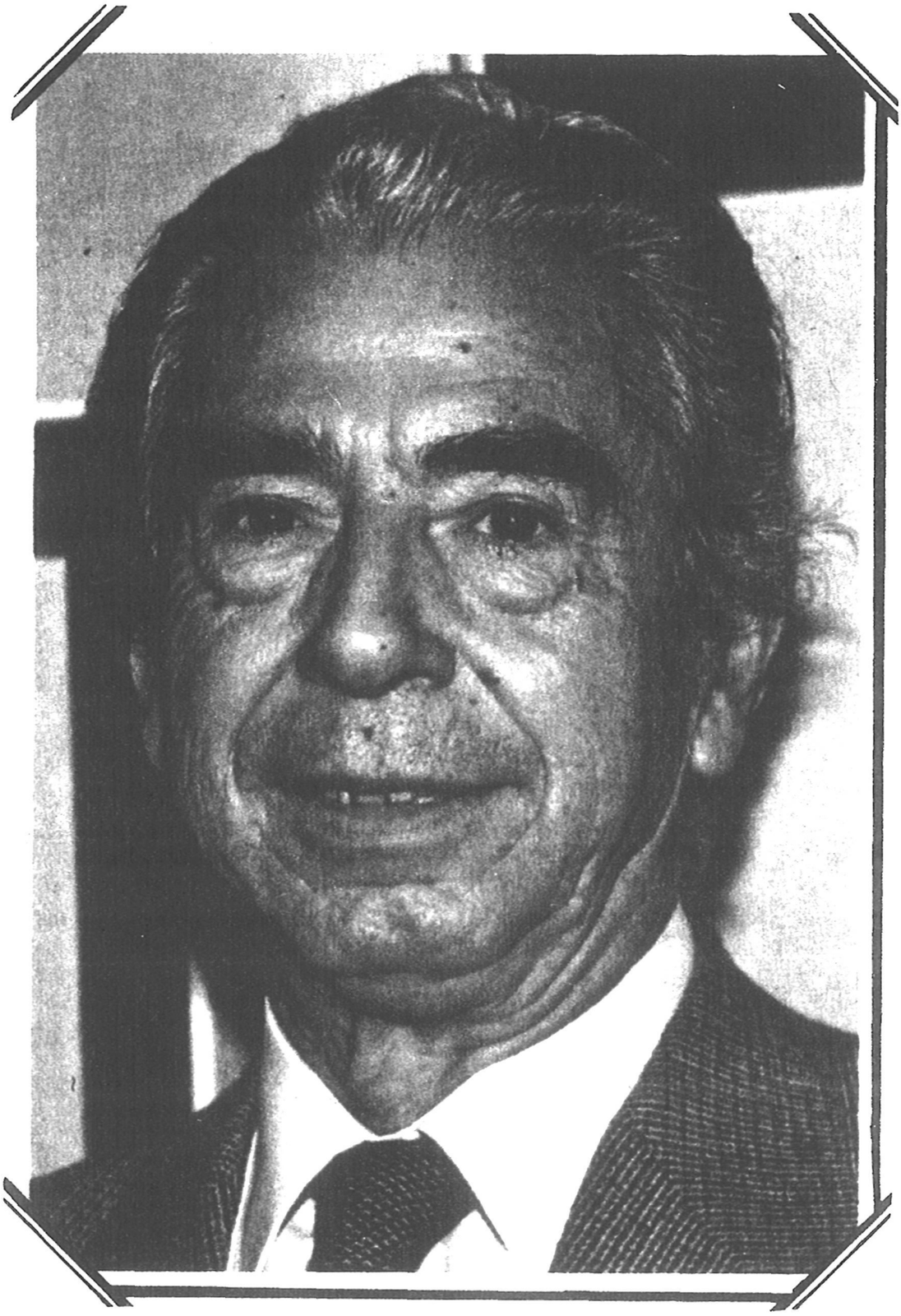
La Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses, rinde homenaje con su nombre a la antigua Biblioteca que fundó Tomás Ximénez de Embún en 1876 y de la que quiere heredar su voluntad de servir a la vida cultural de la región. Pero el adjetivo de «Nueva» no sólo refleja inevitablemente el siglo transcurrido entre uno y otro empeños, sino también la novedad del propósito actual. Como entonces, la Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses recogerá en su catálogo una cumplida nómina de los autores antiguos pero, a la vez, publicará a los más destacados del pasado inmediato y, con frecuencia, las obras de aquellos escritores vivos que vengan autorizados por su prestigio o su calidad. En todos los casos, los textos irán acompañados de introducciones informativas y valorativas, firmadas por especialistas. Los más antiguos se imprimirán en ediciones escrupulosas por lo que hace a la crítica textual y acompañados de las oportunas notas que los hagan más accesibles. La Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses se dirige, sin mengua del rigor filológico, a un público amplio que pretende incluir al especialista, al estudiante y al simple lector interesado por la literatura. Se ofrece en forma destacada a las gentes de Aragón, herederas en primer grado del patrimonio cultural de su pasado y testigos privilegiados de la obra creadora de hoy, pero es su designio contribuir sin reservas provincianas a la formación de una ideal biblioteca hispánica, lugar natural de la trayectoria de la literatura aragonesa.



La poesía aragonesa del Barroco

Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses

La **Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses** se realiza bajo la dirección editorial de José M.ª Pisa Villarroya, y la dirección literaria de José-Carlos Mainer Baqué.



José-Manuel Blecua (Foto E. N. Cábot)

© José-Manuel Blecua 1980, c/. José Oto, 24, Teléfono 976 - 39 64 80 - 50014 Zaragoza. ISBN: 84-7611-027-8. Depósito legal: BI-786-86. Impreso en España. *Printed in Spain*. Número Registro Empresas Editoriales: 1848/77.

La poesía aragonesa del Barroco

Edición de

José Manuel Blecua

Índice

Introducción 9
Selección 17
Fray Diego Murillo 19
Lupercio Leonardo de Argensola 25
Bartolomé Leonardo de Argensola 47
De uno de los Argensola 67
Anónimo 69
Francisco Gregorio de Fanlo 77
Juan Melendo 81
Andrés Melero 87
Fray Jerónimo de San José 97
Francisco de Sayas 103
Martín Miguel Navarro Moncayo 105
Don Manuel de Salinas y Lizana 113
Licenciado Ginovés 117
Juan Bautista Felices de Cáceres 121
Don José Pellicer de Ossaú 123
José Navarro 127
Alberto Díez y Foncalda 135
Luis Díez de Aux 141
Jerónimo de Cáncer y Velasco 149
Juan Nadal 155
Diego de Morlanes 159
Miguel Dicastillo 163
Tomás Andrés Cebrián 169
José Zaporta 171
Juan-Francisco Andrés de Uztárroz 177
Francisco Funes de Villalpando 181
Juan Fernández y Peralta 185
Don Juan de Moncayo y Gurrea 189
Ambrosio de Bondía 197
Doña Ana F. Abarca de Bolea 203
Vicente Sánchez 211
Baltasar López de Gurrea 215
Matías de Aguirre del Pozo y Felices' 221
Don José Tafalla Negrete 223

A Félix Monge

Introducción

Una sola intención me ha guiado en este trabajo: presentar la contribución aragonesa a la poesía española de fines del siglo XVI y durante todo el siglo XVII, es decir, la poesía del Barroco. Esta aportación aragonesa, si no ofrece el interés de la andaluza, por ejemplo, no por eso merece quedar en olvido, ni mucho menos. Creo que si poseyéramos amplias antologías de grupos regionales, nuestra historia poética de la Edad de Oro podría ser mucho mejor conocida de lo que es en la actualidad. ¿Quién no agradecería, por ejemplo, un libro antológico de la poesía sevillana o de la antequerano-granadina o de la valenciana? La dificultad que supone la lectura directa de tantos poetas andaluces, cuyas obras se encuentran desperdigadas en diversas bibliotecas, o en colecciones manuscritas de difícil consulta, quedaría soslayada, por lo menos en parte, con la publicación de libros de este tipo. Para lo cual, además, no faltan repertorios bibliográficos como el de Ramírez y de las Casas Deza para los cordobeses o el de Martí Grajales para los de Valencia. Teniendo en cuenta que, en muchos casos —sobre todo en poetas de segundo o tercer orden—, una selección acertada y honesta salva de una obra poética lo que ofrece algún interés y deja perecer en el polvo insensible de la biblioteca lo que hoy no llama la atención de la crítica. Pero todo, aun lo minúsculo, debe contribuir a la formación de la historia poética de esos siglos, tan necesitada de una mano cariñosa que le ayude a salir del vergonzante estado en que hoy se encuentra. La labor, además, no podría ser más grata, y las sorpresas, estoy seguro, abundarían.

Este deseo es el que guió mis pasos hacia la poesía aragonesa del siglo XVII. Y no es mi intención estudiar minuciosamente la biografía o bibliografía de cada poeta, aunque se den las notas necesarias e imprescindibles, sino presentar un amplio

número de autores, algunos de los cuales serán sólo poetas muy circunstanciales; pero otros ofrecerán, sin duda, un evidente interés.

No voy a intentar el estudio de lo que se ha llamado, gratuitamente, «escuela aragonesa», porque todos sabemos lo frágil y endeble de tal denominación. Los Argensolas, como ya veremos, tuvieron escasos seguidores, y, en cambio, el grupo gongorino es numeroso y ofrece poetas finos e interesantes. Sin embargo, hallamos una subterránea raíz que emparenta unos escritores con otros. Esta escondida veta, que aflora con toda plenitud en los Leonardos y con más o menos timidez en otros poetas, procede de lo que pudiéramos llamar el realismo aragonés. El aragonés, sensato y realista, poco imaginativo, rara vez deformará lo que entra por sus ojos; ama intensamente lo verdadero y ejemplar, de lo que procederá su afición a la Historia. Esto nos da la explicación de que muchos poetas sean, al mismo tiempo, eruditos investigadores. Algún crítico presentará enseguida los nombres de Gracián o de Goya como excepciones, pero bien estudiada la obra de ambos, su manera de ver la realidad responde al mismo criterio de objetividad aragonesa, aunque su labor vaya unida a otra de las notas más características: el profundo sentido ético del aragonés, su ansia de una sociedad mejor. El mundo no estará bien hecho ni para Gracián ni para Goya, pero tampoco para Buñuel ni para Sender; pero la misma actitud de reforma adoptará Bartolomé Leonardo. Por otra parte, la tendencia a la didáctica, a la norma y al canon imprimirá carácter a la obra argensolista, pero tambien a la de Luzán o más tarde a la de Miguel Agustín Príncipe. El grupo gongorino aragonés carecerá de las audacias de los otros poetas de su tiempo, como un Villamediana o un Soto de Rojas. Y no se olvide que un Gracián pagará su censo escribiendo un tratado como la Agudeza y arte de ingenio, *y una obra enteramente moralista. No en balde solía decir de los don Leonardos «que eran graves por lo aragoneses».*

Estas tres notas —apego a la realidad, contenido ético y amor al canon y a la norma— son las que unen entre sí escritores de muy diversas tendencias y de temperamentos también muy diferentes.

Generalmente, la representación del grupo aragonés las suelen ostentar en nuestras historias literarias los Argensolas, a los

cuales se unen los nombres de Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, Villegas y fray Jerónimo de San José. Sin embargo la influencia de los dos hermanos no fue decisiva, ni logró tampoco cuajar en un grupo coherente. Si exceptuamos el nombre de Martín Miguel Navarro y algún aspecto de la obra de fray Jerónimo de San José, los demás poetas, sobre todo los de la generación más joven, se apartarán de Lupercio y Bartolomé para ingresar en las filas de Góngora. No deja de ser muy significativa la respuesta de Nadal a una carta de Uztarroz en la que éste le comunica que las Rimas *de los dos hermanos estaban en la imprenta: «Las obras de los Leonardos me holgarán salgan presto y tengan la aceptación que merecen sus dueños; mas como no será la poesía al modo de agora, temo no agraden».*[1]

Se suele presentar también este grupo como una reacción contra el gongorismo, olvidando el hecho significativo de que son dos direcciones paralelas. Lupercio y Bartolomé recogen la más pura tradición clásica, renacentista y no petrarquizante, y continuarán fieles a ella durante toda su vida. No hay, pues, reacción. Y no estará de más recordar que Lupercio muere en 1613, año en que aparecen las Soledades, *y que Bartolomé ha creado ya su obra más feliz antes de esa fecha. Su obra hubiese sido la misma aunque la poesía española llevase otros derroteros. Fueron en cambio los enemigos de Góngora quienes presentaron la obra de los Argensolas como un modelo de elegancia. El Rector de Villahermosa se mantuvo siempre al margen de las polémicas, sin preocuparle gran cosa el hecho de que Góngora escribiese el* Polifemo *y las* Soledades; *más aún, creo, si mi memoria es fiel, que ni siquiera lo nombra. Más abiertos en los dos hermanos fueron los ataques a la comedia nueva e incluso a la popularidad de los romances pastoriles de Lope. En la contestación de Bartolomé a la epístola de Alonso Ezquerra, leemos estos versos tan significativos:*

> Hoy estuvimos yo y el nuncio juntos,
> y tratamos de algunas parlerías,
> echando canto llano y contrapunto.
>
> Mas no se han contar como poesías,
> pues no eres Filis tú, ni yo Belardo,
> enfado general de nuestros días.

No podemos, pues, seguir considerando su obra como reacción anticulterana. Quizá fuese más acertado considerarlos como

miembros de una generación que no quisieron incorporarse a las nuevas posibilidades que abrían los otros compañeros de carrera; ya que tampoco los vemos incorporarse a la corriente de revalorización de los metros populares. En toda su obra casi no aparecen romances ni letrillas, al revés de lo que ocurre con Lope de Vega, Góngora, Valdivieso y tantos otros.

En Zaragoza, el grupo gongorino fue bastante numeroso e incluso contó el racionero de Córdoba con sabios comentaristas y defensores, como ha estúdiado tan sagazmente Aurora Egido.[2] *Este grupo aparece con cierta cohesión reunido en una serie de Academias poéticas y en certámenes más o menos ocasionales, como el de la Virgen del Pilar de 1628, el celebrado por la muerte del príncipe Baltasar Carlos, el de Cogullada, etcétera.*[3]

La más importante de estas Academias fue, sin duda, la de los Anhelantes, *establecida en Zaragoza antes de 1636. Se nos ha conservado un libro precioso para su estudio:* El Mausoleo que constrvie la Academia de los Anhelantes de la Imperial civdad de Çaragoça a la memoria del Doctor Baltasar Andrés de Uztarroz, *publicado por su hijo, el cronista Juan Francisco, en Lérida en 1636.*[4] *Los asistentes, como era costumbre en estas Academias, se disfrazaron bajo distintos nombres: el* Desdichado, *Martín Peirón; el* Ilustrado, *don Juan Nadal; el* Apasionado, *Juan Lucas García, y el* Solitario, *Andrés de Uztarroz. Los temas que trataron no podían ser más barrocos: «un soneto en alabanza de la perseverancia, por lo que el presidente ha tenido y tendrá sirviendo a mi señora Sabina Azares», que fue celebrada por todos los* Anhelantes: «*A Cecilia, para que deje a Fabio, pobre, por Danteo, rico*»; «*Al dulce mirar de Clorinda*», *etc.ª, etc.ª También trataron asuntos religiosos y patrióticos, como la incitación que dirigieron a Su Majestad para la conquista de Jerusalén. En una de las sesiones, Andrés de Uztarroz leyó su* Segunda parte de la Universidad de amor, «*para enseñar que en los asuntos profanos no deben mezclarse cosas sagradas*».

Sabemos también que existió una Academia que se reunía en casa del conde de Aranda, en una de cuyas sesiones leyó Juan Lorenzo Ibáñez de Aoiz un vejamen, en el que hablaba del licenciado Alegre, del doctor Ginovés, vicario de la parroquia de San Pablo, del duque de Híjar, del marqués de Torres y de otros ingenios.[5] *A la academia del conde Lemos asistió el marqués de San Felices con todo el grupo gongorino, como veremos más*

adelante. Esta Academia debió de tener bastante vida, a juzgar por los vejámenes que se leyeron en ella.

Han llegado también noticias de la existencia de la Academia que tuvo en su palacio el Príncipe de Esquilache, virrey de Aragón, donde el poeta Vicente Sánchez leyó un vejamen.[6] *Y todavía existió otra más a finales del siglo o principios del XVIII, llamada* Academia de los Misteriosos, *a juzgar por la Aprobación de* Nycio Pyrgeo *al frente de las obras del doctor Tafalla y Negrete.*[7]

De otras Academias aragonesas, anteriores al movimiento gongorino, poseemos también diversas noticias: la famosa Pítima contra la ociosidad, *fundada en un pueblo por el conde Guimerá, buen arqueólogo, en 1608;*[8] *la que celebraba sus sesiones en Zaragoza hacia 1603-1610, en la que Lupercio Leonardo leyó dos discursos; la* Academia *de Huesca, de 1610, de cuya existencia nos habló el geógrafo Labaña, cuyos papeles se encuentran en el manuscrito 3672 de nuestra Biblioteca Nacional. La presidió don Jerónimo de Heredia, y a ella asistieron don Justo de Torres, el* Ausente; *Jorge Salinas, el* Tardío; *Juan de Lastanosa, el* Modesto, *y otros ingenios oscenses. Podemos considerar también como una Academia literaria la elegante tertulia de Lastanosa, por la que pasaron Gracián, Uztarroz, Salinas y otros ingenios de primer orden. También hay noticias de otra Academia que se reunió en Calatayud y otra en Tarazona.*

La celebración del certamen de la Virgen del Pilar,[9] *convocado en 1628 por Felices de Cáceres, al que concurrieron los gongorinos zaragozanos, dio ocasión a algunos ataques del grupo contrario. Por fortuna, en el* Cancionero de 1628, *f. 884, se encuentran copiados dos poemas contra la canción primera de Felices de Cáceres, que encabeza el libro, donde se lee:*

Sepan, pues que no lo vieron
y tan culto se los cantan,
que un albor claro y distinto
fría sombras despedaza.

Los espíritus alados
las tropas de estrellas cuajan,
y a la deidad de María
chapines de luz esmaltan.

La otra composición es mucho más extensa y el ataque más claro y directo. A pesar de todo, el movimiento gongorino triunfó

en Aragón, como en todas partes, plenamente. Ya vimos cómo en 1634 señalaba Juan Nadal los nuevos derroteros de la poesía, que han de durar todo el siglo XVII y clavarán su garra en los comienzos del siguiente.

En la selección siguiente incluyo los poetas que ofrecen más interés, publicaran o no sus obras. Por razones fácilmente comprensibles quedan fuera nombres como los del Príncipe de Esquilache, don Francisco de Borja, Villegas o el del tortosí Francisco de la Torre, tan vinculado a los poetas aragoneses del Barroco. En cambio, no he tenido inconveniente en incluir a don José Pellicer y Cáncer y Velasco, que aun siendo aragoneses desarrollaron su actividad en la Corte, y al navarro Dicastillo por su Silva a Teodoro, *Andrés Cebrián. He creído que dándoles entrada en el libro quedaba más completa la selección.*

Notas

* Mi mejor agradecimiento a Aurora Egido, María Cruz García de Enterría, M.ª Teresa Cacho Palomar y Arturo Ramoneda Salas por las molestias que les causé en alguna ocasión.

1 Cito por mi edición de las *Rimas*, I (Zaragoza, 1950), p. CXXI.

2 En *La poesía aragonesa del siglo XVII (Raíces culteranas)*, Zaragoza, 1979.

3 Véase el trabajo de José M.ª Castro y Calvo «Justas poéticas aragonesas del siglo XVII» en *Universidad*, 1937. Para otros aspectos de las Academias, consúltese José Sanchez, *Academias literarias del siglo de oro español*, Madrid, Gredos, 1960, y Willard F. King, *Prosa novelística y academias literarias del siglo VIII*, Anejo X del BRAE; la obra de A. Egido.

4 Publicado de nuevo por Jaime Suárez en AFA, I (1945), p. 155 y ss.

5 En Latassa, *Bibl.ª ant.ª y nueva*, II, p. 36.

6 En su *Lyra poética*, Zaragoza, 1668.

8 Vid. A. Coster, «La Pítima contra la ociosidad», en *Linajes de Aragón*, III, n.º 20. El manuscrito con las actas puede verse en la Biblioteca Nacional de Madrid, sig.ª 9396.

9 *Justa poética por la Virgen Santísima del Pilar, celebración de su insigne cofradía. Sacada a luz por el licenciado Juan Felices de Cáceres*, Zaragoza, 1629.

Selección

Fray Diego Murillo

Nació en Zaragoza el 1 de mayo de 1555. Muy joven aún recibió el hábito de la orden de San Francisco en el convento de Santa María de Jesús. Llegó a obtener los cargos de Lector y Guardián del colegio de San Diego, de la misma ciudad, y después los de Predicador general, definidor y Ministro provincial de la misma orden. Murió en Zaragoza en agosto de 1616.

Escribió diversos tratados ascéticos, sermones y discursos; una *Vida de San Úrbez* y la *Fundación Milagrosa de la Capilla Angélica y Apostólica de la Madre de Dios del Pilar.* En 1595 se presentó al certamen poético por la canonización de San Jacinto con diez octavas y veinte tercetos. El cronista Andrés de Uztarroz le dedicó estos versos en su *Aganipe de los cisnes aragoneses* (Zaragoza, 1896), p. 37:

Fr. Diego Murillo, desatando
los raudales copiosos de su vena,
en dulce estilo hablando
la conversión cantó de Magdalena,
y en sutil y dulce poesía
se vio la variedad de su armonía.

En los doctos escritos
sus conceptos se admiran eruditos,
y por su pluma goza
noble honor en su historia Zaragoza,
y a su lira y pinceles
se deben duplicados los laureles.

Su obra poética se recogió en un volumen con el título de *Divina, dulce y provechosa poesía,* dispuesto por fray Juan Calderón, aparecido en Zaragoza en 1616. Toda ella, excepto dos o tres sonetos, es poesía sacra, del tipo de la de Úbeda o Padilla, pero sin el apoyo en la poesía popular, que tanto caracteriza la obra de los otros dos. Fray Diego Murillo versificaba con facilidad, pero se deja llevar siempre por su facundia irreprimible, llena, a veces, de verdadero mal gusto. Ejemplos curiosos de esa imposibilidad de contención son la serie de

sonetos que se encuentran en el volumen, que, excepto dos o tres, todos pasan de los veinte versos. Es el poeta del siglo XVII en quien he encontrado mayor cantidad de sonetos con estrambote. Su extenso poema a la conversión de Magdalena, que encabeza el volumen, está lleno de verdadero prosaismo, sin que podamos salvar más allá de un par de versos graciosos y simpáticos, a pesar del elogio de Uztarroz. Pertenece a esa poesía sacra, antesala de la de Bonilla y Ledesma, que produjo tantos frutos disparatados.

A la fuerza del amor

Fortis est ut mors delectio

Son la muerte y amor tan semejantes,
que a penas hay hallarles diferencia,
vence el amor los más fuertes gigantes,
vence la muerte la mayor potencia;
pálidos deja amor a los amantes,
y pálido el amor a quien sentencia;
la muerte es inmortal, por ser tan fuerte,
y esto también amor como la muerte.

La muerte es ciega, amor también es ciego,
anda desnudo amor, y ella desnuda,
no le vende al amor dádiva o ruego,
ni ella por ruego o dádiva se muda.
Con flecha y arco enciende amor su fuego,
y ella también con arco y flecha aguda,
mas aunque entrambos hieren de esta suerte,
más fuerte es el amor que no la muerte.

A la muerte ninguno se le escapa;
al flaco, al pobre, al poderoso huella;
el amor no perdona al Rey ni al Papa;
todo lo tala, todo lo atropella.
A cuantos cubre la celeste capa
rinde el amor, y rinde también ella,
mas aunque en esto corre igual la suerte,
más fuerte es el amor que no la muerte.

La muerte nunca fue tan atrevida,
tan valiente, tan fuerte o importuna,
que osase entrar al reino de la vida,
do no hay dolor, ni enfermedad alguna;

pero al amor no hay cosa que le impida,
penetra el cielo y deja atrás la luna;
y así se muestra tan valiente y fuerte,
que prueba serlo más que no la muerte.

La mayor fortaleza y valentía
que obró jamás la muerte inexorable
fue acometer a Dios cuando vivía
en forma de hombre en vida miserable;
pero el amor allá, donde tenía
sólo forma de Dios incontrastable,
le acomete, probando de esta suerte,
ser más fuerte el amor que no la muerte.

Allá en el pecho del eterno Padre,
donde habita la luz inaccesible,
luchó con él, y el pecho de la Madre
le derribó, venciendo al invencible.
Aquí el poder de amor salió de madre,
haciendo ser mortal al impasible,
y aquí se echó de ver, si bien se advierte,
ser más fuerte el amor que no la muerte.

Pues este amor, con ser tal su potencia,
y esta muerte, con ser tan animosa,
y cualquier de ellas entra en competencia,
y emprende a Dios con mano poderosa;
es tal del alma ingrata la insolencia,
que resistir a entrambos juntos osa,
como si fuera venturosa suerte
triunfar de tal amor y de tal muerte.

¡Ay, hombre ingrato!, advierte tu desgracia,
y mira que el vencer en tal partido,
no es fortaleza sino pertinacia,
pues Dios por gloria tuvo el ser vencido;
El se rindió al amor por darte gracia,
y a la muerte por verte redimido,
y tú, para gozar tan rica suerte,
has de estimar su amor, y amar su muerte.

Soneto a San Vicente mártir

Volar los cuervos a la carne muerta,
y sintiendo su olor, ir a buscalla;
hacer en ella presa, y devoralla,
es ordinaria cosa clara y cierta.

Mas que se azore el cuervo, y esté alerta
por defenderla, y que en campal batalla,
a las fieras se oponga por guardalla,
cosa es tan rara que parece incierta.

En sólo vos, oh celestial Vicente,
este prodigio es verdadero y cierto,
porque sois todo raro y milagroso:

y hubiera sido grande inconveniente
que no se viera algún prodigio raro
en la muerte de un Santo prodigioso.

Y no es prodigio menos espantoso,
ni menos maravilla,
que una piedra pesada
sirva de corcho a un cuerpo muerto atada
y le saque ligero hasta la orilla.

Mas para daros muestra
de lo que estima Dios la gloria vuestra,
quiere que al cuerpo muerto de un tal Santo
ayune el cuervo, y se alegre el canto.

A los cabellos de la Madalena

María, vuestros cabellos
ved cuán extremados son,
que el mismo Dios dijo de ellos
por boca de Salomón
que la menor hebra de ellos
llegaba a su corazón.

Y si un tiempo causa fueron
de hacer pecar, ya después
tal servicio a Dios hicieron,
que de toalla sirvieron
a los sacrosantos pies
del mismo a quien ofendieron.

Madalena, esos cabellos,
antes rubios y enrizados,
agora son muy más bellos,
pues los tiene rubricados
la sangre que cayó en ellos,
vertida por mis pecados.

Y pues llovieron sobre ellos
los arroyos sacrosantos
de sangre que salvó a tantos,
yo digo que son tan bellos,
que vale más uno de ellos
que cien mil cuerpos de Santos.

La boca que antes hablaba
palabras que no debiera,
aunque al parecer de fuera
besando sus pies callaba,
con silencio negociaba
más que hablando hacer pudiera.

Vuestros ojos excelentes
sus ofensas bien pagaron,
pues siendo ojos se tornaron
dos caras y hermosas fuentes,
cuyas lágrimas ardientes
los pies de Cristo lavaron.

Y tan ardientes salieron
que aunque los pies le tocaron,
el corazón le encendieron,
y encendiéndole alcanzaron
perdón del daño que hicieron
los ojos cuando miraron.

Pues, Santa, ¿a dónde se halla
quien hiciese entre las gentes
dos tiros tan excelentes,
para hacer a Dios batalla,
hacer los ojos dos fuentes,
y los cabellos toalla?

La mancha que antes tuvistes
de tal suerte la lavastes,
que estoy por decir que fuistes
dichosa porque pecastes,

pues si tanto os levantastes,
fue porque tanto caístes.

Y pues la satisfacción
pudo deshacer la ofensa
y alcanzar de ella perdón,
digo que aunque ella fue inmensa,
para tan gran recompensa
justa fue tal perdición.

El amor ciego y profano,
al cual el pecho rendistes,
cuando pecadora fuistes,
fue un ensayaros temprano
para el amor soberano,
que después a Dios tuvistes.

Y así supiste querer
después en tan alto grado,
que de vuestro amor forzado
Cristo se dejó vencer.

[*Divina dulce y provechosa poesía,*
págs. 183, 191 y 203.]

Lupercio Leonardo de Argensola

Nació Lupercio Leonardo de Argensola en Barbastro el 14 de diciembre de 1559. Estudió Filosofía y Leyes en la Universidad de Huesca, y después Humanidades en la de Zaragoza, recordando con cariño a su maestro Andrés Scoto. De esta época deben de ser sus tres tragedias, *Filis, Isabela* y *Alejandra,* que tan cálidos elogios arrancarían más tarde a Cervantes.

Muy joven, en 1585, entró al servicio de don Francisco de Aragón, duque de Villahermosa, quien le llevó consigo a Madrid en calidad de secretario. En Madrid, asistió a la academia *Imitatoria,* donde leyó unos tercetos dando la razón de haber elegido el extraño nombre de «Bárbaro», por estar enamorado de doña Bárbara de Albión, con la que casó en 1587. Un poco más tarde fue nombrado secretario de la emperatriz María y en 1597 presentó a Felipe II su *Memorial contra la representación de las comedias,* de tanto interés para el estudio de la estética de Lupercio.

Al morir en 1603 la emperatriz, cesó Lupercio en sus funciones y volvió a Zaragoza hasta 1610, con estancias en su posesión de Monzalbarba. En Zaragoza asistió a una academia poética, donde leyó dos discursos de sumo interés, continuando con su tarea de cronista, cargo que había obtenido en 1599.

De Zaragoza le arrancó el conde de Lemos, virrey de Nápoles, que lo llevó consigo junto con su hermano Bartolomé. En Nápoles asistió a las sesiones de la academia de los *Ociosos* y allí murió en 1613, no sin haber dado órdenes de quemar sus escritos, de lo que se lamentó su hermano Bartolomé.

Lupercio es, como su hermano, un renacentista; mejor dicho, un neoclásico barroco, cuya admiración máxima será Horacio. Su posición frente a Lope de Vega es muy significativa e incluso se adelanta al siglo XVIII pidiendo la supresión de las fiestas del Corpus. También como su hermano, han de recomendar a los jóvenes poetas que tengan la paciencia suficiente para estudiar buenos modelos y, sobre todo, para limar y corregir los versos. Lección que ellos cultivaron con tanta perseverancia, como demuestran las numerosísimas variantes de sus poemas. Dijo en la Academia zaragozana: «Lean mucho, escriban poco, amen de borrar mil veces cada palabra, que por no hacerlo así los poetas de su tiempo, dice Horacio que erraban».[1]

Frente a la poesía de su hermano, Lupercio presenta algunas diferencias, no siendo la menor la que procede de las distintas actitudes que tomaron ante la vida. La exención de la poesía auténticamente religiosa en Lupercio se contrapesa con sus poemas amorosos, algunos de los cuales son logradísimos, como los que se copian más adelante. También hay un mayor gusto y sensibilidad por la naturaleza en Lupercio que en su hermano. Pero, en cambio, el gusto por la sátira elegante es igual en los dos.

Otis H. Green escribe que los Argensolas tienen en común un clasicismo que es puro, sin pedantería, original; un petrarquismo también propio y un intelectualismo que no es del todo incompatible con un verdadero espíritu poético.[2]

Notas

[1] Edic. del Conde de la Viñaza en *Obras sueltas*, I, p. 279.

[2] *Vida y obras de Lupercio Leonardo de Argensola* (Zaragoza, 1945), p. 191.

Canción a la esperanza

Aplacase muy presto
el temor importuno
y déjase llevar de la esperanza;
infierno es manifiesto
no ver indicio alguno
de que puede en la pena hacer mudanza.
Aflije la tardanza
del bien, pero consuela,
si se espera, saber que el tiempo vuela.

Alivia sus fatigas
el labrador cansado
cuando su yerta barba escarcha cubre,
pensando en las espigas
del agosto abrasado

y en los lagares ricos del otubre;
la hoz se le descubre
cuando el aradro apaña,
y con dulces memorias le acompaña.

Carga de hierro duro
sus miembros y se obliga
el joven al trabajo de la guerra.
Huye el ocio seguro,
trueca por la enemiga
su dulce, natural y amiga tierra;
mas cuando se destierra,
o al asalto acomete,
mil triunfos y mil glorias se promete.

La vida al mar confía,
y a dos tablas delgadas,
el otro, que del oro está sediento.
Escóndesele el día,
y las olas hinchadas
suben a combatir el firmamento;
él quita el pensamiento
de la muerte vecina,
y en el oro le pone y en la mina.

Deja el lecho caliente
con la esposa dormida
el cazador solícito y robusto.
Sufre el cierzo inclemente,
la nieve endurecida,
y tiene de su afán por premio justo
interrumpir el gusto
y la paz de las fieras,
en vano cautas, fuertes y ligeras.

Premio y cierto fin tiene
cualquier trabajo humano,
y el uno llama al otro sin mudanza;
el invierno entretiene
la opinión del verano
y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
solo quedó en el suelo
cuando todos huyeron para el cielo.

Si la esperanza quitas,
¿qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes;
todo lo precipitas
en olvido profundo,
y ¿del fin natural, Flérida, huyes?
Si la cerviz rehuyes
de los brazos amados,
¿qué premio piensas dar a los cuidados?

Amor, en diferentes
géneros dividido,
él publica su fin, y quien le admite.
Todos los accidentes
de un amante atrevido
(niéguelo o disimúlelo) permite.
Limite, pues, limite
la avara resistencia:
que, dada la ocasión, todo es licencia.

Soneto

Dentro quiero vivir de mi fortuna
y huir los grandes nombres que derrama
con estatuas y títulos la Fama
por el cóncavo cerco de la luna.

Si con ellos no tengo cosa alguna
común de las que el vulgo sigue y ama,
básteme ver común la postrer cama,
del modo que lo fue la primer cuna.

Y entre estos dos umbrales de la vida,
distantes un espacio tan estrecho,
que en la entrada comienza la salida,

¿qué más aplauso quiero, o más provecho,
que ver mi fe de Filis admitida
y estar yo de la suya satisfecho?

[Al sueño]

Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel, no turbes más mi pecho,
mostrándome cortado el nudo estrecho,
consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo,
o el rico avaro en el angosto lecho
haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas,
o al sobornado siervo el hierro oculto;

el otro, sus riquezas descubiertas
con llave falsa o con violento insulto:
y déjale al Amor sus glorias ciertas.

Soneto

No fueron tus divinos ojos, Ana,
los que al yugo amoroso me han rendido;
ni los rosados labios, dulce nido
del ciego niño, donde néctar mana;

ni las mejillas de color de grana;
ni el cabello, que al oro es preferido;
ni las manos, que a tantos han vencido;
ni la voz, que está en duda si es humana.

Tu alma, que en tus obras se trasluce,
es la que sujetar pudo la mía,
porque fuese inmortal su cautiverio.

Así todo lo dicho se reduce
a solo su poder, porque tenía
por ella cada cual su ministerio.

Soneto

Si quiere Amor que siga sus antojos
y a sus hierros de nuevo rinda el cuello;
que por ídolo adore un rostro bello
y que vistan su templo mis despojos,

la flaca luz renueve de mis ojos,
restituya a mi frente su cabello,
a mis labios la rosa y primer vello,
que ya pendiente y yerto es dos manojos.

Y entonces, como sierpe renovada,
a la puesta de Filis inclemente
resistiré a la lluvia y a los vientos.

Mas si no ha de volver la edad pasada,
y todo con la edad es diferente,
¿por qué no lo han de ser mis pensamientos?

A Flora

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
desta mi condición noticia cierta,
pues piensas enmendalla con desdenes.

Tú pensarás que guardaré tu puerta
desde que se recogen las gallinas
hasta que el ronco gallo las despierta;

y que cuando a las horas matutinas
se levantan los frailes, y durmiendo
tus émulos están y tus vecinas,

me estaré yo en la calle consumiendo,
y por el agujero de la llave
lo que en tu casa tienes inquiriendo;

y que te sufriré después muy grave,
pidiéndote perdón, porque me seas
afable, como sueles, y süave;

pues porque, si lo crees, no lo creas,
y sepas que no ignoro con quién trato,
es bien que mis odiosos versos leas.

Aquí verás un natural retrato
de nuestras diferentes condiciones,
por más que tú lo encubras con recato.

Agora me parece que te pones
mucho más colorada que tu saya,
y me das un millón de maldiciones,

diciendo que primero que me vaya,
quedarás satisfecha de la injuria,
aunque dificultades cien mil haya.

Y yo, por todo el oro que Liguria
a España con usuras arrebata,
no quiero hacerme digno de tu furia;

ni quiero dar mi vida tan barata,
ni ver del africano la frontera,
cosa que por tu causa alguno trata.

Escríbate, pues, sátiras quien quiera,
que yo alabanzas solas quiero darte,
hasta que tú te canses o yo muera.

Ya, ya me tienes, Flora, de tu parte,
que, como tus costumbres amo tanto,
mudable soy también por imitarte.

Quiero dejar la pluma; que me espanto
de ver ese furor trasordinario,
y dar de contrición señal con llanto.

Pero tengo comigo un tu contrario,
que tiene prometido defenderme
contra el poder de Jerjes y de Dario,

y no me da lugar de recogerme;
antes con amenazas me provoca:
Dios sabe si ofenderte es ofenderme.

Pero no puedo más, mi fuerza es poca;
tú no me defendieras del que digo,
siquiera con el aire de la boca.

Y pues he de cobrar un enemigo,
escojamos, de dos, el menor daño;
demás que la razón y verdad sigo.

En el más fértil mes de todo el año,
oh Flora, yo te vi, que no debiera,
aunque no ha resultado dello engaño.

Y luego, como frágil y ligera,
antes de conocerme ni yo hablarte,
me descubriste ser tu pecho cera.

Mas como sé de Ovidio mal el art.,
no procuré poner en Troya el fuego,
aunque te vi, contenta, descuidarte.

Hubo manjares, y tras ellos juego,
y como vi colgar allí la yedra,
el vino reputé por malo luego.

A todo estuve cual si fuera piedra,
tan fuera de pensar en tus amores,
como Hipólito estuvo en los de Fedra.

Mil veces repetiste mis loores,
que en ti los engendró mi negra fama
(díceslo así, y es bien que así lo dores).

Y para declararme que eras dama
tan grave, que la Corte señorea,
o, por mejor decir, quema tu llama;

como quien confesar algo desea
y lo quiere decir por negativa,
para que lo contrario se le crea,

así me declaraste cuán esquiva
con grandes cortesanos habías sido,
a quien de libertad tu valor priva.

Tras esto me juraste haber venido
al lugar donde estabas por hablarme,
y la visita falsa haber fingido.

Pensaste, no lo dudo, colocarme
encima de los cuernos de la luna,
y aun por ventura dellos adornarme.

Jamás infante tierno de la cuna
oyó tan dulces nombres repetidos
de su madre, con besos importuna,

como yo los oí, pero fingidos,
sólo para cubrir las cautas redes
con que a tantos enredas los sentidos.

Sin preceder servicio hacer mercedes
dará que sospechar a quien no sea
de los con quien hacer tu labor puedes.

Créame quien lo oyere, o no me crea,
digo que sospeché, sospeché digo,
viéndote tan afable sin ser fea.

Mas soy de ingratitud tan enemigo,
que por corresponder al beneficio,
agradecido me mostré contigo.

Hubo también en ello su artificio,
porque sé que resbala fácilmente
en tales ocasiones el jüicio.

Y tú te imaginabas suficiente
a poderme llevar como de rienda,
a todos tus antojos obediente.

Así lo creo yo, porque mi hacienda
es menos que el tesoro veneciano,
y otro tanto ha de dar quien te pretenda.

Al fin, como si fuera yo aldeano
que se admira de ver con perlas y oro
la gorra del soberbio cortesano,

así me descubriste tu tesoro
(esto disimulando, como acaso,
y sin perder allí de tu decoro).

¿Hubo bajilla, por ventura, o vaso
que delante de mí no te sirviese,
buscando tu ocasión a cada paso?

Y porque tus esclavas todas viese,
y que son siervas libres o prestadas
(como soy malicioso) no creyese,

todas delante mí fueron llamadas,
y por cierto descuido, no muy grande,
con ásperas palabras afrentadas.

No hay mayordomo necio que así mande
en casa de un señor a los sirvientes,
y en guerra con aquéllos y éstos ande,

como tú con tus siervas diligentes,
sólo para mostrar tu preheminencia
haciendo ostentación con los presentes.

Mandábaste traer en mi presencia,
sin haber menesterlas, tus arquillas,
de menos oro llenas que apariencia.

Estaba la esclavilla de rodillas
en tu imaginación, de mí notada
por una de las siete maravillas.

¡Oh Flora, cómo estabas engañada!,
que entonces el *Eunuco* revolvía
(comedia de Terencio celebrada),

el cual en sus ejemplos me decía
que desean las damas de tu trato
las esclavas tener que Tais tenía;

y que soléis comprarlas muy barato,
que un ignorante Fedra las presenta
en competencia de un Trasón bravato.

Mira cuán al revés salió tu cuenta,
que lo que tú por honra descubrías,
en mí se convirtió para tu afrenta;

y cuando más compuesta te ponías,
como quien va mirándose la sombra,
comigo de tu crédito perdías.

No pienses, si lo piensas, que me asombra
un lecho de damasco granadino,
y a un lado y a otro la morisca alfombra;

que soy, si no lo sabes, adivino,
y no tienes un clavo ni una hebilla
que no sepa de dónde y cómo vino.

Véote santiguar con maravilla
desto que voy diciendo; pues no dudes
que fábula serás en esta villa.

Sabrá quien no las sabe tus virtudes
las cuales te sustentan todo el año,
aunque ya vendrá tiempo en que las sudes.

Quiero vender al mundo desengaño,
que aunque es poca la gente que lo entienda,
sé que te puedo hacer no poco daño;

y que si por tu mal abro mi tienda,
la tuya quedará tan abatida,
que un ochavo en un año no se venda.

Mas tengo condición tan comedida,
que no quiero quitarte la ganancia,
contando los enredos de tu vida.

En ti tienda sus redes la ignorancia,
para los que pidieren a sus padres
de su porción debida la sustancia.

A estos muerdas y a los otros ladres,
y por ver a sus hijos lastimados,
te den su maldición doscientas madres.

Tengas mil hombres viejos engañados;
en sus canudas barbas te regales,
haciendo rica presa en sus ducados;

y a otros, que se precian de leales,
con vanos favorcillos entretengas,
y pesques más de espacio sus reales.

Con los que veas ardientes te detengas,
y con los que veas tibios te apresures,
y a todos en común enredo tengas.

Delante de tu madre te mesures,
fingiendo que la temes, y que ignora
los favores que das; y así lo jures.

Y si te vieres sola, bella Flora,
y el necio sin pagarte se desmanda,
di luego: «¡Ay Dios, que sale mi señora!»

Y cuando veas al triste que se ablanda,
lleguen el portugués con el joyero,
éste con oro, el otro con holanda.

Dirás, como los médicos, «No quiero»,
alargando la mano a la presea
con que te esté rogando el majadero;

y dirás, como sueles, si desea
ser tu favorecido, que dé muestra
en donde su afición mejor se vea.

Ayúdete tu madre o tu maestra,
dándote mil recaudos al oído
(lición de todo punto propia vuestra);

estése el otro necio sin sentido,
mientras habláis vosotras, muy compuesto,
o, como acá decimos, muy corrido;

que no me quiero yo poner en esto,
ni descubrir tus faltas en la calle,
pues se descubrirán por sí tan presto.

Pero no será bien que sufra y calle
cierto tributo, censo o alcabala,
pues tú no te avergüenzas de cobralle.

Cuando sale quien digo de la sala,
le vuelves a llamar con gran caricia,
o sales tú con él hasta la escala;

y allí, disimulando tu codicia,
le pides un catálogo de cosas,
como si las debiera por justicia.

El, ambas las mejillas hechas rosas,
arrepentido ya de verse en ello,
y de emprender empresas tan costosas,

no sabe qué decir; que tiene el cuello
ceñido con tus brazos, y los ojos
clavados, por su mal, en tu cabello,

Quiere satisfacer a tus antojos,
y quisiera también a menos costa
comprar, pues que se venden, los despojos.

Imagínasle tú la bolsa angosta,
o por ser muy avaro o por ser pobre,
personas de quien huyes por la posta;

y para hacer sudar por fuerza al robre,
o, como buen artífice, en la piedra
tocando, conocer si es oro o cobre,

enmarañaste dél cual verde yedra
(no te comparo mal, pues que se dice
que nunca el árbol que la tiene medra),

diciendo: «Buena prueba, señor, hice
de vuestra fe, si no fingida, tibia,
con que, para mi mal, me satisfice.

»Si yo os mandara humedecer la Libia,
si oponer vuestros hombros a la carga
que en los de Atlante nunca el tiempo alivia;

»si peregrinación pidiera larga,
donde estuviera en duda el volver vivo,
o cierta en el progreso vida amarga,

»¿pudiérades estar más pensativo?
¿Pudiérades dudar de tal manera,
y mostraros comigo más esquivo?

»Pues yo sé bien alguno que quisiera,
¡y cómo que quisiera!, que pagara
porque lo que a vos pido le pidiera.

»Que ni tan pobre soy ni tan avara,
que, por necesidad o por codicia,
en cosa tan pequeña reparara.

»Mal de mi condición tenéis noticia;
que, aunque no la trujérades tan presto,
no os sacara yo prendas por justicia.

»Pero no reparemos más en esto;
sólo vivid seguro de que os amo,
y que no me seréis jamás molesto.»

El triste ya, cual pece asido al hamo,
o como ciego pájaro que viene
llamado con el son de su reclamo,

ni en dudas ni en peligros se detiene;
quiere tomar prestado o con usura,
sin ver si de pagarlo modo tiene.

Promete allí sin tasa ni cordura,
y niega que jamás dudase en algo,
y aun, para ganar crédito, lo jura.

«Así lo creo yo de un noble hidalgo»,
respondes tú, soltando la cadena,
que quisiera yo más la de mi galgo.

Atraviésase luego Madalena;
pide para chapines o una toca,
y tu paje de lanza pide estrena.

A aquélla tú le dices: «Calla, loca»;
y a este otro: «¿Tú, rapaz, también te atreves?»
Y por detrás les señas con la boca.

Ni a la carne se da tal priesa el jueves,
como le dáis vosotras, entre dientes
diciendo: «Pagarás lo que no debes.»

¡Oh tú, que con pagarlo no lo sientes,
y cansarás pidiéndoles prestado
después a tus amigos y parientes!

Si alguna vez o veces has pasado
de Aragón a Castilla, y en los puertos
del uno y otro reino registrado,

adonde los derechos hacen tuertos,
y con decreto y orden de justicia
roban en los poblados y desiertos;

adonde puede tanto la codicia,
que no son tan mudables venecianos
cuando a alguno prometen su amicicia,

como aquellos ladrones y villanos
en olvidar al rey, si el caminante
les pone de sus armas en las manos;

conocerás agora o adelante,
que es mayor el trabajo que se pasa
con Flora, de quien andas ciego amante.

Y tú, Flora, también modera y tasa
los derechos tiránicos que llevas
de entradas y salidas de tu casa.

Pues solamente deben ropas nuevas
al entrar por los puertos el derecho,
y no será razón que a más te atrevas.

No quieras descubrir tu avaro pecho,
ni como mercader tener oreja
abierta solamente a tu provecho.

Y no digo con esto que eres vieja;
mas téngote por ropa tan traída,
que descubres la hilaza por la ceja,

Pues quien te ve fingir la recogida,
ha de soltar a su pesar la risa,
si sabe, como yo, tu buena vida.

Verte salir con tu señora a misa,
como fraile novicio, que no mira
acá ni allá más suelo del que pisa,

¿a quién tu gravedad allí no admira?
¿Quién no dirá que puedes llevar palma,
y que a las once mil tu intento aspira?

Quien sepa, como yo, que en esa calma
suceden por momentos torbellinos
que anegan las agenas y tu alma.

Ni lo dirán tampoco tus vecinos,
que ven salir y entrar en tu posada
los recién emplumados palominos;

ni lo dirá tu hermana, que se enfada
de estar labrando solimán y mudas,
ella desnuda, y tú muy enjoyada;

ni el que suele soltarme cien mil dudas
(si se lo preguntase), cuyo nombre
es del que sucedió en lugar de Judas;

ni lo dirá, bien sabes, aquel hombre
que en darte y abstenerse tal anduvo,
que le doy Alejandro por renombre;

ni lo dirá tampoco quien estuvo
de Mantua, por tu causa, forajido,
y el perdón por dineros después hubo;

ni menos lo dirá quien ha leído
lo que con apariencia va cubierto,
si con la vista pasa del vestido.

Yo digo de vosotras (y es lo cierto)
que sois de las fantasmas y visiones
que vido san Antonio en el desierto.

Debajo de esas ropas y jubones,
imagino serpientes enroscadas,
uñas de grifos, garras de leones.

Si sois fuera de casa convidadas,
desecháis mil viandas que son buenas,
sólo para fingiros delicadas.

Tomáislas con dos dedos, y aun apenas,
y dellas exhibís más que a un doliente
niegan nuestros modernos Avicenas.

Fingísos muy honestas juntamente,
y a la palabra equívoca no clara
le dáis luego el sentido maldiciente;

y puestas ambas manos en la cara,
llamáis al que la dijo torpe y necio,
quizá porque mejor no se declara;

y con desdén y grande menosprecio
burláis de algún galán, que por ventura
os tuvo en su poder a poco precio.

Pues quien del mal de amor sanar procura,
en vuestras casas, si pudiera, os vea
sin tanta gravedad y compostura;

y verá convertir la que desea
en un fiero demonio; poco digo,
si cosa se pudiese hallar más fea.

Y más si no tenéis allí testigo
y salís de la cama descompuestas,
mostrando de los pies hasta el ombligo.

¡Qué fieras parecéis! ¡Qué deshonestas
con los ojos hinchados, y sobre ellos,
dos negras y tendidas nubes puestas!

Revueltos en vedijas los cabellos,
como los de las furias infernales,
o largos como colas por los cuellos.

Torciendo cuerpo y brazos dáis señales,
mezcladas con bostezos, del deseo
que mueve vuestros ánimos bestiales.

Pues para transformar el rostro feo,
no vais a fuente clara o río santo,
adonde fue Naamán por Eliseo.

Tampoco lo mudáis con mago canto,
ni buscando las yerbas fabulosas
cuando la noche tiende el negro manto;

antes lo transformáis con otras cosas,
poniendo las cabezas en arquillas,
yo no digo que bien, pero olorosas.

¿Quién podrá numerar las garrafillas
dedicadas al sucio ministerio,
ungüentos, botecillos y pastillas?

Aquí, para enrubiar, el sahumerio
de aqueste mismo aceite que blanquea
los huesos de la boca o cimenterio.

Allí la miel mezclada, que se emplea
con mostaza y almendras, el ser muda
para mudar color a la que es fea.

En otra parte ya la veréis ruda,
en otra ya en aceite convertida,
que dicen que al cabello el color muda.

La leche con jabón veréis cocida,
y de varios aceites composturas,
que no sabré nombrarlos en mi vida.

Aceites de lagartos y rasuras
de ajonjolí, jazmin y adormideras;
de almendras, mata y huevos mil mixturas.

Aguas de mil colores y maneras:
de rábanos y azúcar, de simiente
de melón, calabazas y de peras.

El aceite de enebro, propiamente
para curar el mal a las ovejas,
aquí sirve de oficio diferente.

Agua de alumbre, buena para viejas,
que quita las arrugas que los años
les cargan, como fuelles, en las cejas.

Y ellas (¡oh ceguedad!) con darse baños,
cual parche de atambor, tiran el cuero,
como si no venciese el tiempo a engaños.

Pero debiera yo nombrar primero
al magno solimán, tan vuestro amigo,
como lo fue de Francia el otro fiero;

el cual os da justísimo castigo;
pues sólo por salir con vuestro intento
os valéis del veneno y enemigo.

Y mudándole nombres ciento a ciento,
queréis arrebozallo, como usura,
con nombre de mohatra o quitamiento.

Agora lo vendéis por agua pura,
en pasas con azúcar piedra luego,
mudándole de especies y figura.

Y que pondréis las manos en un fuego,
decís, si no os laváis con agua sola,
pudiendo lo contrario ver un ciego.

¡Cuán mal se cubre el gato con la cola!
¡Cuán mal se cubre el fuego sin dar humo!
Así la que se afeita y arrebola.

Otros afeites hay que no los sumo,
porque en imaginallos tanto hieden,
que de congoja y rabia me consumo.

Ni ser nombrados todos aquí pueden,
porque como se inventan cada día,
en infinito número proceden.

Y porque me parece que sería
afrenta de sus nombres acordarme,
y que a los que me hablasen olería,

así he determinado prepararme,
y por haber tratado destas cosas,
en una fuente líquida purgarme.

Ni son en sus manjares más curiosas,
puesto que allá en lo público pregonan
que sin ellos se pasan como diosas.

Encima de los platos se amontonan,
y hoy comen lo que ayer quedó fiambre,
que ni por ser helado lo perdonan.

Diréis que son las hijas de la Hambre,
o, cuales avestruces, suficientes
a digerir el hierro y el arambre.

Aquí no se comprenhenden las prudentes
que siguen las virtudes, que las tales
no llevan composturas aparentes.

No son todas las leyes generales,
que muchas excepciones hay en ellas,
ni las cosas del mundo son iguales.

En las tinieblas lucen las estrellas,
a vueltas de los cardos nacen flores,
y entre agudas espinas rosas bellas.

Déstas después yo cantaré loores:
que no se han de mezclar con las profanas
las cosas excelentes y mayores.

Tú, Flora, y otras damas cortesanas
sois estas enemigas de quien trato,
perdidas por comer y andar galanas.

Con esto le doy fin a tu retrato,
y parécete tanto, que me afrento
de haberlo concertado tan barato.

Pero tengo por premio tu contento,
del cual, por ser yo causa, participo,
y el nombre de mis obras acreciento.

Así creció de Apeles y Lisipo
la fama, solos ellos retratando
al hijo venturoso de Filipo.

Agora con razón estoy dudando,
pues he de retratarme, dónde y cómo
me puedo yo estar viendo e imitando.

La mano más pesada que de plomo,
inobediente al arte, desatina,
si el cansado pincel en ella tomo.

Parece (y es posible) que adivina
que (como siempre el conocerse ha sido
cosa dificultosa y peregrina)
yo, de mi propio gusto persuadido,
como pienso que soy querré pintarme,
por falta de no haberme conocido.

Yo mismo no sabré vituperarme,
y, aunque verdad dijese, menos puedo
(si ya no es defendiéndome) alabarme.

Si como cuando vine de Toledo
me supiese pintar, en testimonio
de tocar las verdades con el dedo;

o como me pintaba don Antonio
(puesto que es al revés), yo juraría
que te espantases menos de un demonio.

Alguno con razón me culparía
si me pintase mal, y tu figura
por obra de otra mano juzgaría.

Y quien tener buen crédito procura,
según dice Catón, jamás lo cobra
si le pierde una vez por desventura.

A mí no me hace falta ni me sobra,
quiero, pues, conservarle como cuerdo,
alzando, como dicen, mano de obra.

Ya fue un pintor (del nombre no me acuerdo,
y de que no me acuerde no te espantes,
que ya de la memoria mucho pierdo),

ni sé bien si fue Zeusis o Timantes
(yo me fatigo poco destas cosas,
por ser disputas proprias de pedantes),

este pintor, pintando las tres diosas,
delante del pastor troyano puestas,
desnudas y del oro codiciosas

(que suelen muchas veces las honestas
al rústico, por él, así mostrarse,
y a los que no lo tiene muy compuestas),

en Juno y en Minerva señalarse
tan de veras mostró, que no podía
para pintar a Venus mejorarse;

y viendo que pintarla convenía,
para no ser culpado, más hermosa,
lo cual, aunque quisiese, no sabía;

al arte socorrió con ingeniosa
astucia, sus defectos encubriendo,
y pintando de espaldas a la diosa.

Yo, pues, la misma falta conociendo,
de poder retratarme desconfío,
si al discreto pintor no voy siguiendo.

Y pues has de llevar retrato mío,
verás por las espaldas mi retrato:
que con volverlas, Flora, me desvío
de tu conversación, favor y trato.

Soneto

Esos cabellos en tu frente enjertos
(por más que disimules y los rices)
en otros cuerpos dejan las raíces,
y por ventura en otros cuerpos muertos.

¿Por qué pueblas, oh Gala, los desiertos
de la Libia? ¿Por qué con tus barnices
ofendes nuestros ojos y narices,
cual si viesen sepulcros descubiertos?

Que aunque vuelvas a ser la que solías,
no puedes competir con Galatea;
oye, verás si la ventaja es poca:

en ti son años los que en ella días;
está en duda si el tiempo la hará fea,
y está en verdad que nunca la hará loca.

Soneto

Llevó tras sí los pámpanos otubre,
y con las grandes lluvias, insolente,
no sufre Ibero márgenes ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre
coronada de nieve la alta frente,
y el sol apenas vemos en Oriente
cuando la opaca tierra nos lo encubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña
del aquilón, y encierra su bramido
gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio, en el umbral de Tais tendido,
con vergonzosas lágrimas lo baña,
debiéndolas al tiempo que ha perdido.

[De las *Rimas*, según mi edic. de Clásicos castellanos]

Bartolomé Leonardo de Argensola

El más notable de los poetas aragoneses de la época es Bartolomé Leonardo de Argensola, que nació en Barbastro en agosto de 1562. Estudió Filosofía y Jurisprudencia en la Universidad de Huesca; más tarde, en Zaragoza, bajo la dirección de Andrés Scoto, cursó lengua griega y humanidades, continuando después sus estudios de Teología y Cánones en Salamanca. De esta época de escolar datan sus primeras composiciones poéticas. Al mismo tiempo que su hermano Lupercio era nombrado secretario del duque de Villahermosa, fue Bartolomé encargado de la regencia de la parroquia de los estados del duque, de ahí el sobrenombre de *rector de Villahermosa* con que le designaron sus contemporáneos. En 1601 es nombrado capellán de la emperatriz María, trasladándose a la Corte y asistiendo de vez en cuando a la Academia *Imitatoria* en la que tenía el cargo de fiscal. Por estos años, escribe a ruegos del conde de Lemos su *Historia de las islas Malucas* y algunas de sus más sabrosas epístolas. Con la muerte de la emperatriz, Bartolomé se retiró a Zaragoza, pero el conde de Lemos le llevó con su hermano al virreinato de Nápoles, en donde asistió a la Academia de los *Ociosos,* que dedica la sesión del 29 de marzo de 1613 a elogiar la memoria de Lupercio, muerto unos días antes.

Por la muerte de su hermano quedaba vacante el cargo de cronista de Aragón, cargo que solicitó Bartolomé, apoyándole en sus pretensiones el mismo conde de Lemos. No logró entonces ser nombrado cronista, pero sí en 1615, año en que también obtiene una canongía vacante en la Metropolitana de Zaragoza, por muerte de don Andrés Martínez. Tardó un año en volver a Zaragoza, donde residió hasta su muerte, ocurrida en 1631, después de publicar sus *Anales de la Corona de Aragón.*

La obra poética de Bartolomé, junto con la de su hermano, corrió manuscrita hasta 1634, año en que publica su sobrino Gabriel Leonardo las *Rimas* de los dos hermanos. Esta edición no es completa, pese a los esfuerzos de hijo de Lupercio, lo que notaron sus lectores. Así, por ejemplo, Andrés de Uztarroz escribe que «si bien su sobrino puso algún cuidado, salieron defectuosas en la cantidad y poco ajustadas a los originales, y esta queja la publicó quien más noticias tuvo dellas, que fue Martín Miguel Navarro, por haberlas ilustrado con sus notas, y todos los que han tenido alguna curiosidad por juntarlas, re-

piten la misma queja».[1] Pero lo cierto es que si la edición es incompleta, ya el mismo editor en el prólogo afirmaba que le había costado mucho reunirlas, como si fuese «un extraño», y los textos son además los últimos, como se ha visto al estudiar distintas versiones manuscritas.

La obra de Bartolomé es mucho más extensa que la de su hermano, pero juntas han corrido la misma suerte desde el siglo XVII al XX. La crítica se ha mostrado con rara unanimidad acorde en señalar una serie de notas características. En primer lugar, su clasicismo, es decir, su entronque con la poesía latina, cuya imitación había puesto de moda el Renacimiento. Los dos hermanos son unos neoclásicos en el grupo que había de engendrar el Barroco. Pertenecen a esa generación que encabeza Cervantes que se opondrían siempre a las novedades dramáticas de Lope de Vega y la revolución que produjeron las *Soledades* y el *Polifemo* de Góngora. De esta actitud clásica procede el gusto por Horacio, tan impecablemente traducido por los dos hermanos, de quien aprendieron el arte de encajar el pensamiento en el verso y la paciencia para pulir y limar lo escrito. A su vez, admiraron profundamente a Marcial, de quien aprendieron el gusto por lo burlesco y lo satírico.

Del siglo XVII procede también la observación, tan repetida, de la elegancia en el decir. Esta elegancia procede, en primer lugar, del trabajo de lima y retoque, bien perceptible al cotejar las versiones manuscritas con las definitivas; y en segundo lugar, a la sabia elección de las palabras, el huir del neologismo y de la afectación, sin caer en lo vulgar. Por eso decía Bartolomé Leonardo en la epístola que comienza «Don Juan, ya se me ha puesto en el cerbelo»:

Al discernir palabras, bien sería
no entretejer las lóbregas y ajenas
con las que España favorece y cría;
porque si con astucia las ordenas
en frasi viva, sionarán trabadas
mejor que las de Roma y las de Atenas.
Con tal juntura, no te persüadas
que por humildes te saldrán vulgares,
ni, por muy escogidas, afectadas.

Tenderá, pues, lo mismo que Lupercio, a la creación de un estilo claro, elegante, suprimiendo, al mismo tiempo, la metáfora audaz o la imagen ingeniosa. Esta elegancia procede también de una visión directa de las cosas. Por eso, su actitud ante el embellecimiento de la realidad contrasta con tanta claridad con la poesía culterana. Frente a tanta belleza en las descripciones gongorinas de los jóvenes poetas de su época, bien visibles en los textos escogidos más adelante, Bar-

tolomé describirá así una despensa en su epístola a don Francisco de Eraso:

Las uvas, que en abril como en octubre,
precian su néctar sólidas y enteras,
como él, aunque escondido lo descubre;

y de juncia y de esparto en las groseras
fajas para ivernar penden melones,
acomodados dentro en sus esferas;

las serbas, imitadas de varones
que en sus patrias son ásperos y rudos,
hasta que a luengas tierras los traspones;

los nísperos, que dejan de ser crudos,
bien que maduros son pellejo y cuescos,
junto a membrillos lisos o lanudos.

Esta actitud clásica, esta sabiduría y señorío en el decir, lleva aparejada también la elegancia en el hacer, esa fina actitud que le lleva a retirarse a su casa cuando se corren toros en el Coso, para decirle a don Francisco de Borja, en una elegante epístola: «Yo no concurriré por mi exquisita/austeridad». Austeridad que da por resultado en sus obras dos notas características: la tendencia a la gravedad satírica y su gusto por el moralismo. Cultivará la sátira clásica, elegante y hasta afectuosa, sin atacar, como otros contemporáneos, a personas conocidas. A propósito de su soneto «Cuando los aires, Pármeno, divides», se dijo que estaba escrito contra los célebres esgrimidores Carranza y Narváez, pero Bartolomé en una preciosa carta a fray Jerónimo de San José, dice: «Jamás he dado desabrimiento a nadie por escrito ni por palabra, y no he tenido razón; mas Dios se lo perdone a quien falsa aplicación ha hecho».[2]

La tendencia a la moralidad es la que le lleva, como a Horacio, a utilizar el apólogo dentro de una epístola o a buscar el ejemplo modélico dentro de la literatura clásica.

Notas

[1] En el *Ensayo* de Gallardo, III, col. 381.

[2] La carta fue publicada por el conde de la Viñaza en *Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola*, II (Madrid, 1889), p. 317.

[Canción]

Filis, naturaleza
pide la ostentación y los olores
para sus nuevas flores
a la fértil verdad de tu belleza
y que en meses ajenos
pródigas abran sin temor los senos.

De tu cerviz reciba
cándido lustre el de la rosa pura,
como animar procura
su carmesí en tu rostro la más viva;
den tus labios crueles
púrpura más soberbia a los claveles.

El cogollo más tierno
crezca con ambición de formar selva,
tan firme, que, aunque vuelva
a herirla por asaltos el hibierno,
ni le marchite el brío,
ni agrave más sus hojas que el rocío.

Por ti con los jardines
más prósperos compiten estas peñas,
que entre gramas risueñas
te producen violetas y jazmines,
para que de los dones
que tu hermosura influye la corones.

Ya, al favor de tus ojos,
entre frutos pendientes, el otubre
segunda flor descubre,
y te ofrece esperanzaes y despojos,
porque en entrambas suertes
anticipados recocijos viertes.

Mas, ¡ay!, que cuando inspiras
el no esperado honor con que se apresta
para ti la floresta,
haciendo en el vigor de cuanto miras
tan dichosa mudanza,
mísera yace y sola mi esperanza.

Soneto

Suelta el cabello al Céfiro travieso,
para que recompense, oh Cintia, un rato
de los muchos que usurpa el aparato
que le añade, no gracia, sino peso.

¡Cuánta más luz que coronado o preso
nos descubre ondeando sin recato!
Y dime si en las leyes del ornato
respondió al arte con tan gran suceso.

A cabellos de mal seguros reyes
ofrezcan ambiciosos resplandores
las ondas y las minas del Oriente;

los tuyos, ni los crespes ni los dores;
y pues crecieron en tan libre frente,
imiten su altivez, no guarden leyes.

Soneto

Si amada quieres ser, Lícoris, ama;
que quien desobligando lo pretende,
o las leyes de amor no comprehende,
o a la naturaleza misma infama.

Afectuoso el olmo a la vid llama,
con ansias de que el néctar le encomiende,
y ella lo abraza y sus racimos tiende
en la favorecida ajena rama.

¿Querrás tú que a los senos naturales
se retiren avaros los favores,
que (imitando a su Autor) son liberales?

No en sí detengan su virtud las flores,
no su benignidad los manantiales,
ni su influjo las luces superiores.

[A don Francisco de Eraso]

Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro
de la Corte, a esperar sano en mi aldea
de aquí a cien años el postrer suspiro.

Hoy te lo escribo ufano de que hoy sea,
aunque un bruto, por tres cofres que lía,
me estorbe con lo mucho que vocea.

Si el notar, pues, con piedra blanca el día
de los sucesos prósperos se usara,
como tal vez la antigüedad lo hacía,

notado con alguna piedra rara
pusiera el día de hoy en mi vasija,
si lapidario o príncipe me hallara.

¿Midiera yo el placer con una guija
cándida? ¿No escogiera tal diamante
que le envidiara alguna real sortija?

¡Oh cuán alegre estoy desde el instante
que comencé a romper con este oficio,
a mis inclinaciones repugnante!

En vano me introdujo a su artificio
la Corte; bien que yo tan mal me ayudo,
que salto de su escuela más novicio.

¡Oh si naciera yo en el siglo rudo
que en bellotas libró el común sustento,
hasta que en trigo convertirlas pudo!

Mas ¿qué haré, que por otra parte siento
que no he de hallar la soledad tan buena,
como acá en mi opinión me la presento?

Pero si la forzosa engendra pena,
la voluntaria alivia, y mi albedrío
es quien a mí me salva o me condena.

Yo sé bien de qué objetos me desvío,
y siempre que los viere en su retrato,
contra cualquier pesar mostraré brío,

cuando sufra al principio algún mal rato;
como quien se crió en la muchedumbre
política al concurso de su trato.

Ningún principio entró sin pesadumbre,
y ésta no es tanta que me desanime
de verla convertir presto en costumbre.

Porque si un leño verde suda y gime,
sólo padece mientras que lo tuesta
el fuego hasta que en él su forma imprime.

Y la materia fácil y dispuesta
no la combate como a la robusta,
que porque se hace fuerte, la molesta.

Y antes que Dios, con recompensa justa,
premiase la gran alma de María
(de las augustas la suprema augusta),

su licencia para esto pretendía,
y el ver después su muerte pudo tanto,
que quisiera partirme el mismo día;

pero no pude yo imitar al santo
que pasó de Mallorca a Barcelona
tantas leguas de mar sobre su manto.

No pude resistir a la persona
grave que lo estorbó, ni al noble lazo
de la razón cortés, que me aprisiona.

Mas pues para mi fuga llegó el plazo
(piadoso plazo), ¡oh vida solitaria!,
yo parto a recibir tu alegre abrazo.

Y no me aguarde la tumultuaria,
para que trace yo que el fisco pueda
no en España avivar la ley agraria,

sino embeber en sí cuanta moneda
guarda la fe moral, y que un decreto
la constriña a que falte o retroceda;

como el que sabes, movedor secreto,
que vendió el humo a tantos pretensores,
que en oro le pagaron con efeto.

Pues no es posible (ni es razón) que ignores
con cuán diverso afecto y con cuán puro
visito yo a ministros superiores.

Ni que cuando estuviera muy seguro
de que me hallaba consultado arriba,
me socorriera interesal conjuro.

Aunque es muy cierto que en la vida activa
no hay vidrio tan sutil como el derecho,
que en sus desnudos méritos estriba.

Si yo tratara a un príncipe, sospecho
que me saliera amigo, y aun sin duda
que yo no le quisiera amigo estrecho.

¿Hay quien a la verdad sencilla acuda,
y más si entiende el noble sospechoso
que ella depende sólo de su ayuda?

Manda que den ración de carne a un oso
porque a su puerta salta y acomete,
y niega el pan a un huérfano estudioso.

El paje, de aladares y copete,
porque en la manga esconderá de Juno
(y aun en la de Minerva) su billete,

será valido sin contraste alguno;
¿y el modesto?, que cobre aliento nuevo
para alargar los plazos al ayuno.

¿En esta gracia introducirme debo
para que digan, cuando la corteje,
que sus ciegos desórdenes apruebo?

Cuando sus colgaduras ver me deje,
¿qué importará, si no me maravillo
de las que Flandes, Francia y Milán teje?

Y ¿soy tan encogido, que me humillo
a contentarme con ganar la entrada
hasta la fácil sala del monillo?

En tanto que en el mundo haya cebada,
y en mi celebro lúcido intervalo,
no me ha de dar la adulación posada.

Yo aborrezco el mentir; soneto malo
ni le alabo a su autor, ni se lo pido,
aunque consista en ello mi regalo.

Y tanto más su mérito adquirido
que los de su abolorio reverencio,
cuanto va del sujeto al apellido;

que en el fiel tribunal de mi silencio
desvalida litiga la fortuna,
pues por el caso y por la ley sentencio.

Si la naturaleza siempre es una,
¿por qué ha de haber, con méritos iguales,
en los sujetos diferencia alguna?

Envejecido error de los mortales,
que estima la opinión más que la esencia,
a pesar de las leyes naturales.

Por eso en mí no forme competencia
con el manjar plebeyo el exquisito,
si el precio, y no el sabor, los diferencia;

que si a ladrar comienza mi apetito,
así los raros como los vulgares
por la ayuna garganta precipito.

Oh tú, de alguno de los doce pares
descendiente milésimo, que asientas
nobleza en lo que cuestan los manjares,

si con lo firme, dellos te alimentas,
y no con la opinión, di, ¿por qué cosas
más graves se hacen tiro nuestras cuentas?

¿Es mejor tu pavón por sus vistosas
plumas que mi perdiz, o por ser grato
a la altiva princesa de las diosas?

¿Y tendrá el mismo honor puesto en el plato?
¿Será tan tierna entonces mi gallina,
aunque sin plumas de pomposo ornato?

El soberbio espectáculo que empina
los varios ojos de Argos, ¿no se queda
inútil y mojado en la cocina?

Pues si no entra en mi estómago la rueda
verde, rubia y azul, ¿qué ley se opone
a que una ave de casa le preceda?

Demás que yo, aunque el uso me la abone,
no aspiro a que ella induzca a maravilla,
sino que a mi calor se proporcione.

Dime, pues, si en espléndida vajilla
la sustancia, a que anhelo, se le trueca
en otra más robusta o más sencilla.

¿Sana el cristal más presto la jaqueca
que el vidrio, o, respetándolo, el catarro
sus desabridos manantiales seca?

Y es de plata y nielado el jarro,
con el rostro de un sátiro en el pico,
¿aplacarte ha la sed más que el de barro?

Pues la seguridad con que lo aplico
a la sedienta boca, de agua lleno,
¿darámelo en palacio un vaso rico?

En el oro mezclaban el veneno
los tiranos de Grecia y de Sicilia;
siempre el barro corrió inocente y bueno.

¿Piensas que porque están los niños de Ilia
con su loba en tu vaso relevados,
y pasa vinculado en tu familia,

lo antepongo yo a cántaros tostados,
si he de beber en él con los recelos,
apenas por la salva asegurados?

Ni quiero ver bebiendo esos gemelos,
porque fue el uno fratricida astuto,
imitador de tíos y de abuelos.

Y en tales vasos, la madrastra el luto
apercibe del lánguido pupilo,
para que dé lugar al substituto.

Bien que yo, con el ánimo tranquilo,
me pudiera brindar con Claudio Nero,
si usó con los no ricos de otro estilo.

Mis campos y dehesas mi heredero
subirá en breve caja a su ventana,
y allí los regará como en florero.

La turba no sagaz, por cortesana,
huye desta opinión, porque se admira
de lustre falso y de apariencia vana;

y así a glorias fantásticas aspira,
porque trae los sentidos trastornados,
de atentos al reloj de la mentira.

¿Has visto los colosos artizados
sobre un arco triunfal? Pues por figuras
los contempla de insignes potentados:

en el ropaje de las vestiduras
venerables y sacros, mas por dentro
de bálago trabado en puntas duras.

¡Oh qué clavos se topan al encuentro
en el ánimo agudos, que sustentan
grave el semblante, lastimado el centro!

No niego que, de tímidos, ahuyentan
cualquier pasión, para que libres queden
luego de las memorias que atormentan;

porque tanto a su propio amor conceden,
que ni con un pesar que lo embarace,
ni sin nuevos designios vivir pueden.

Y si una pretensión se les deshace,
descartando el dolor a toda priesa,
abrazan otra que en el aire nace.

Quien esta mengua habitual profesa,
¿dirás que vive, y los que así afanamos
con su ejemplo a la pérfida promesa?

Huyamos pues del sordo encanto, huyamos,
que, o miente, o esconde un término en sus bienes,
que obliga a que a deshora los perdamos.

Bien que tú, sin embargo del tumulto
de la Corte, conversas con las musas
en el asilo que les diste oculto,

con quien de entrambas facultades usas,
que al Tácito, y a veces al Petronio,
restituyes el texto o se lo excusas.

Y cuando es menester dar testimonio
del arte militar, vemos que luces,
mandando tu nobleza al patrimonio.

Fatigas tus jinetes andaluces,
y aunque no sin aplauso y honor, luego
al gusto de los libros te reduces.

Mas yo busco un linaje de sosiego
libre de alteración, no respetoso
al vulgo superior, que es el más lego.

Quiero oponerme al tráfago injurioso,
causador de improvisas turbaciones,
para que no me asalten el reposo.

Aquello de los dos cautos ratones,
que en Horacio con gusto habrás leído,
oye, aunque el repetirlo me perdones.

Rústico vivió el uno, y conocido
del otro, al cual, si bien fue cortesano,
le convidó en su campo al pobre nido.

Y siendo escaso o próvido el villano,
a conservar su provisión atento,
a honor del huésped alargó la mano.

Derramó sus legumbres, bastimento
de que guardaba su despensa llena,
y los trozos de lardo macilento.

De pasas, de garbanzos y de avena,
ufano, entresacó lo más reciente,
y con los labios lo sirvió en la cena.

Mas hecho el cortesano a diferente
gusto, de sus manjares fingió agrado,
y probó algunos con soberbio diente.

En paja muelle entonces recostado
(próspero lecho) el gran ratón yacía,
dueño de aquel vivar afortunado;

que royendo unos tronchos, se abstenía
de lo bueno y repuesto, porque el hijo
se acreditase con la demasía;

al cual, riendo, el cortesano dijo:
«¿No me dirás, amigo, por qué pasas
la vida en este mísero escondrijo?

»Antepones las selvas a las casas,
y al sabor de los más nobles manjares
unas legumbres débiles y escasas?

»Ruégote que este yermo desampares;
vente comigo a mejorar tu suerte,
donde venzas los últimos pesares;

»que todos somos presa de la muerte,
y cuanto ella más lazos apercibe,
con más cautela el sabio los divierte.

»Este, pues, breve espacio que se vive,
¿quién tan sin arte sirve a su destino,
que de alimento sustancial se prive?»

Persuadido con esto el campesino,
sale tras él por el boscaje escuro,
y hacia la Corte siguen el camino.

Llegados, entran por el roto muro,
y en casa de uno de los más felices
magnates se pusieron en seguro.

En cuyos aposentos los tapices,
por la paciencia bélgica tejidos,
mostraban sus figuras de matices.

Sobre los lechos de marfil bruñidos,
los carmesíes adornos de la China
a la púrpura tiria preferidos.

Aquí el ratón campestre se reclina,
y, sin que el caro amigo se lo evite,
la cuadra y sus adornos contramina.

Y en los platos, reliquias de un convite,
que una infiel mesa le ofreció, procura
que el vientre de su ayuno se desquite.

Muy hallado tras esto, la figura
hace de alegre huésped, discurriendo
por la pieza con libre travesura.

Pero cesó el placer por el estruendo
con que cierran las puertas principales,
por no esperado, entonces más horrendo.

Los canes luego (horror de los umbrales),
como acostumbran, con ladridos altos
de su fidelidad dieron señales.

Aquí de tino los ratones faltos,
huyen hasta subir por las paredes,
y ambos, cayendo, chillan y dan saltos.

Mas luego el campesino: «Tú que puedes,
le dice al cortesano, llevar esto,
podrá bien ser que en tu vivienda quedes;

»que yo a tentar la fuga estoy dispuesto,
y con celeridad tan proseguida,
que a mi quietud me restituya presto,

»donde no hay asechanza que la impida:
por incapaz del trato o por indigno,
volveré a la escaseza de mi vida.

»Todo cuanto me ofreces te resigno;
con tu abundancia a tu placer te dejo
por un hoyo sin luz, pero benigno.»

Éste el suceso fue, y éste el consejo
que yo venero, con haberlo dado
un tímido y silvestre animalejo.

A mi rústico albergue me traslado;
bien que, según lo pinta mi jüicio,
un magnífico alcázar y adornado.

Cierto es que él no levanta un edificio
en que la geometría suntuosa
haya puesto el caudal de su artificio.

Que allí no lucen jaspes de Tortosa,
por nuestro Fidias Jácome de Trenzo,
y de pórfido raro ni una losa;

ni el ventanaje del soberbio lienzo
del templo insigne que ofreció devoto
Filipo en San Quintín a San Lorenzo.

Mas pienso que, aunque no responde al voto
con que aquella victoria fue impetrada,
no está de parecérsele remoto.

Es la capacidad de la posada
angosta; pero, gracias a Dios nuestra;
humilde, pero bien acomodada;

en cuyo alegre patio, a mano diestra,
un cuarto fresco para el tiempo estivo
sobre el antiguo sótano se muestra;

el sótano, en que siempre licor vivo
de Baco en los toneles envejece,
y el que Palas distila de su olivo.

Todo este cuarto en un jardín fenece,
no trasquilado, que su verde greña
para apetito en la ensalada crece.

Luego, cercando prevenida leña,
de parto cacarean cien gallinas,
junto de una cocina no pequeña;

donde extendida entre las dos esquinas
blanquea una vajilla, que se iguala
(si ya no excede) a porcelanas finas.

Un entresuelo en medio de la escala,
para si viene un huésped dedicado;
de allí se sube a la apacible sala,

que me conserva en uno y otro lado,
conforme al tiempo, habitación distinta,
y de ambas se descubre vario el prado;

tal, que si de pincel vieres la quinta
entre altos sauces o en ribera amena,
dirás que deste original se pinta.

La torrecilla, de palomos llena,
en sus roncos arrullos semejante,
a los aplausos del teatro suena.

Y abiertas las ventanas, no distante
descubren el repuesto de la fruta,
cubiertas con sus redes de bramante;

porque el oreo, que la guarda enjuta,
entre a darle sazón, y a las traviesas
aves lo estorbe la defensa astuta.

Generoso el olor de las camuesas
se esparce, que del techo bien colgadas,
forman racimos, de sus hilos presas;

y con ellas la sarta de granadas,
que una en el seno sus rubíes encubre,
y algunas te los muestran confiadas.

Las uvas, que en abril como en octubre
precian su néctar, sólidas y enteras,
como él, aunque escondido, lo descubre;

y de juncia y de esparto en las groseras
fajas, para hibernar, penden melones,
acomodados dentro en sus esferas;

las serbas, imitadas de varones
que en sus patrias son ásperos y rudos,
hasta que a luengas tierras los traspones;

los nísperos, que dejan de ser crudos,
bien que maduros son pellejo y cuescos,
junto a membrillos lisos o lanudos;

los higos pasos, con más miel que frescos;
al fin cuanto se esculpe y se colora
sobre las cornucopias y grutescos.

Desde Valencia dan Pomona y Flora
la cidra y la naranja a nuestra Pales,
con las limas, que el sol adulza y dora,

cuando a breves tetillas virginales
imitan, conservando la figura,
con que en fraterna unión crecen iguales.

El pero humilde entre las pajas dura
macizo y más cordial, cuyas virtudes
con el rescoldo lento el fuego apura.

Las castañas en forma de laúdes,
nueces y almendras, que aman la madera
que le sirve de cunas y ataúdes.

Entre esta fruta fácil considera
que un asado y cocido, poco y bueno,
sobre manteles cándidos me espera.

Y que a mis horas ciertas como y ceno,
con la resolución que lo ejercita
un sano, que reniega de Galeno;

y con puntualidad tan exquisita
como la indispensable que el sol tiene
para ilustrar los signos que visita.

Mas componer la sala me conviene,
y mi lecho en su alcoba, y ver del modo
que el tercero aposento se previene,

que es grande, blanco y lleno de luz todo;
en éste de mis bienes lo más rico
(mis apacibles libros) acomodo.

Éste, süaves musas, os dedico
al ocio docto, a las vigilas santas
que me han de secrestar del siglo inico.

Acetadlo, bellísimas infantas
de Jove, así no huelle vuestras flores
profano huésped con indignas plantas.

Vuestra deidad no inspire sus olores
sino a la bien dispuesta lozanía,
que eleva los ingenios superiores.

No se llegue ni a Euterpe ni a Talía
(por más que alegue a Sócrates) el necio,
que en su verbosidad servil porfía.

Escuchen solamente con aprecio
las verdades que esparce en su elegancia
la fiel consoladora de Boecio.

Use allá fuera Codro de arrogancia
por ciencia, y de su voz arrastre asidos
los vulgos, como Alcides el de Francia;

pues juzgan con tan rústicos oídos
que lo escuchan por cisne, siendo ganso,
y por canto sonoro sus graznidos.

Y mientras que Gnatón compra el descanso
con oficioso agrado, y disimula
su cieno y ovas, como arroyo manso,

y algunas veces reprehendiendo adula
(que hay también aspereza aduladora)
al noble tributario de su gula,

a sus versos da honor, porque devora
sus platos, siempre huéspeda la panza,
hinchada por ajena cantimplora.

Y en tanto que al poder y a la privanza
frecuentan los barbudos pretendientes,
que en apariencias fundan su esperanza;

bien que entre los decoros aparentes,
por virtud de sus piedras y metales,
cobran los requisitos suficientes;

y en tanto que de lechos conyugales,
que afortunados la ignorancia llama,
arde el honor en ascuas desiguales;

porque plugo a los ojos de madama
la maciza salud del paje hermoso,
y desmiente al susurro de la fama;

o prohijando al satisfecho esposo
obra de esfuerzos más ejecutivos,
o apelando al brebaje poderoso;

por cuya fuerza arroja medio vivos,
al adúltero Adonis semejantes,
(no sin peligro) trozos abortivos;

y en tanto que el tropel de negociantes
hunde estas calles, como cuando en Creta
gritaban los piadosos coribantes;

y Crisofilo, cauto con la treta
del volador Simón, la mitra agarra,
con que después la indocta frente aprieta;

no por mostrar la indignación bizarra
de otro Simón, que, amando a su Maestro,
en un huerto esgrimió la cimitarra,

sino, contra el ejemplo de Silvestro,
para oprimir la esposa como a sierva,
dándole a César el peculio nuestro;

que sus ovejas él no las conserva
sino por el vellón que les trasquila,
sin celo de que rumien sal ni yerba.

Y mientras gime entre Caribdi y Scila
tu verdad por causídicos malditos,
de quien la fe, como la voz, se alquila;

hasta que huyendo interesales gritos,
de los confusos tribunales vuela,
o se ahoga en los pérfidos escritos;

y mientras la ambición y la cautela
apresuran las vidas en palacio,
que a la corriente edad bate la espuela,

viviré yo en mí mismo, a libre espacio,
con Jerónimo, Ambrosio y Augustino,
y alguna vez con Píndaro y Horacio.

En éste, que es mi puerto, determino
mirar (si puedo) como ajeno el daño
que otros reciben del furor marino.

Y allí de jaspe catalán o extraño,
para colgar mis cepos y cadenas,
levantaré un altar al desengaño,

cuya inscripción con letras de oro llenas,
aunque respete al superior sentido
que les dio (o penetró) Pablo en Atenas,
dirá también: AL DIOS NO CONOCIDO.

Décima

Viéndose en un fiel cristal
ya antigua Lice, y que el arte
no hallaba en su rostro parte
ni estrago natural,
dijo: «Hermosura mortal,
pues que su origen lo fue,
aunque el mismo Amor le dé
sus flechas para rendir,
viva obligada a morir,
pero a envejecer, ¿por qué?»

Soneto

Por verte, Inés, ¿qué avaras celosías
no asaltaré? ¿Qué puertas, qué canceles,
aunque los arme de candados fieles
tu madre y de arcabuces las espías?

Pero el seguirte en las mañanas frías
de abril, cuando mostrarte el campo sueles,
bien que con los jazmines y claveles
de tu rostro a la Aurora desafías,

eso no, amiga, no; que aunque en los prados
plácido iguala el mes las yerbas secas,
porque igualmente les aviva el seno,

con las risueñas auras, que en jaquecas
sordas convierte el húmedo sereno,
hace los cimenterios corcovados.

[A un caballero y una dama que se criaban juntos desde niños y siendo mayores de edad perseveraron en la misma conversación]

Firmio, en tu edad ningún peligro hay leve;
porque nos hablas ya con voz escura,
y, aunque dudoso, el bozo a tu blancura
sobre ese labio superior se atreve.

Y en ti, oh Drusila, de sutil relieve
el pecho de sus dos bultos apresura,
y en cada cual sobre la cumbre pura
vivo forma un rubí su centro breve.

Sienta vuestra amistad leyes mayores:
que siempre Amor para el primer veneno
busca la inadvertencia más sencilla.

Si astuto el áspid se escondió en lo ameno
de un campo fértil, ¿quién se maravilla
de que pierdan el crédito sus flores?

Soneto a su hermano Lupercio, porque se hacía mirar las rayas de la mano

Fabio, pensar que el Padre soberano
en esas rayas de la palma diestra
(que son arrugas de la piel) te muestra
los accidentes del discurso humano,

es beber con el vulgo el error vano
de la ignorancia, su común maestra:
bien te confieso que la suerte nuestra,
mala o buena, la puso en nuestra mano.

Di, ¿quién te estorbará el ser rey, si vives
sin envidiar la suerte de los reyes,
tan contento y pacífico en la tuya,

que estén ociosas para ti sus leyes,
y cualquier novedad que el cielo influya
como cosa ordinaria la recibes?

A una persona que se preciaba de Platónica

Gala, no alegues a Platón o alega
algo más corporal lo que alegares,
que esos cómplices tuyos son vulgares
y escuchan mal la sutileza griega.

Desnudo al sol y al látigo navega
más de un amante tuyo en ambos mares
que te sabe los íntimos lunares
y quizá es tan honrado que lo niega.

Y tú, en la metafísica elevada,
dices que unir las almas es tu intento,
ruda y sencilla en inferiores cosas;

pues yo sé que Apuleyo más te agrada
cuando rebuzna en forma de jumento
que en la que se quedó comiendo rosas.

De uno de los Argensola

A una mujer que se afeitaba y estaba hermosa

Yo os quiero confesar, don Juan, primero:
que aquel blanco y color de doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Pero tras eso confesaros quiero
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.

Mas, ¿qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así Naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vèmos
ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

[Los textos proceden de mi edic. de las *Rimas* en «Clásicos castellanos».]

Anónimo

La epístola siguiente, que publiqué en mi edición del *Cancionero* de 1628, se encuentra copiada en el manuscrito 250, fol. 922, de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza. El carácter argensolista de la pieza se denuncia claramente, aunque desconozco quién puede ser el autor. De no pertenecer a Miguel Martín Navarro, tan encariñado con la poesía de Bartolomé Leonardo, como hemos visto, no sé qué otro poeta del grupo pudo haberla escrito. De todas formas, tampoco puede faltar en una antología de poetas aragoneses.

Da cuenta a un amigo de una enfermedad y pasatiempo en su convalecencia

Fragmentos

Si el Parnaso a la sagrada cumbre
subo atrevido, cuando más cansado
me tiene mi continua pesadumbre,

para templar el plectro, que olvidado
dejé vencido de infinitos males,
de Elicona en los márgenes colgado,

a cuyos suavísimos cristales
me arrojo, por sacar de alguna parte
del divino furor de sus raudales,

sólo ha sido, señor, para contarte
mi vida, mis trabajos y paciencia,
cuyo principio no sabré explicarte:

que fallida la humana diligencia
en inquirir efectos superiores,
es mayor su ignorancia que su ciencia.

Pues las desdichas suelen ser favores,
salud la enfermedad, honra la afrenta,
gala la desnudez y sus rigores.

Pero vuele la pluma a darte cuenta
del asunto que tengo prometido,
que aun hoy, señor, su fuerza me atormentá [...]

Perdí, señor, del todo la esperanza
de la salud, tesoro que, ignorado,
menos se estima cuanto más se alcanza.

Lento poder, de infame industria armado,
mis fuerzas embistió, y, perdido el brío,
febricitando, al mal quedé entregado.

Como en las olas del furor impío,
atropellado el pescador no experto
forceja contra el ímpetu del río,

y el marinero, del peligro cierto,
huir el golfo proceloso quiso,
que teme de su furia un desacierto,

así, señor, vencido de improviso
de una gran calentura, mal intenso
tuvo mi vida en término preciso.

Con tal ardor, con fuego tan inmenso,
que en su fuego colérico y fogoso
quedara el mayor médico suspenso.

Y al deslizar del golfo impetuoso
de su furor mi pobre bajelillo,
el piloto me halló en mar peligroso;

pues señalando un grave tabardillo,
presagio cierto de la muerte fiera,
casi me sepultara en Monegrillo. [...]

Llegué a la inexcusable penitencia,
sagrado trono donde Dios preside,
en que obra la piedad y omnipotencia.

Donde llorosa el alma se despide
de eternas penas, que por gajes tira
cuanto proterva su remedio impide.

Donde con vida celestial respira,
si a fuerza de las lágrimas y el llanto
de pasados insultos se retira.

Y prevenida la posada, en tanto
que la visita de mi Dios aguardo,
digo del Rey salmista el triste canto.

Consuélame su vista, y me acobarda,
cuando miro en acción tan piadosa,
que tarda Dios lo que a llamarme tardo.

Llega pues, humillada y venturosa
el alma a recibir en un bocado
al que le llama su querida esposa.

Epílogo en que el cielo está abreviado,
siendo aqueste inscrutable Sacramento
término en que el poder se ve agotado.

Cantó alabanzas con alegre acento,
gloriosa el alma de visita tanta,
con la que hizo Dios su firmamento.

Con júbilos el cielo se levanta,
convidando a los ángeles que sigan
sus intrincados pasos de garganta,

y que en acordes tropas le prosigan,
dulces motetes repitiendo a coros
el santus, con que eterno le bendigan [...]

Mitigaba la sed de tarde en tarde,
dando al cristal helado el labio seco,
que del interno ardor hacía alarde.

Tan desvalido estuve, ¡oh embeleco,
competidor tirano! que, suspenso,
de mi voz me cansaba sólo el eco.

Pagué a la cama el dialatado censo
de un mes de residencia, tan prolija,
que peno de acostarme si lo siento.

Pues faltando prudencia que corrija
este ciego apetito, no sé qué haya
quien su enfadosa habitación elija.

Díganme a mí que en la anchurosa playa
padezca de las olas la braveza,
y no me manden que a la cama vaya.

Pues falta el sueño y sobra la flaqueza,
con tanta oscuridad, despierto y solo,
obro como alquimista de cabeza [...]

Allí, señor, mi mal se me acrecienta,
y cuanto gasto el día, tanto pierdo
en la noche pesada y macilenta.

De cuándo me acosté, jamás me acuerdo,
que es para mí la noche un siglo entero
midiendo de su curso el paso lerdo.

Y cuando Febo al pestañar primero
de sus hermosos rayos, con la Aurora
hace oficio de amante lisonjero,

a quien ella con perlas enamora,
que congeló el invierno riguroso
sobre los campos que bordaba Flora,

hago abrir, de sus rayos deseoso,
las ventanas, y haciéndome visita,
parte brillando su carrera hermoso.

Luego a la vista el apetito excita,
y el cuerpo, entre las sábanas cautivo,
libre de aquel sepulcro, resucita.

Con lenguaje amoroso y atractivo,
alegres parabienes me dan todos,
que yo, contento de su amor, recibo.

Buscan al gusto por diversos modos
sainetes motejando el apetito,
a quien dan en la aldea mil apodos.

Es mi almuerzo, con solo un bocadito,
un brindis del dionisio dios, que estimo
porque alegra su fuerza al más marchito.

Y en acabando, a divertir me animo
con dar dos pasos; aunque cuando veo
que las fuerzas me faltan, me lastimo.

Pasa a tomar un libro mi deseo,
amigo cortesano en el aldea,
y en sus renglones mil prodigios leo.

Su concepto y lenguaje me recrea,
porque siendo de Tirso y de Toledo,
ni faltas habrá en él, ni hay quien las crea.

De Ovidio las Epístolas no puedo
olvidar, cuanto dulces tanto graves,
ni las verdades que escribió Quevedo [...]

Salgo, pues, del retrato de Etiopia,
habitación de la tiznada gente,
que es del incendio de Faetón la copia,

a un jardín, que conserva diligente
mi cuidadosa industria tan lozano,
que los rigores de Aquilón no siente.

Gozoso me entretengo, viendo ufano
todas las plantas que en sus cuadros viven,
que las he transplantado por mi mano.

Parece que con risas me reciben,
y como agradecidas, en las hojas
con verdes caracteres me lo escriben.

Y aunque tú, proceloso si te enojas,
rígido mes, decrepitud del año,
de su hermosura propia las despojas,

no ha de salir de su verdor extraño,
tirana vencedora tu inclemencia,
si no padece mi remedio engaño.

Pues con él, derribando tu potencia,
en un jardín parecerá mi tierra
la navidad en flores a Valencia.

su variedad hermosa me destierra
el humor melancólico y terrible
que mi pesada condición encierra.

Pues ha llegado a ser tan insufrible,
que aquellos que procuran divertirla
la pueden acusar de incorregible.

No hay quien pueda a concierto persuadirla,
porque apenas asoma la alegría,
cuando mi enfado sale a reprimirla.

Gozo desta florida compañía
casi siempre las tardes y mañanas,
por engañar del mal necia porfía.

Otro rato me asomo a las ventanas,
donde hieren del sol los rayos de oro,
a mirar las trigueñas aldeanas.

Su firmeza les sirve de tesoro,
pues, oliendo a romeros y a tomillos,
se funda su beldad en su decoro.

Mírolas ir con pardos jumentillos
por los cristales que el invierno prende
con rígida violencia entre sus grillos [...]

Veo venir la niebla con su flema,
engendrada de prado en la montaña,
cada tarde, cual loco con su tema.

Y cobarde la juzgo en esta hazaña,
pues cuando el sol y viento no parecen,
los collados y montes enmaraña.

A una parte gigantes se aparecen
los mojones de España, que, infelices,
en todos los inviernos envejecen.

Si en abril Pirineos son felices,
presto el diciembre, con granizo y nieve,
les pone el desengaño en las cervices.

Y aunque mi vista fatigada pruebe
de Moncayo a mirar la excelsa cumbre,
oprimida del llanto, no se atreve [...]

Veo entrar, encajados los capuces,
todos los labradores fatigados
del largo peso de sus graves cruces.

Y en ejércitos mansos los ganados,
que temerosos de la noche fría
menos comidos llegan que cansados.

Y el corderillo, juguetón de día,
tras de la madre, con balido tierno,
porque el sustento de su pecho fía.

Cierra el día los pasos el invierno,
que perezoso y dormilón pretende
descansar en silencio y sueño eterno.

Del sol con negros surcos se defiende
la noche, que emulando su belleza,
la bizarría de los astros tiende.

Y a deshora, sacando la cabeza
retocada de plata, Cintia hermosa
destierra de la noche la tristeza.

Viene con tardos pasos perezosa,
que como viste ropa de esplendores,
sale de que la miren deseosa.

Huigo entonces del tiempo los rigores,
acogiéndome al fuego en la cocina,
tapizada de negros asadores.

Donde concilio junta la vecina
rústica gente y de las cosas trata
que Inglaterra y Francia determina [...]

La plática por puntos se mejora,
dando la olla liberal y franca
lo que en vidriados senos atesora.

Parda cecina y la morcilla blanca
del lechón que murió las Navidades
y está al humero en la tiznada blanca.

Cansado ya de rústicas verdades,
voy a la cama, donde no descanso,
enfadado de tantas necedades.

Con breve cena el apetito canso
y divertido un rato deste enfado,
llamo con dulce halago al sueño manso.

Tarda mucho después que me he acostado;
mas quedo al fin entre sus brazos preso
y en sombras de la muerte sepultado.

Este, señor, en cifra es mi suceso,
después acá que falto a tu presencia,
y de mi mal el insufrible exceso
dilatado con tal convalescencia.

Francisco Gregorio de Fanlo

El licenciado Francisco Gregorio de Fanlo nació, según Latassa, en Molinos a mediados del siglo XVI, aunque a juzgar por las características de su obra quizá hubiera que retrasar bastante esa fecha.

En el *Certamen poético a la fiesta de la traslación de la reliquia de San Ramón Nonat,* recopilado por fr. Pedro Martín, se encuentra la vida del santo en rimas. Por los fragmentos que incluyo se verán los caracteres de su obra poética, influida por Góngora, pero sin calidades destacables. Su constante afición a mencionar nombres de la antigüedad y a aludir a regiones raras y curiosas empobrece mucho su labor poética.

Gózate en Chile amor verdes abriles,
y exento el albedrío aquí me deja,
que son, si ya no torpes, casi viles
los cansados incendios por tu abeja;
ya salí de tus trampas femeniles,
ya rompí la prisión de tu madeja,
fértil India de amor tenida en poco,
que ya no tengo amor, pues no estoy loco.

A un blanco armiño arrima el acicate
el gran Cardona, que en bizarra muestra
para mostrar el suyo el ante bate,
que de un volante pende la siniestra;
dulce premio de amor en su rescate,
y tan gallardamente el potro adiestra,
cuando entre sus corcovos más lo aflige,
que parece un Astolfo quien lo rige.

Pues bañaba la espuma de los dientes
la cándida guedeja de rubíes,
que en perfiles de aljófares fulgentes
parecían balaustrios carmesíes,
y en remiendos de esmaltes diferentes

la carroza del sol entre alhelíes,
si en nubíferos cándidos capotes,
la frente opaca esconde de Bootes.

De una encarnada tela y blanco raso
el godo traje imita, que despoja
las rosadas cortinas del ocaso,
y cómo en ampos cándidos deshoja
el clavel que al Aurora sale al paso,
desabrochando púrpura, que en roja
prisión desata, y rompe las cadenas
al tálamo del alba de azucenas.

Tal de Nonat el padre y bello mozo
igual al que a Calígula provoca,
último extremo de la gala y gozo,
sale con gracia y perfección no poca;
ofendiendo al coral del labio el bozo,
que, entre el tirio realce de la boca,
al ébano etiopiso el pelo iguala,
que en cándidos jazmines se señala. [...]

Hermoso mayoral de estas riberas,
que en trémulos abetos y espadañas,
de las plantas del alba más ligeras
siembre la lluvia de oro en que te bañas;
más bello que diez verdes primaveras,
del dosel de esas cándidas entrañas
en hora buena salgas y te vea
nuestra vecina y pequeñuela aldea.

Que ya, pues de color el campo vistes,
el día en que amanezcas está cerca,
salgan de las cavernas de ovas tristes
y rompan de cristal la hermosa cerca
de los flavos, topacios y amatistes
que de Acuario la urna cuaja terca,
los versicolorados pecezuelos
del crespo raudo y los cerúleos velos.

Y cuando su rudez, oh niño, iguales
a los que habitan del oriente el yermo,
y a los Tarsos, que en nílicos cristales
roban la plata del Pactolo y Hermo;
si no perlas de Césares triunfales,

imitadoras de Mamerco y Termo,
con macedonias manos os dan dones
de cándidos y albísimos vellones.

[*Certamen poético (...) y su vida en Rimas* (Zaragoza, 1618), págs. 3 y 7v.]

Juan Melendo

Fue natural de Villarroya, pueblecito cercano a Calatayud. Y fue también, según reza la portada de su obra, presbítero beneficiado de la misma parroquia.

Escribió un poema en 27 cantos, en quintillas, titulado *La serrana celestial* (Zaragoza, 1627), dedicado a narrar diversos milagros de la Virgen de Villarroya. El poema pertenece al tipo del *Isidro,* de Lope de Vega, pero con más humilde y bajo estilo sin salvar tan delicadamente como el Fénix la aproximación a lo popular y campesino. No estiliza los motivos; los retrata, como buen aragonés. En el prólogo al lector reconoce ya su falta de arrebato e incapacidad poética, su «humilde estilo, tosco lenguaje; y, lo que es peor, desarropado Poeta, falto de introducciones, pobre de conceptos, desnudo de ornato, poco culto, nada afecto». «A todas las demás faltas que puedes atribuir a este libro, satisfago con decir que no soy poeta; con lo cual quedo desobligado de seguir los preceptos del Arte». Sin embargo, a pesar de estas humildes afirmaciones del propio autor, nos hemos decidido a incluir en la selección uno de los milagros, que da perfecta idea de su técnica narrativa, tan poco usual en la poesía aragonesa del siglo XVII.

Milagro de Nuestra Señora de la Sierra

Hay junto a Soria un lugar
que es Garray, de habitación
pequeño, mas singular
en la mucha devoción
con nuestra reina sin par.

Que aunque el trono, asiento y silla
esta Virgen sin mancilla
tiene puesta en Aragón,
en la grande devoción
es extremada Castilla.

Pues en este pueblo un día,
años de mil quinientos
dieciséis, cuando alegría
muestra casi sin alientos
la labradora porfía;

cuando echa a un cabo el pastor
el gabán que da calor,
o a lo menos causa ofensa,
que si al invierno es defensa
al verano le es calor;

cuando la hormiga avarienta
su trox llena de lo hurtado,
y cuando el canto atormenta
de aquella que, dando enfado,
sólo por cantar revienta;

cuando de aire deseoso,
el labrador codicioso
avienta la paja y grano,
y con la hoz en la mano
espigas corta furioso;

cuando se afeita la cara
la que es de Baco corona,
y por hacer antipara
al rubio hijo de Latona
la una oveja a la otra ampara;

cuando el escondido grillo,
sin que puedan descubrillo,
dentro de su choza suena,
y da con su canto pena
el importuno cuquillo;

al fin, en el mes dichoso,
cuya puerta Pedro guarda
y María el medio honroso
y Juan está en retaguarda
para hacelle más glorioso;

pues en este mes estando
los labradores cortando
secas espigas, había
una mujer que cogía
las que ellos iban dejando.

Ésta un niño había dejado,
del suceso descuidada,
de las mieses apartado,
que la Reina consagrada
la tiene este dia guardado.

Era tan grande el calor,
que acrecentando el vapor
del niño, se le ha subido
a la cabeza, y rendido
del sueño al dulce sabor.

Estando, pues, el pequeño
infante sin que pudiera
valerse, aun fuera del sueño,
por ser cierto que no era
de manos ni lengua dueño,

dos mulas, que mal sufridas
suelen ser estando unidas,
cual veloz viento partieron
y con un carro corrieron
de las moscas compelidas.

Tan grande priesa en correr
pusieron, que sin parar
su curso pudiera ser
bastante el dueño, que dar
mil voces fue menester.

Al estruendo que traían
las mulas, donde cogían
el trigo los labradores,
limpiándose los sudores
que por sus rostros corrían,

sacando las corvas hoces
de entre las rubias espigas
viendo las mulas veloces,
aunque llenos de fatigas,
corren dando grandes voces.

La mujer, que el carro ve
llegar al niño, con fe
viva, desde donde está
al Cielo mil voces da
para que favor le dé.

«Virgen de la Sierra, dijo,
ayudadme»; y de repente,
corre donde estaba su hijo,
y antes de llegar la gente
perdió todo el regocijo.

El carro veloz pasó
y al tierno niño cogió
la cabeza, sin que pueda
tener remedio, y la rueda
dentro la tierra la hundió.

Todos viendo que ha pasado
tuvieron por más que cierto
que al niño la muerte ha dado.
y así lo lloran por muerto
en caso tan desdichado.

Llega la gente afligida
pretendiendo hallar sin vida
al tierno infante, que el fuerte
golpe habelle dado muerte
tienen por cosa sabida.

Venle falto de sentido,
y que la pesada rueda
la cabeza le ha metido
un palmo en tierra y le queda
señal de lo sucedido.

Una línea le quedó
por do la rueda pasó,
y con ser el peso tanto,
la Madre del Verbo santo
sano y salvo le guardó.

Señalóle en la mejilla
la princesa singular
para que toda la vida
entienda que quiso obrar
esta rara maravilla.

¡Qué pluma ni qué elegante
ingenio será bastante
a decir el regocijo
de la madre, viendo su hijo
libre en caso semejante!

La dulzura, la alegría
de todos los corazones
dígala quien la sentía,
porque mis toscas razones
poco valen este día.

[*La serrana celestial,* f. 289 y ss.]

Andrés Melero

Andrés Melero nació en Alquézar hacia 1585-90; doctor en Teología y Filosofía y profesor de la Universidad de Huesca, es autor de una *Canción a San Juan Clímaco* de extraordinaria curiosidad, aunque tuvo presente la famosa *Canción a San Jerónimo* de Adrián de Prado; pero el paisaje y la descripción del eremita no pueden ser más esencialmente distintas. Frente al San Jerónimo macilento, con sus tendones en relieve y todo él inspirado en la escultura, Melero nos ofrece un San Juan Clímaco no menos curioso. Todos los recursos que durante un siglo se habían acumulado para retratar a una dama son utilizados por nuestro poeta en la visión de un San Juan alto, de alabastrinas manos, de purpúreos labios de coral, de dorado bozo, etc. Tan curioso es este retrato que no encuentro precedentes en la poesía de los siglos XVI y XVII. En este caso estamos en presencia de un influjo directo de la pintura, unido a la influencia gongorina y antequerana.

Canción real a San Juan Clímaco

Cerca del negro Egipto celebrado
(cuyas montañas de aspereza llenas
viste de peña el pecho empedernido)
hay un ameno y apacible prado,
cuyas doradas y avarientas venas
jamás sangría alguna han recebido.

Aquí nunca el bramido
del león vedijoso y entrepardo,
de la vaca, del toro, del buey tardo
el eco triste y burlador responde,
porque es lugar adonde
los abrazados ramos son encuentro,
que a las fieras no dejan entrar dentro.

Nunca aquí el tigre indómito, membrudo
mostró de mil remedios variada
limpia la piel, aunque de manchas llena;

ni el jabalí cerdoso y colmilludo,
ni oso fiero, ni onza acelerada
pisaron nunca la floresta amena.

Nunca aquí el silbo suena
de la serpiente vil, soberbia y tosca,
ni aquí deshizo su escamosa rosca,
el pecho levantado, roja cresta;
ni su cola molesta
fue azote de los árboles y plantas,
ni argolla de sus ásperas gargantas.

Nunca las hierbas con cabriolas bala
la inquieta cabra, ni sus hojas poda,
ni llegándose al árbol, de repente,
la cornijera frente al ramo iguala.
ni encontrando las ramas acomoda
sus pies al trono, ni a la rama el diente.

Aquí ninguna fuente
vido enturbiados sus cristales puros;
la zarza aquí jamás fundó sus muros,
ni aquí el encino grueso y perezoso
plantó su pie nervoso,
ni la encrespada y retorcida grama
a las aves celestes hizo cama.

Muestra este prado su ropaje verde
de diferentes flores matizado,
que aquesta es siempre su común librea,
en la cual su tesoro el alba pierde,
bordando con aljófar azogado
las hierbas que con lágrimas platea.
Mas el sol, que desea
las ricas prendas de la débil hoja,
de la escarchada plata la deshoja,
y dándole una capa de escarlata,
en lugar de la plata,
de oro fino la borda y la guarnece.

El sol recién nacido, que aquí goza
del alba el pecho, que por leche mama
menudo y blanco aljófar cuando nace,
a las nevadas hierbas desemboza,
y con la luz radiante que derrama
oro la plata de sus canas hace;

y al tiempo que deshace
del solimán del alba los crisoles,
da a las hierbas vistosos arreboles,
y al mismo tiempo que sobre ellas reina
parece que las peina,
pues con el peine de sus hebras rojas
por caspa quita perlas de las hojas.

Vese en aquesta soledad amena
a una parte el funesto cipariso,
lleno de funeral y triste luto;
por otra parte se descubre llena
del fresno, del nogal, sauce o aliso,
que pagan a la tierra su tributo.

Muestra su hermoso fruto,
a otra parte, la vid enternecida,
que a la oliva pacífica ceñida,
lasciva haciendo indisolubes lazos
en sus hojosos brazos,
llega a la verde copa y puesta en ella
está brindando con su fruta bella.

Veréis por otra parte una arboleda
que fabrica un confuso laberinto,
donde el puro cristal hace una raya;
la deshonesta hiedra aquí se enreda
con el olmo lascivo, el terebinto
de oloroso sudor el cuello raya,
y el céfiro da vaya
con verdes lenguas de árboles silbando,
y un arroyo que corre murmurando,
y de la vaya sale tan corrido,
que entre hierbas perdido,
corrido corre y, aun con ser corriente,
se va corrido manifiestamente.

Otro arroyuelo manso, cuya plata
de los rayos del sol guarda y defiende
un verde palio a quien Apolo dora,
su diáfano y raudal cuerpo maltrata
entre unas peñas lisas en que aprende
con dulces quiebros a agradar a Flora,
y de contento llora,

el prado amenizando por tributo,
a su rostro y su cuerpo nunca enjuto
los arroyos y lágrimas que vierte,
que son, si bien se advierte,
cándidas venas de su cuerpo y manos,
y de su capa verde, pasamanos.

Tiene naturaleza en este prado
una cama de campo, cuyo cielo
se borda cada noche con estrellas;
es su color azul y turquesado
y de pajizo y verde terciopelo
hacen las palmas sus cortinas bellas;
los álamos entre ellas
hacen del nombre y hojas alamares,
entre cuyos ojales circulares
un ciprés va metiendo sus botones,
y sirven de colchones
mil moriscos tapetes, mil alfombras,
a quien dan los alisos frescas sombras.

Está a un lado el nogal presuntuoso
con su pálido fruto encarcelado,
junto al castaño tosco y avariento
el almendro florido y ambicioso,
el pino erguido y el ciprés copado
y el moral descolado y corpulento.

Hacen torres de viento
el alto cedro y el fragante enebro,
en cuyo firme y pertinaz celebro
sólo ámbar de su boca el viento hipa;
al fin, dél participa
la verde haya, a cuya planta tosca
la vid fecunda su sarmiento enrosca.

La ingrata Dafne, del señor de Delo
por su ingrata belleza perseguida,
está aquí contemplando su figura;
ve que sus plantas ya lo son del suelo
y en laurel ve su gracia convertida
y su cabello en hoja verde obscura;
y apenas se asegura
del enemigo que su mal os fragua,
cuando por verse el rostro llega al agua,

y como allí ve el sol que la persigue,
pensando que la sigue,
prueba a mover sus fugitivas plantas,
mas no puede, por ser del suelo plantas.

Junto della, en el agua cristalina,
mira su rostro el infeliz Jacinto,
el fresco lirio y cándida mosqueta,
la rosa y encarnada clavelina,
y el clavel de purpúrea sangre tinto
y la morada y cárdena violeta,
la flor del sol inquieta,
que al águila caudal la está mirando,
y todos en la fuente contemplando
sus bellos rostros, inflamados de ellos,
hechos Narcisos bellos,
la rama alargan en lugar de brazos,
pretendiendo en las sombras dar abrazos.

La dulcísima voz, concorde y alta,
de las aves convierte en un Parnaso
aqueste prado insigne y excelente,
que solamente pienso que le falta
la poética fuente de Pegaso
para poderlo ser perfectamente;
pero si aquella fuente
daba la gracia que ella no tenía,
cualquiera fuente que este prado cría
está dando a las aves circunstantes
alegres consonantes,
cantando y componiendo mil querellas
sobre el pie que le dan las flores bellas.

Hace la salva al punto que amanece
el alba el ruiseñor dulce y süave,
el verdón verde y el jilguero vario,
de la calandria la dulzura crece;
canta el pardillo resonante y grave
y el funesto y dulcísimo canario;
y del gozo ordinario
acompañada las recibe el alba,
y en pago de la música y la salva
deja sus perlas ricas y baratas
en sus alas ingratas,

cuyo aljófar, del alba dulce lloro,
ensarta el sol ladrón en hilos de oro.

Muestran aquí los árboles frutales
su dulce fruto, cuya vista incita
el gusto a procurar despoje dellos;
y el sol, que de las Indias orientales
viene cargado de oro, deposita
hasta la noche su riqueza en ellos,
cuyos tesoros bellos,
para poder tenerlos más seguros,
en guarda deja de arroyuelos puros,
los cuales, cuando el prado verde rayan,
porque no se les vayan,
les echan a los pies una cadena
de vidro frágil, pero firme y buena.

En medio destos árboles hojosos,
que al cielo con sus copas amenazan,
está una cueva, cuya entrada cierran
los brazos de unos mirtos amorosos,
que con amor recíproco se abrazan
y una puerta fabrican entreabierta;
pone en aquesa puerta
de su blanco azahar los clavos de oro
un naranjo, que da gracia y decoro
a unos verdes rosales que allí crecen,
que las mangas guarnecen
de sus ramos, o ramas espinosas,
con botones y cintas hechas rosas.

Es al principio aquesta cueva obscura,
porque el pródigo sol para ella avaro
della su luz y resplandor arredra;
empero a aquesta entrada horrenda y dura
se sigue un patio alegre, enjuto, claro,
a quien de puerta sirve una ancha piedra.
Aquí de hojas de hiedra
medicina una palma enferma hace,
por curas una fuente que le nace
del arrugado pie, gotoso y hierto,
que, cual si fuera muerto,
en la porosa tierra le sepulta,
do su vejez y enfermedad oculta.

En esta cueva, pues, y en este prado
engaña Joan su edad florida y verde,
sirviendo a Dios con voluntad ufana,
y para no perderle de su lado,
con Dios, por Dios y para Dios se pierde,
que el que por Dios se pierde, a sí se gana.
Ángel en forma humana
le llamará quien su belleza viere,
porque aunque el cuerpo se lastima y hiere,
el azote, el ayuno y la aspereza
aumentan su belleza:
que vigilias, ayunos y rigores
perficionan al justo las colores.

Del cielo de su rostro luminoso
sirve de sol el oro rutilante
de sus rubios y fúlgidos cabellos,
y cada hebra de cabello hermoso
es un rayo purísimo y radiante
que afrenta al sol que reverbera en ellos;
y en sus cabellos bellos,
cuya naturaleza excede al arte,
sube una blanca senda que los parte,
y por estar en cielo de hermosura
y ser de leche pura,
es vía Láctea acrisolada y clara
de aqueste cielo de belleza rara.

Son estrellas sus ojos entre zarcos
de aqueste cielo, a quien la capa densa
del cielo material aun no se atreve;
los cuales cercan dos hermosos arcos,
porque cese la pluvia y agua inmensa
que de las nubes de sus ojos llueve;
mezcla con blanca nieve
de sus mejillas el color rosado,
juntándose lo blanco y colorado
con unión tan perfecta y tan graciosa,
como el jazmín y rosa
y como el bermellón rojo y sanguino
retocado en marfil bruñido y fino.

Alta estatura, cuerpo sin resabios,
alabastrinas manos, cuello y frente

aumentan la beldad del santo mozo,
y el purpúreo coral de sus dos labios
engastan con el oro refulgente
de su dorado y no afetado bozo;
sírvele de rebozo,
con que cubre sus miembros virginales,
toscas pieles de muertos animales;
que quien le viera aquí desta manera
por ángel le tuviera,
viendo su bella y soberana vista,
o por el sacro y precursor Baptista.

Su hermoso y aurífero cabello
cae sobre las espaldas con decoro,
yéndose a la cintura derribando,
y al raso blanco de su firme cuello
le van echando pasamanos de oro
las hebras que de lo alto van bajando;
y vanse divisando,
debajo destas pieles importunas,
del edificio bello las columnas
de cándido alabastro fabricadas,
tan bien proporcionadas,
cual era necesario y competente
a edificio tan bello y eminente.

A dar a un lado de la cueva viene
un hermoso jardín de regocijo
y de esmeraldas verdes empedrado,
en la cual a una parte el santo tiene
sobre un altar de piedra un crucifijo,
con clavo de metal crucificado;
el cual es fabricado
de mármol blanco y su belleza es tanta,
que desde la cabeza hasta la planta
está lleno de negros cardenales,
los cuales por ser tales
le quitan la color al mármol pario,
haciendo que parezca jaspe vario.

Al pie del Cristo están tres calaveras,
de cuyas calvas y de cuyo nombre
hace un calvario al Cristo nuestro santo;
en cuyos rostros y figuras fieras,

espejos fidelísimos del hombre,
mira su vida convertida en llanto;
y debajo del manto
de una poblada parra que hace sombra,
al crucifijo que la luz asombra,
un libro tiene y un reloj de arena,
porque gusta y ordena
de ver pasar las horas de su vida,
que por sus horas tiene repartida.

Delante deste Cristo, de rodillas,
el soberano joven desenfrena
sus ojos, revolviéndolos en llanto,
y bordando de aljófar sus mejillas,
con los hierros de una áspera cadena
quiere sus hierros convertir en oro.
Y de uno y otro poro
con la sangre que vierte en las espaldas,
de las hierbas las verdes esmeraldas
en rubíes parece que convierte,
el cual de aquesta suerte
se pone a hablar con su cordero manso,
para poder tomar algún descanso:

«Si mis culpas, pecados y traiciones
en pedernal me tiene convertido,
soberano Señor, cual duro y ciego,
baste el ver que con duros eslabones
desta cadena dura que he escogido
y de aqueste pedernal, saco yo fuego.
Bien véis que el suelo riego
con esta sangre que por vos se vierte,
y las hierbas, si en ello bien se advierte,
ensartan de mi sangre los corales,
y que los pedernales
enternecen el pecho endurecido
de ver un pedernal enternecido.

»Bien véis que sólo gusto de adornarme
con esta joya de eslabones llena,
que aunque de hierro me parece de oro,
y que ya del Tusón podré llamarme,
pues tengo por insignia esta cadena
y a vos, que sois cordero, a quien adoro.

Y, pues, suspiro y lloro
por verme suelto ya de la atadura
de aquesta vida miserable y dura,
haced, Señor, que esta cadena fiera
me sirva de escalera
para subir a vos, y de escalones
me sirvan sus nocivos eslabones.»

Canción, detén el paso inadvertido,
que como no has sabido
de rosas deshojar a los rosales,
pretendiendo llevárselos al santo,
te han afeado las espinas tanto,
que solamente con espinas sales,
y así es justa razón que aquí te quedes,
porque ante el santo parecer no puedes.

[Del *Cancionero de 1628* (Madrid, CSIC, 1945), p. 418 y ss.]

Fray Jerónimo de San José

Don Jerónimo Ezquerra de Rojas nació en Mallén (Zaragoza) el 18 de marzo de 1587. Asistió de joven a la academia de los condes de Guimerá y Eril, la célebre *Pítima contra la ociosidad.* En 1615 ingresó en la orden de los carmelitas descalzos, adoptando desde entonces el nombre de fray Jerónimo de San José; pero no por eso dejó de asistir a otras reuniones y academias poéticas. Murió en Zaragoza en 1654.

Fray Jerónimo de San José es un excelente prosista, que nos deja en su tratado *El genio de la historia* una de las muestras más felices del género. Ofrecen también interés su *Dibujo del Venerable Fray Juan de la Cruz* y su *Vida* del mismo santo, impresas en 1629 y 1641, respectivamente. Sin embargo, su preocupación máxima fue la *Historia del Carmen descalzo,* cuyo primer volumen apareció en Madrid en 1637, pero la obra se malogró «con sentimiento general de muchos varones doctísimos», como decía el cronista Andrés de Uztarroz.

Parte de su obra poética, y quizá la de mayor interés, se publicó en las *Poesías selectas* (Zaragoza, 1876), conservándose todavía un buen número de composiciones inéditas que publicará Maite Cacho Palomar.

Aunque muy amigo de Bartolomé Leonardo de Argensola y de su fiel discípulo Martín Miguel Navarro, su poesía no es propiamente una poesía argensolista. La obra que conocemos de fray Jerónimo de San José tiene, en primer lugar, un marcado carácter religioso y poco mundano, aunque a veces aparezcan algunas notas satíricas. Por su contenido es una poesía moralizante y de renuncia, con aciertos indudables y algún fracaso, debido a sus inclinaciones por una retórica fácil; pero, en cambio, es de imaginación suelta. A veces tiende a cierta ingenuidad, con influencias marcadísimas, pero también, a trechos, es capaz de encontrarse a sí mismo en un soneto perfecto o en una canción delicada.

La rosa y el ruiseñor

Aquélla, la más dulce de las aves,
y ésta, la más hermosa de las flores,

esparcían blandísimos amores
en cánticos y nácares süaves.

Cuando suspenso entre cuidados graves
un alma, que atendía a sus primores,
arrebatada a objetos superiores,
les entregó del corazón las llaves.

«Si aquí —dijo— en el yermo de la vida
tanto una rosa un ruiseñor eleva,
tan grande es su belleza y su dulzura,

»¿cuál será la floresta prometida?
¡Oh dulce melodía, siempre nueva!
¡Oh siempre floridísima hermosura!

[Gracián, *Agudeza*, discurso LX]

Vita nostra vapor admodicum parens

Al tramontar del sol, su luz dorada
cogió de unos fantásticos bosquejos
la tabla y, al matiz de sus reflejos,
dejóla de colores variada

Aquí sobre morado cairelada
arden las fimbras de oro en varios lejos,
acullá reverbera en sus espejos
la nube de los rayos retocada.

Suben, por otra parte, en penachera
de oro, verde y azul, volantes puros,
tornasolando visos y arreboles;

mas ¡oh breve y fantástica quimera!,
pónese el sol y quedan luego oscuros
los vaporcillos, que eran otros soles.

Victrix pudicitia

A la ninfa que yace en casto lecho,
lascivo joven solo, armado y ciego,
se atreve descortés, y añade al ruego
punta cruel que rasga el blanco pecho.

Constante, sola y pura, en tal estrecho
la virgen varonil, helada al fuego,
la llama apaga en su sangriento riego
y a Dios consagra el virginal derecho.

¡Oh ninfa, a quien la sangre derramada
que a otras acusa y mancha a ti hermosea,
con más hermoso lustre en las venas,

vence, vence de amor en la pelea,
serás del Amor mismo coronada
con guirnalda de rosas y azucenas!

Momentis vitae

Abre con flores el abril gallardo
la tierra coronada de guirnaldas,
vístese el suelo alegre de esmeraldas
y el cielo se desnuda el sayo pardo.

Arde el estío y, entre inútil cardo,
llena de espigas las avaras faldas;
otoño, de racimos las espaldas;
tras él, de hielos, el invierno tardo.

Vuelve otra vez la fresca primavera,
y otra vez el estío y el otoño
y el invierno tras él se lanza en casa.

¡Oh rueda temporal!, ¡oh edad ligera!,
¡oh milicia soñada, qué bisoño
se alegre o teme en lo que así se pasa!

Invocación al sueño

Imagen de la vida y de la muerte
(que vida y muerte son un breve sueño),
treguas de paz al riguroso ceño
de las más infeliz y dura suerte.

Pues en ti su rigor el arco fuerte
afloja y calma el combatido leño,
recíbeme en tu paz, en cuyo empeño
mi guerra entrego hasta que en paz despierte.

Ya que otro bien no ofreces, sueño amigo,
sino privar del mal, y eres figura
del no ser (privación del todo extrema),

no me niegues el seno de tu abrigo,
donde hallando su fin mi desventura,
ni más miseria, ni mayor, la tema.

A la Asunción de Nuestra Señora

Con su nido en las uñas, rodeada
de ligero escuadrón, la Fénix bella
se eleva en dulce calma y fácil huella
la luna, el sol, la bóveda estrellada.

Al sacro templo, cándida morada
del sol eterno, llega, y él, en vella,
el trono de su luz poniendo en ella,
la deja de sus rayos coronada.

Las celestiales aves esparciendo
con dulce voz süave melodía,
celebran el triunfo de su Reina;

y el lecho cristalino repitiendo
el eco de la gloria de María
responde al nombre de su Reina, reina.

Fragilidad de la vida

¡Ay gloria vana, vana, torpe y breve!
Engaño, encanto, burla y fingimiento,
la que estriba en tan débil fundamento
como la arena de esta vida leve.

¿Quién a fiar, quién a seguir se atreve
el curso incierto de este inútil viento?
¿Y quién a edificar sobre cimiento
expuesto a que un vil soplo se lo lleve?

No hay cosa tan rüín, flaca y liviana
que pueda ser, ¡oh mundo!, tu retrato,
por más que seas de las almas dueño;

pero mirando el curso de tu trato,
paréceme tu gloria, ¡oh vida humana!,
sólo un desconcertado y breve sueño.

Que parecen mis penas
olas de la mar
porque vienen unas
cuando otras se van.

Mi dolor apenas
se mitiga un poco
y en la orilla toco
sus blandas arenas,

cuando en nuevas penas
me vuelvo e engolfar,
porque vienen unas
cuando otras se van.

Cuando ya pensaba
que con tiempo manso
gozaba el descanso
que yo tanto amaba,

con ola más brava
se me alterna el mar,
porque vienen unas
cuando otras se van.

Una desventura
nunca viene sola,
que tras una ola,
otra se apresura;

no hay hora segura
de pena y pesar,
porque vienen unas
cuando otras se van.

Miserable suerte
la de los mortales,
que tras tantos males
espera el más fuerte;

no hay sola una muerte,
que mil muertes hay,
porque vienen unas
cuando otras se van.

[*Poesías selectas,* pp. 39, 42, 43, 46, 67, 79 y 243.]

Francisco de Sayas

Don Francisco de Sayas, elogiado por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo,* silva II, nació en 1597 en La Almunia de Doña Godina, de linaje ilustre. Su actividad como historiador no le impidió dedicarse al cultivo de la poesía, pero su pequeña obra aparece desperdigada en las justas y certámenes de su tiempo, siendo muy elogiado por Gracián y por Juan Francisco Andrés de Uztarroz. El soneto que publicamos es una buena muestra de su habilidad poética.

A la rosa

Estas exhalaciones peregrinas,
que en ámbar embriagan la mañana,
más que de la pureza de su grana,
son efecto esencial de sus espinas.

¡Oh rosa!, noblemente determinas
el valor de las penas, pues lozana
y fraganciosa magestad humana,
crédito las adquieres de divinas.

No quiso la sagaz naturaleza
que luciese tu honor sin tus cuidados
y tu benignidad sin su aspereza.

¡Oh vos, triste legión de desdichados,
venerad la paciencia en su belleza;
cogedla heridos, gozaréis premiados!

[De las *Poesías varias de grandes ingenios españoles,* de José Alfay
(Zaragoza, 1946) p. 69.]

Martín Miguel Navarro Moncayo

El mejor discípulo de Bartolomé Leonardo fue, sin disputa, Martín Miguel Navarro, nacido en Tarazona en 1600. En su ciudad natal estudió primeras letras, y después, en Zaragoza, Filosofía, Teología y Jurisprudencia. Marchó a Roma con intención de mejorar su suerte, y de allí pasó a Nápoles, donde hizo amistad con el conde de Monterrey, entonces virrey, que le nombró su secretario de cifra. Volvió a España y obtuvo una canongía en Tarazona, viajando después por Castilla, Andalucía y Portugal, con objeto de documentarse para escribir un tratado de Geografía. Concluida esta peregrinación, retiróse a su pueblo en 1634, donde residió hasta su muerte, ocurrida en 1644.

Su pequeña biblioteca fue a parar a manos del cardenal don Antonio de Aragón, quien rogó a fray Jerónimo de San José que ordenase los manuscritos de su buen amigo. Éste no sólo ordenó la obra, hizo más aún: llegó a escribir una breve semblanza del autor. Estos papeles fueron adquiridos en el siglo XVIII por el célebre helenista don Juan de Iriarte, cuyos herederos permitieron a don Ignacio de Asso sacar una copia del volumen. Asso imprimió una selección de poesías en Amsterdam en 1781. El manuscrito fue después adquirido por Salvá y posteriormente por la Biblioteca Nacional (sig.ª 6685).

La obra poética de Martín Miguel Navarro es de clara filiación argensolista. Fue el discípulo más cariñoso y entusiasta que tuvo Bartolomé Leonardo, de quien preparaba una edición con anotaciones. Esta filiación argensolista era ya reconocida por sus mismos amigos. Así, por ejemplo, en un soneto de fray Jerónimo de San José dirigido «Al Dr. Martín Miguel Navarro [...] insigne discípulo e imitador de la poesía del canónigo Leonardo» se lee:

¿Quién como tú la culta poesía
de aquel a nuestro siglo gran portento,
supo emular con tal gentil intento,
que pudo hacer dichosa la osadía?

En alabanza de la paz, sobre el problema de un enjambre en la celada de un trofeo

Soneto

Trojes de oro fabrica en fiel celada
enjambre audaz, que el néctar de la Aurora
y esplendor del verano que desflora
a su custodia con rumor traslada.

¡Cuánta más gloria adquiere jubilada,
por los fragantes robos que atesora,
que si resplandeciera vencedora,
de sangrientos laureles coronada!

Donde lidiaron bárbaros deseos
y la ambición se armó contra la vida,
se condensa hoy la miel, reinan las leyes.

Ceda al ocio la guerra sus trofeos,
viva la paz, y a la justicia unida
triunfe de las victorias de los reyes.

A una mariposa en la red de una araña, con la letra de Virgilio, lib. 4, *Aen. Omnia tuta timens.*

Soneto

Cándida mariposa incierta vuela,
flor del viento que surca, iris alado,
por las delicias de un hermoso prado
y a su confín discurre sin cautela.

Crédula al sol y al aire, no recela
mortal peligro en su región librado;
¿qué mucho, si se armó con tal cuidado,
que la luz le desmiente en breve tela?

Llega a la red y la defiende en vano
su belleza infeliz de la licencia
inexorable de un rigor tirano.

No engañe más oculta la violencia,
tema sus artes el candor humano,
tema aun lo más seguro la prudencia.

A un impaciente de la prosperidad de un hombre impío

Soneto

Nunca ha tratado el cielo con desdenes
a Silvio, o puesto ley a la licencia
que rindió a los afectos su prudencia
y a honor profano condenó sus sienes.

Fabio, a tu indignación no le condenes,
bástale por castigo su conciencia
y aquella luz que tarde diferencia
los verdaderos de aparentes bienes.

Que al fin conocerá, si en él imprimes
la aversión del engaño, que le ufana,
y el amor del objeto, que veneras;

que según los indignos o sublimes
fines, que abraza la elección humana,
o son dioses los hombres o son fieras.

A uno que perdona los agravios y vuelve beneficios por ellos

Soneto

Julio a sus fieros émulos perdona,
el odio con perfecto amor compensa,
y cultivando espinas de su ofensa,
en ellas celestial fruto sazona.

La envidia le ejercita y perfeciona,
y así olvida seguro la defensa,
porque, cesando el adversario, piensa
que el ocio ha de usurparle su corona.

Y como es el perdón noble venganza,
la procura ensalzando al enemigo,
que con agravios su constancia irrita.

Y asegura en su empresa la esperanza
de hallar correspondencia igual consigo:
porque da ejemplo a Dios el que le imita.

A la constancia en la virtud, donde el pararse es volver atrás, con el emblema de una barquilla, que en parando el remo, vuelve atrás, con esta letra: *Mora regressus.*

Soneto

Surcaba esta barquilla tan ligera
al Nilo, contrastando su corriente,
que pudo penetrar hasta su fuente,
si constante el designio audaz siguiera.

Suspendió el remo, y aunque presto espera
repetirla con brío más ardiente,
retrocede, y sus pérdidas no siente,
y que el no proseguir fue la primera.

Pues si el ocio es dañoso en ríos mansos,
¿qué aguarda en el raudal la confianza,
que aun para respirar un punto cesa?

Siempre son retiradas los descansos,
rendimiento secreto la tardanza,
la constancia, corona de la empresa.

A una dama celosa en nombre de su amante

Soneto

Si el alma, que tus luces solas ama,
consagrara sus votos a otro templo,
nadie extrañara, oh Filis, el ejemplo
en tu sospecha de su nueva llama.

Mas yo, aunque tu belleza me desama,
cuando más observante la contemplo,
la pena del rigor severo templo
y apruebo las rüinas de mi fama.

No ignore, aun quien idólatra te adora,
que ninguno merece recompensa
de tu amor a sus ansias y desvelos;

pues sus finezas rústico desdora
si aspira a más que a la merced inmensa
y al premio inestimable de tus celos

En respuesta a la de un caballero que le escribía de la poesía y estilo escuro y de sus deseos de la mejor fortuna del autor

Carta

Donde ilustran espléndidos indicios
de antiguüedad gloriosa al monte Edulio
y los astros influyen más propicios,

cuando las trojes coronaba julio,
tus cartas recibí, la una de Homero,
la otra, aunque breve, emulación de Julio.

Con tal arte juntaste lo severo
a lo festivo en plácida mixtura,
que un nuevo Juvenal en ti venero.

En vano la ambición mayor procura
emular la elegancia de tu vena
o imitar su purísima dulzura,

mientras con gracia y elocuencia amena
vence la antigüedad y a la esperanza
de la posteridad su error condena,

Felicísima ha sido mi tardanza,
pues en las mismas quejas que propones,
premios que desear temiera alcanza.

Justa es, a pesar mío, esta querella,
y no hallarás en tu favor excusa,
pues sin la enmienda aspiras a vencella,

Fabio, tu prevención misma te acusa:
no agraves nuestra fiel correspondencia,
mas de todo el poder que tiene usa.

Y pues concede la amistad licencia,
y aun absoluto imperio, nunca dudes
de la seguridad de mi obediencia.

Huélgome que el estilo nunca mudes,
y que ande tu elocuencia en los confines
en los cuales consisten las virtudes.

Que el claro ingenio a la verdad inclines,
prosiguiendo la senda que asegura
laurel eterno a tus heróicos fines.

Mientras la erudición vana y escura
ama crédulo el vulgo y la respeta
e imitarla con ciego error procura,

dentro sus laberintos no hay perfeta
frase ni traslación, y cada verso
a consultar comentos nos sujeta.

¿Y quién de su lección no sale ayuno,
por causa de encerrar cada vocablo
grande misterio en sí y todos ninguno?

Yo, Fabio, en nuestra lengua escribo y hablo,
y antes que el nuevo idioma esperaría
sin resistencia el golpe de un venablo.

La ingeniosa ignorancia se desvía
de aquella claridad, que en grave ornato,
conserva la sublime poesía.

Sólo con la experiencia y largo trato
discierne la atención lo que contiene
aquel vano y fantástico aparato.

Ninguno a estilo escuro se condene
con pretexto de que es propio del sabio,
que al sabio, el grave y claro le conviene.

Mas si escribiendo lo que siento agravio,
queda esto, oh Fabio, en inmortal secreto,
que yo para ofender ni aun muevo el labio.

Tus deseos estimo y los respeto,
pero el temor, que próvido me arredra,
es de mis desengaños noble efeto.

Pues si al apoyo fiel la débil yedra
de árbol o muro fuerte no se arrima,
viles yerbas le asombran y no medra.

Mi esperanza procura asir la lima
para romper los yerros, pero yace
temiendo que su esfuerzo audaz la oprima.

Oye este cuento antiguo, si te place,
que no debe cansarte por antigo,
supuesto que al intento satisface:

En la primera edad (en la edad digo
en que hablaban los brutos, aunque menos
que algunos que son hoy nuestro castigo)

sobre un prado, en los días más amenos,
dormía una tortuga entre las flores,
oculta en el retiro de sus senos;

cuando la ostentación de sus colores
desañudando la fragancia interna
compensaba al Aurora los favores,

la cabeza sacó de su caverna
para explorar el campo, que en sosiego
la convidó a pacer la yerba tierna.

A una águila que vio en el aire, luego
a volar le rogó que la enseñara
y autorizó con interés el ruego.

Al punto respondió el águila avara
que aceptaba el cuidado y la promesa,
y se aprestó para la hazaña rara.

Arrebatóla, y dividiendo apriesa
las regiones del aire, ya vecina
a las estrellas concluyó la empresa.

Suelta desde la altura cristalina,
la tortuga infeliz comenzó el vuelo,
o con más propiedad, salto y ruïna.

Cedió, al rápido curso, y, viendo el suelo,
escondió en su retrete la cabeza,
y el temor convirtió su sangre en hielo.

Maldijo tarde al fin su ligereza,
y en llegando a la tierra abrió un guijarro

con las macizas puntas su corteza,
como si fuera vidrio o frágil barro.

[De las *Poesías,* edic. de J. M. B. en el *Archivo de Filología aragonesa,* I (1945), pp. 239, 240, 242, 243 y 278.]

Don Manuel de Salinas y Lizana

Nació en Huesca a fines del siglo XVI y se educó con su tío don Jorge Salinas y Azpilcueta, también escritor. Fue canónigo de la catedral de su ciudad y catedrático de Digesto de la misma Universidad; íntimo amigo de Lastanosa, Uztarroz y Gracián, quien dialoga con él en «El nombre en su punto» del *Discreto.* Nicolás Antonio le llamó «varón piadoso e ingenioso», al paso que Latassa dice que «logró particular estimación, no sólo en su patria, sino dentro y fuera del Reino».

Escribió en verso un poema extenso titulado *La casta Susana,* publicado en Huesca en 1651, lleno de culteranismo; un *Monumento elegíaco,* en 109 tercetos, a la fama póstuma de Zurita; una carta poética en 66 tercetos, dirigida al fray Jerónimo de San José; finalmente Gracián incluyó en su *Agudeza y arte de ingenio* un bello soneto y bastantes traducciones de epigramas de Marcial, de los que hemos seleccionado unos cuantos ejemplos.

Traducción del epigrama de Marcial

Mentiris juvenem tinctis, Lentine, capillis

Lentino, que viejo ayer,
hoy eres joven mentido,
de cisne, por lo teñido,
en cuervo mudas el ser;
por más que quieras traer
melena y barba fingida,
a Proserpina advertida,
no engañará tu invención
que quitando el mascarón,
te jubilará la vida.

Soneto original

Risueña, hermosa y cristalina fuente,
el empleo mayor de los sentidos;
sonora lisonjeas los oídos,
los ojos solicitas transparente.

De olor bañan tus flores el ambiente,
el gusto y tacto digan embestidos
de augusto sol, si fueron socorridos
de tu helado raudal, dulce corriente.

Todo lo hermoso y lo agradable excedes;
pero ni en esto tus aplausos fundo,
que no repara en lo caduco el cuerdo.

Gloriarte sola, y justamente puedes,
de que siendo perenne acá en el mundo,
de la eterna morada haces recuerdo.

Traducción del epigrama de Marcial

Regia pyramidum, Caesar, miracula ride

Tu risa soliciten las reales
pirámides (gran César) orientales.

Bárbara Menfis su milagro calla,
porque vencida del Parrasio se halla.

Rincón suyo pretende ser en vano
mareótico alcázar del gitano:

Que no hay casa en el orbe yo creería,
que así se sacie de la luz del día.

Sus siete torres, montes eminentes,
al Olimpo y al Pelion, insolentes,

afrentan por enanos, aunque al Osa
con sacrílega audacia jactanciosa,

belígeros gigantes empinaron,
cuando escalar los cielos intentaron.

A las nubes desprecia, que inferiores
a la tierra fulminen sus rigores:

Y aun antes le da Febo luz hermosa,
que a Circe encantadora artificiosa.

Pero tu casa, Augusto, aunque tus bellas
torres fuertes taladran las estrellas;

Y aunque es igual al cielo en la grandeza,
en la magnificencia, en la riqueza

De tu augusto poder, gran desempeño,
siempre le juzgo por menor que al dueño.

Traducción del epigrama de Marcial

Hic est pampineis viridis modo Vesuvius umbris

Éste es aquel Vesubio celebrado,
cuyas vides, con pámpanos frondosos,
lagos de néctar, vinos generosos,
llenaron de su fruto sazonado.

Centro de Baco más que Nise amado,
entre coros de sátiros gozosos,
donde en soberbios templos majestuosos
Venus y Alcides tanto se han honrado;

Ya en estériles llamas con espanto
a pavesas lo admira reducido
de su poder, pesando al Jove ahora;

Y aun el cielo de ver destrozo tanto,
encapotado, triste y afligido,
si el llover es llorar, de pena llora.

[De la edic. de E. Correa Calderón, I (Madrid, 1969), pp. 127, 141, 176 y 211.]

Licenciado Ginovés

El mss. 250 de la biblioteca Universitaria de Zaragoza, que yo edité con el título de *Cancionero de 1628*, ha venido a poner en claro la paternidad de las *Selvas de todo el año en verso,* tantas veces atribuidas a Gracián. Al frente de la *Selva al verano* —en su versión primitiva— se da el nombre de un licenciado Ginovés. Mas difícil, en cambio es averiguar la personalidad de ese licenciado. Un Matías Ginovés figura premiado en el *Obelisco* dedicado a la memoria del príncipe Baltasar Carlos, editado por J. F. Andrés de Uztarroz, en 1646; pero en los vejámenes de las Academias aragonesas de mediados del siglo XVII aparece con frecuencia el nombre del doctor Ginovés, que debe ser el mismo que aprueba la publicación de las *Poesías varias de grandes ingenios,* de Alfay, y un poco más tarde el libro poético de Alberto Díez y Foncalda. Me inclino a creer que es este último el autor de las *Selvas,* aunque no encuentro una prueba definitiva. El hecho de que el manuscrito le dé el título de *licenciado* y de que la versión primitiva de la *Selva al verano* sea anterior a 1628 prueban solamente que el poema es obra juvenil. En mi citada edición he demostrado el contacto de dos o tres versos con otros de la versión primera del *Polifemo,* que después corrigió don Luis de Góngora por indicación de Pedro de Valencia. Debemos suponer, por lo tanto, que la corrección de las *Selvas* es posterior a la publicación de las *Lecciones solemnes* de Pellicer.

El poema, por lo demás, ofrece un indiscutible interés. La gracia barroca de la pintura de flores y frutas, aunque diste un poco de la de un Góngora o Soto de Rojas, está plenamente conseguida, y abunda, como señaló G. Diego, «en detalles de sorprendente ternura y matización». Es evidente también que ejerció el poema alguna influencia en el círculo aragonés, como se podrá ver en los fragmentos que incluimos de J. F. Andrés de Uztarroz o en los de Miguel Dicastillo.

Selva al verano

(Fragmento)

La gran madre, contenta,
pródigamente a todos alimenta,

ofreciendo sus pechos,
de varios surcos hechos,
que comunican por secreta vena,
sangre a la rosa, leche a la azucena.
Las violetas, primicias del verano,
nacen tan de antemano,
que presumirle su venida quieren:
tempranas nacen y tempranas mueren;
que entre las flores, cuya frente erguida
un breve aliento a un breve sol trabuca,
no implica el ser tan niña al ser caduca;
mas no imprudentes en salir tempranas,
expuestas al rigor de las mañanas,
que aunque son los almendros de las flores,
los libra su humildad de los rigores,
pues tan sumisas nacen encubiertas,
que a caza de ellas vamos por las huertas,
y para descubrirlas, por buen rato,
las veces de la vista hace el olfato.

De que tantos la miren, vergonzosa,
purpúrea nace la virgínea rosa,
mostrando en sus vivísimos colores
ser flor del alba y alba de las flores,
si no pavón soberbio
de la verde floresta,
que sin embargo de la bronca planta
y de su pie espinoso
descoge altiva el círculo pomposo,
que aunque encogida es, por ser doncella,
también es arrogante por ser bella.

Como galán de la fragante rosa,
el clavel boquirrubio
ámbar respira, bálsamo derrama,
de púrpura vestido
por sacar los colores de su dama,
si bien entre sus sienes de escarlata
dos cuernecillos de bruñida plata
le nacen de la roja cabellera,
porque aun entre las flores, a quien sobran
pródigos jardineros y guardianes,
no se escapan de cuernos los galanes.

La mosqueta olorosa,
tercera entre el clavel y entre la rosa,
si ya no entre el jazmín y la azucena,
paga sus liviandades,
con que el verdugo viento
la deja a la vergüenza en un momento
desnuda de sus cándidos vestidos,
si no de infames plumas guarnecidos,
de miel tan bien untada
cuanto de las abejas visitada.

Del seno amargo de las verdes ramas,
cargadas de miel, nacen las retamas:
que así de padres ruines y alevosos
tal vez se engendran hijos generosos.

Ya la casta azucena,
cuanto más casta tanto más fragante,
que de la blanca castidad triunfante
sobre símbolo olores evapora,
parece entre las flores principales
doña Blanca del Prado,
que al Céfiro delgado,
su dulce esposo, su galán Medoro,
ofrece para adote
en fuentes de alabastro granos de oro;
mas como él con las flores
juega de varios modos
en varios días los consume todos.

Entre la multitud de verdes hojas,
las suyas blancas abre
el nevado jazmín, tan trascendente,
que de nuestra odorífera potencia
se incluye en la postrera diferencia.

Con esta alegre confusión de flores,
cubierto el fértil suelo
pretende hacer emulación al cielo;
si ya no un fiel traslado
de todo aquese ejército estrellado:
soles son los claveles,
lunas las azucenas,
el aurora, la rosa, que alegría
derrama al despuntar del claro día,

correspondiendo a las demás estrellas
toda la plebe de las flores bellas,
que sobre el epiciclo
del capullito tierno y delicado,
fragantes rayos dan al verde prado.

Apenas de este modo
con las flores se puebla el campo todo,
cuando las abejuelas,
de sus dulces reales retiradas,
marchan arracimadas
en escuadrón errante;
dando señal su trompa susurrante,
embisten animosas
al ejército bello de las flores,
ejecutando en ellas sus rigores,
hasta que sus dulcísimos despojos
usurpan, y con ellos,
por diferentes sendas,
cargadas vuelven a sus ricas tiendas,
depositando en el común erario
la dulce presa entera
en cajoncitos de labrada cera.

[Del *Cancionero de 1628* (Zaragoza, 1945), p. 199 y ss.]

Juan Bautista Felices de Cáceres

Juan Bautista Felices de Cáceres nació en Calatayud en 1601 y murió muy joven. Es de los tres o cuatro aragoneses del siglo XVII elogiados por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* (Silva II): «Juan Bautista Felices es su nombre,/ya tiene la victoria declarada».

A los veintidós años publica *El cavallero de Avila,* descripción de las fiestas y torneos que se celebraron en Zaragoza con motivo de la beatificación de Santa Teresa. Ya en su prólogo se defiende de los que murmuraban de su poesía: «escribe tú, que tan mal me tratas [...] Murmura y censura». Estas críticas cristalizaron al publicar en 1629 la *Justa poética* en honor de la Virgen del Pilar. En el *Cancionero de 1628,* página 585, se halla un «Commento burlesco de la canción del certamen del Pilar» de cierto poeta antigongorino que dice:

Infúndame gongórica armonía
la que yo imito de la solfa alada,
dicha sí, vista no, de embrión humano.

. . . . . .

De volver a sus frases tengo miedo,
oh buen Lope, bien hayan tus escritos,
que nos dan la dulzura con cuchara.

Pero estos dos libros, junto con el *Torneo de a caballo en campo abierto,* publicado en 1630, obedecen a un mismo molde poético y circunstancial. Tímido gongorino, arrastra sus alas a través de estrofas y más estrofas, sin que aparezca una metáfora brillante o una comparación ingeniosa. En el tan citado *Cancionero de 1628* se halla un extenso poema describiendo la ribera del Ebro en una tarde de verano, y las deliciosas décimas que publicamos.

A la peca del rostro de Nise

Décimas

Nise, aunque no hay amorosa
belleza que os haga igual,
vos sois con esa señal

señaladamente hermosa;
que hecho abeja sobre rosa,
Amor, que en vos se desvela,
quiso morir con cautela,
mas como muere en su agravio,
quedó peca sobre el labio,
muriendo allí la abejuela.

Sus sagrados prisioneros
libremente adquieren palmas
de las almas, que por almas
no nos estorban el veros.
Delante del sol luceros
sombra son de una centella,
y así vuestra peca bella,
aunque oscura en arrebol,
por ir delante del sol
no deja de ser estrella.

De un gusano resucita
la Fénix partes que esmalta
vuestro rostro, y la que os falta
de quien sois os acredita.
Ser y no ser habilita
el parecer de los dos,
pues pienso, así os guarde Dios,
que tiene el mundo por llano,
que aun es parte del gusano
por quien sois la Fénix vos.

Lo apacible de un rigor
ronda mariposa amante,
y en negra señal constante
confiesa el blanco de amor;
en vos efecto mayor
dio causa más poderosa,
porque señal tan hermosa
sobre nativa pureza
es el sol, que en su belleza,
fue abrasada mariposa.

[*Cancionero de 1628,* pág. 489]

Don José Pellicer de Ossaú

Uno de los aragoneses más curiosos e interesantes del siglo XVII fue don José Pellicer de Ossau y Salas, que nació en Zaragoza el 22 de abril de 1602. Estudió Gramática en Consuegra, más tarde en Salamanca y Madrid, cursando también Filosofía en la Universidad de Alcalá. Llegó a ser excelente latinista y tuvo buenos conocimientos de las lenguas hebrea, griega, italiana y francesa. En 1629 fue nombrado cronista de los reinos de Castilla y en 1637 los diputados del reino de Aragón le confirieron el mismo cargo. En 1640 el rey le nombró su cronista mayor. Murió en Madrid en 1679.

Su obra copiosísima (sus escritos pasan de doscientos), es casi toda ella de tipo histórico, pero también abundan los literarios. Publicó en 1622 el *Poema de Lucrecia;* en 1624 leyó en la Academia de Madrid el *Rapto del Ganimedes,* poema de 120 coplas; tradujo *Argenis y Poliarco,* de Barclay, en 1626, obra que leyó Gracián; comentó a Góngora en sus *Lecciones solemnes* (Madrid, 1630), y el mismo año publicó *El Fénix y su historia natural,* poema muy curioso del que damos algunos fragmentos. Por ellos se verá que Pellicer era un fino poeta gongorino, cosa lógica, dada su admiración por don Luis.

El Fénix y su historia natural

Fragmentos

Del pájaro del sol mi pluma escribe,
que en carbones de nardo, en mirra ardiente
y en bálsamo sagrado se construye
hoguera fiel, donde fenece y vive,
se pierde y restituye. [...]

Al sol nació esta selva consagrada
y el cielo reverente
al claro luminar resplandeciente,
que tutelar fiel le sea, o dueño,
la dejó reservada

del arrugado ceño
que causan las porfías
del repetir eterno de los días.

La enfermedad allí nunca se hospeda,
ni la vejez, achaque de la vida,
que antes de conseguille se apetece,
y en llegando los miembros entorpece
con perezosa herida,
que las acciones naturales veda. [...]

De este siempre aromática espesura,
la extendida llanura,
en óvalo frondoso rodeada,
alcázar es decente
a lo majestuoso de una fuente,
que con reales pasos se desata,
cuya potable y coronada plata
se despeña o derriba
con el augusto nombre de agua viva.

Sola una vez del manantial sagrado,
una vez sola, una,
el cristal aparece cada luna
y por doce conductos moja el prado,
que cortés, que obligado
del licor bullicioso, a los favores
le responde con frutos y con flores. [...]

No al descoger el alba nacarada
la túnica de aljófar escarchada,
el sabroso rocío
con la púrpura enjuga
el clavel, que madruga,
desmayado o sediento,
a beber a los cielos el aliento,
si no a lamer el jugo a la mañana,
tan bello el labio desplegó de grana
del botón que le añuda o aprisiona,
como el Fénix hermoso deja el nido
de la encina o la palma que corona.

Un manto de escarla real vestido
en rosicler plumado, en dos rubíes
a pedazos las alas carmesíes;

un collar de oro puro, aún más que bello,
recama en torno el precïoso cuello
y honor de fuego el grave rostro ciñe,
adonde como llamas resplandecen
dos ojos, dos jacintos, que anochecen
ambos a dos luceros,
que suceden primeros
al festivo alborozo de la aurora
y al parasismo triste de los cielos
al descoger los enlutados velos. [...]

Esta ave, pues, divina,
a quien naturaleza
con providencia atenta cuidadosa,
sexo no determina,
en género es dudosa;
no lascivos de Venus los ardores,
ni aun del amor la conyugal torpeza
luchan con su reposo,
sólo el morir afecta, sus amores
son sobornar su muerte;
sólo a fenecer mira,
que muere por nacer y sólo aspira,
dejando de ser padre, a ser su hijo,
alumno de su propio nacimiento.

Ni la hierba, ni el fruto es su alimento,
con lágrimas de incienso se mantiene,
con el fervor más puro que al sol liba,
con el pasto ventoso
que al céfiro le chupa el pico hermoso,
o con el néctar dulce que derriba
al exprimir estrellas la mañana,
ambrosia soberana,
que en rocío prolijo
los párpados distilan de la aurora
sobre vasos de nácar que da Flora.

[*El Fénix*, pp. 1, 5v, 8, 9v y 11.]

José Navarro

Don José Navarro, al que ya hemos citado alguna vez, nació en Zaragoza a principios del siglo XVII y fue secretario del príncipe Ludovisio y de su hijo don Juan Bautista. Asistió a las Academias poéticas de su tiempo, siendo varias veces fiscal de la del conde Lemos, en la que leyó un sabroso vejamen, y otro en la del conde de Aranda. En este segundo nos habla de la grandeza de sus pies y de su color moreno: «Si te digo el color del rostro, don Francisco de la Torre te puso como un negro».

Navarro se resistió a dar a la estampa sus obras poéticas y sólo después de muchas súplicas sus amigos consiguieron verlas impresas. Jorge Laborda dice en el prólogo: «La repugnancia de su modestia ha retardado lo que sus aficionados, molestándole con porfías, han vencido; aunque nunca han podido conseguir que diera a las tablas algunas comedias que ha escrito con particular acierto».

Estas *Poesías varias* se publicaron en Zaragoza en 1654, y por su temática las podríamos dividir en dos grupos: sacras y profanas. Las primeras representan la trayectoria de un conceptismo de poco valor, que produjo tantos frutos de verdadero mal gusto, aun entre poetas de cierta calidad. La poesía profana, en cambio, la acredita como un gongorino, contenido con acierto, gracioso y amable.

Hirióse Julia un dedo rompiendo una sortija de vidro

Un cerco de vidro leve,
que en tu dedo se rompió,
de púrpura matizó
la blancura de tu nieve.
Consigo mismo fue aleve,
Julia, el vidro, pues recelo
que es ignorante el desvelo
que su descrédito ama,

y naciendo de una llama
querer morir en un hielo.

Mas, ¡ay!, que tu blanca mano
(bien lo sabe mi dolor)
oculta, Julia, el ardor
y enseña el hielo tirano.
Quede, pues, el vidro ufano
o glorioso con su mal;
que si fuego material
su principio le forjó,
fuego también fin le dio
disfrazado en el cristal.

Soneto

A ser aurora de su estancia amena
bajastes al jardín, tirana hermosa,
que tú le revocaste generosa
la ley a que el invierno le condena.

Tu mano hirió, y ocasionó mi pena,
la espina de tu nácar codiciosa,
y con incendios se miró la rosa,
la que con hojas cinco fue azucena.

Dos veces nueva flor tu blanca mano,
con hermosos matices y crueles,
luces le ha dado a la fragante esfera.

Mostró el diciembre su rigor en vano,
que en luces de jazmines y claveles
Fénix se repitió la primavera.

A una ausencia

Romance

Quien enamorado vive,
quien ansias de amor alienta,
apenas logra una dicha,
cuando padece una pena.

Ayer, dueño hermoso mío,
fui mariposa que, atenta,
en la llama de tus ojos
me solicitó pavesa.

Hoy, sin gozar de sus luces,
muero ausente, Julia bella;
ayer fue lisonja el día,
hoy ya la noche es ofensa.

Ayer el clavel gozó
el nácar de la flor reina,
que en el capillo avariento
hermosamente despliega;

hoy su púrpura marchita
es escarmiento en la selva,
y en vano el céfiro blando
con dulce aliento la orea.

Ayer el olmo monarca,
que todo el prado gobierna,
en halagos y cariños
se enlazaba con la hiedra;

hoy se dividen sus lazos,
y, en injusta competencia,
lo que Amor ató apacible,
desata cruel la ausencia.

Ayer la Ciclie amorosa,
que el rubio esplendor acecha,
al golfo hermoso de rayos
bebió las luces primeras;

hoy la consume la noche,
y de cariños sedienta,
arroyos de luces breves
aun se ocultan las estrellas.

Vuelva yo, Julia divina,
a adorar en tu belleza
los cristales que me abrasan
y las flores que me queman.

Renazca mi dicha agora
como el ave a quien renuevan
de los aromas ardientes
las olorosas centellas.

En mí amanezca tu cielo
antes que a las glorias mesmas
del olmo, clavel y Clicie
el alba, Julia, amanezca.

Endechas

Pastorcilla dichosa,
que vueles y ardes,
no desprecies las llamas
en que renaces.
Serás, si tiendes el vuelo,
avecilla en la selva,
astro en el cielo.

Oye, zagala hermosa,
de cuyas luces bellas,
las flores y los astros
son vana competencia,

al sitio deste cielo
en hora buena vengas,
si fuiste flor humana,
a ser divina estrella.

Del tálamo que eliges
serán tus nupcias teas,
el rayo de tu fuego
la luz de tu pureza.

Mejor que el ave hermosa,
cuyas plumas renuevan
en ardientes aromas
olorosas centellas.

A nuevo ser renacés
y en agradable ofrenda
a más activo fuego
tus afectos se queman.

De las flechas herida
solicitas las flechas
de Amor tan generoso,
para que más te hieran.

¡Oh cuán fino tu esposo
tu beldad galantea,
tu afecto solicita,
tu cuidado desea!

¡Qué de veces el alba
lo mirará a tu puerta,
bañando de rocío
sus doradas madejas!

Cuando las prados vista
de olor la primavera,
te llamará gozoso
a la campaña amena.

Hasta que más dichosa
en apacible esfera,
de flores y de rayos
corona te prevenga.

Pastorcilla dichosa, etc.

Oración que hizo siendo presidente en la academia que se celebró en casa del excelentísimo señor conde de Lemos

Fragmento

Doradas plumas de carmín y grana,
al rojo despuntar de la mañana,
por azules esferas sacudía
ese prodigio que gobierna el día;
mariposa, que en luces desatada,
sigue con inquietud enamorada,
con ardientes suspiros
en tornos de oro y en lucientes giros.
La llama de cristal, que en ondas bellas
blancas espumas bate por centellas
y por la gloria que su afán adquiere
lo sepulta la causa por quien muere,
hallando su cuidado
líquida tumba en el cristal helado;
hundoso panteón, que a ser aspira

obelisco fatal, fúnebre pira,
ofreciendo sus blancos alabastros
al luciente monarca de los astros.

En rubios golfos de coral ardiente
se inundaba de púrpura el oriente;
en sus ondas quedaron anegados
ejércitos de luces y apagados
los astros más lucidos
del ardor que se vieron encendidos:
que en un mismo esplendor su ser advierte
cuna la vida, túmulo la muerte.
Cuando de mi destino arrebatado,
en ameno pensil, en fértil prado,
miraba en sus estancias repetidas
de los cielos las luces encendidas,
donde aura süave inquïeta muere,
estrellas de carmín, astros de nieve.

Era su amenidad, su adorno era
florido alcázar de la primavera;
y al abril, que cercano se atendía,
el ameno palacio prevenía,
pues ya por los azules paralelos,
sobre el lunado signo de los cielos,
adalid del verano se oponía
del invierno a la fiera tiranía;
y galán de la aurora,
vestido sus colores, la enamora,
pues liberal la ofrece
cuando sobre sus montes amanece,
porque sirvan de pompa su decoro
jazmines de marfil, rosas de oro.

Aquí, pues, admiraba mi cuidado
un bello girasol enamorado,
que ufano en sus cariños excusaba
un laurel, que vecino lo miraba:
que aun de los contrarios las congojas
viven en los afectos de sus hojas.

Ninfa la una es del sol seguida,
que en sus desdenes acabó la vida;
ninfa del sol burlada, otra se advierte,
que en sus cariños encontró la muerte.

Este imán es florido
del sol, norte lucido;
al fuego del amor aquella exenta,
aun al rayo de Júpiter afrenta.
Yo, pues, viendo que en ellas
depositaba ya sus luces bellas
esa hermosa fatiga de los cielos,
esto mi voz les dijo a sus desvelos:

«Clicie, desprecio del sol,
tú, Dafne, cuidado dél,
nieve que hielas laurel,
llama que ardes girasol;
si del luciente arrebol
te afligiera la mudanza,
de tu perdida esperanza
templa los tristes desvelos,
que al tropezar con los celos
ya encuentras con la esperanza.

«Dafne, tu esquivez abona
esa verde nube densa,
pues si te libró defensa,
luego te ciñó corona.
El fuego que te perdona
hace mayor tu trofeo.
¡Oh qué tirana te creo,
pues en tu verde mudanza
ofreces una esperanza
que hace imposible el deseo!

«Nunca tu desdén se olvida,
pues si acaso el rigor cesa,
te sirve de ejemplo esa
hermosura aborrecida.
A su afecto agradecida
alivias, Dafne, su daño,
pues excusando el engaño
de la inconstante deidad,
con una seguridad
le pagas el desengaño.

«Clicie, mariposa bella
del más hermoso farol,
siempre se te muda el sol,

nunca se muda tu estrella;
tarde la infeliz querella
cesará de tu desvelo,
pues astro galán del cielo,
que en incendio superior
todos le logran ardor,
sólo para ti es de hielo.

[De *Poesías varias,*
pp. 3, 22, 50, 61 y 157.]

Alberto Díez y Foncalda

Alberto Díez y Foncalda nació en Zaragoza a principios del siglo XVII y perteneció al grupo de los académicos del conde de Lemos y conde de Andrade. En 1653 publicó en Zaragoza un libro titulado *Poesías varias,* aprobado por el doctor Ginovés, quien señala el carácter burlesco y jovial de la obra: «Pues si los dos Leonardos han sido gloria de nuestro reino en las veras, este caballero sea gloria y envidia nuestra en las jovialidades vivísimas». En efecto, basta hojear la obra para darse cuenta de que abundan las composiciones jocosas, como la *Fábula de Asteria y Júpiter,* que tiene este comienzo:

Asteria, mujer de garbo
doncella de tomo y lomo,
blanca y rubia, requesón
con miel, que se come a trozos,

por lo sin güeso y lo dulce
seria bocado gustoso,
aunque bocado sin güeso
diz que es comida de bobos.

Describe una dama el sentimiento de que mataron a su amante desgraciadamente

Hado inconstante, suerte rigurosa,
muerte del gusto, estrella desdichada,
del alma injuria, del amor llorada,
donde la pena vive, el mal reposa.

¿Quién no ignorara mano, que alevosa,
de traiciones y escándalos guíada,
vibró contra mi amor aleve espada,
que no sintiera la venganza ociosa?

No habrá dicha que amaine mi agonía,
que la memoria es el mayor tormento,
cercada de fortunas tan crueles.

Viertan cristal en lúgubre porfía
los ojos, y en tan grande sentimiento,
si tú eres Atis, yo seré Cibeles.

Responde el autor a una carta de un amigo suyo

Endechas

Allá van endechas,
no penséis que el metro
que tristeza arguye,
escogí por eso.

Antes bien, amigo,
estoy muy contento,
pues sé que gozáis
salud por entero.

Un año se pasa
que letra no veo,
ya de la amistad
hacéis complimiento.

Que en Valladolid
os estéis me huelgo;
que en Madrid se corre,
y no es para asiento.

Madrid el principio
fue de conoceros,
y topé la dicha
junto al Buen Suceso.

Mandáisme que escriba
lo que haya de nuevo;
diré de mí mismo,
que no sé de ajeno.

Pero por si acaso
lo echáis a despego,
que para el achaque
nunca falta un perro,

digo que no hay guerra,
ocio es el travieso,
aunque al desdichado
siempre sobran pleitos.

Que anda amor desnudo,
mudado el concepto,
pues no hay quien lo vista,
por no haber dinero.

Parecen señores,
viven embusteros,
y estas novedades
me sirven de ejemplo.

Que andan en quintillas
ya todos los versos,
y que los poetas
todos somos ciegos.

Heme retirado
lo demás del tiempo;
hecho penitente,
paso en el desierto.

Que ya estoy cansado,
aunque no estoy viejo,
y anda a lo poltrón
regalado el tiempo.

Ya sé de la Corte
y otros muchos reinos,
que sabéis que anduve
a la flor del berro.

En mí el vivir mal
me fue de provecho,
que andándolo todo,
escogí lo bueno.

Sólo desta suerte
el azar que tengo
es tratar villanos,
insufrible censo.

Mas cualquiera vida,
si la considero,
de camino malo
tiene leguas ciento.

Al campo me salgo,
si cansa lo dejo,
y otro por mí caza
cuando yo lo pesco.

Como es donde habito
del campo en el medio,
puertas pongo al campo,
lo que nadie ha hecho.

El cielo que alcanza
dicen que es perverso,
yo cualquier rincón
tomaré del cielo.

Por no estar ocioso,
las noches empleo
con chanzas que escribo,
con veras que leo.

Voyme a la ciudad,
que es pesada, menos
cuando su grandeza
se coge a deseo.

La distancia es poca,
y a caballo puesto,
si en dos horas voy,
en dos horas vuelvo.

Y aunque mude sitio,
sirve de consuelo,
que siempre es mi casa
donde voy y vengo.

Aquesta es mi vida,
amigo don Pedro,
no excuséis mandarme,
pues que soy tan vuestro.

Escribidme mucho,
que el que quiere, es cierto,
siempre vive cerca,
aunque asista lejos.

Declara que la oposición contra el amor es la seguridad del contento

Romance

Un vertiente de cristal,
a quien de variós tapetes
margen adorna florida
en emulaciones verdes;

goza asientos deleitables
en ella, pues la guarnecen
de la rosa la escarlata,
de la azucena la nieve,

triste desciende de un risco,
que de sus entrañas viene,
si con murmurios llorando,
va del agasajo alegre.

Como alfombras matizadas
lo cercan y lo engrandecen,
soberbio del vasallaje,
se reconoce excelente.

En este lecho de flores,
que él mismo se desvanece
de ver que ufano corona
a quien todo el ser le debe,

a los que ocuparle gustan
trata lisonjeramente,
hecho pintura de abril,
sin borrones del deciembre.

Recostóse Fabio en él,
sirviendo cómodamente,
en tejidos de esmeraldas,
los árboles de doseles.

Obligóle lo apacible,
sin que nada le desvele,
a que descanse la vida
en la imagen de la muerte.

Entiendo que le fue fácil,
a quien cuidados no tiene

cualquier sitio es apacible,
y el más triste, dulce albergue.

Despertó con sobresaltos,
y al saber de qué proceden,
con el risueño semblante,
esto dice y esto siente:

Conociendo tu rigor,
Amor,

Te temo (yo lo confieso)
por eso,

que quiero más el ocioso
reposo.

No me has de tener quejoso,
que desde mis tiernos años
he sabido tus engaños,
Amor, por eso reposo.

Si hę de tener en tí queja,
deja.

O dame en vez del tormento
al contento.

O quiero por no sentir
dormir.

Yo nunca te he de seguir,
porque tu gloria está llena
de una continuada pena,
deja al contento dormir.

[De las *Poesías varias,*
pp. 37, 92 y 132.]

Luis Díez de Aux

Pertenecía a distinguida familia zaragozana de nobles ingenios. «Su nobleza y aquella calidad le facilitaron los honores de los cargos municipales que habían tenido sus mayores con tanta satisfacción de esta ciudad. En los estudios e ingenio les imitó también, y no les fue desemejante en la piedad.»[1] Debió de morir hacia 1630.

La obra poética de Luis Díez de Aux, como sucedió con la de otros muchos contemporáneos, se encuentra desperdigada en justas y certámenes. Según Latassa, publicó en 1593 una *Historia de Nuestra Señora del Pilar* en verso español, que no hemos logrado ver. Lo que conocemos de Díez Aux es el Relato de las *Fiestas que se hicieron a la Beatificación de Santa Teresa,* publicado en 1615, que contiene además los poemas premiados y presentados a esa justa poética. De igual clase es su otro libro sobre las fiestas que se celebraron en Zaragoza por el nombramiento de Luis Aliaga para el cargo de Inquisidor General (1619). Esto no nos daría idea del valor poético de Díez de Aux, pero sí, en cambio, nos lo da su versión de los *Himnos de Prudencio* (1619), de la cual incluimos una muestra. Por ella se verán las posibilidades que como poeta llevaba dentro nuestro autor, ya que la traducción ofrece un innegable interés.

[1] Latassa, I, p. 394.

Traducción del Himno que hizo en latín Aurelio Prudencio, cónsul de Zaragoza, en alabanza de San Vicencio mártir

Fragmentos

Con premio de tu sangre coronado,
de tu muerte triunfal, el día prospera,
Vicencio mártir, vencedor sagrado.

Que te ensalzó de la mortal ceguera
al cielo, y del tirano victorioso
te restituye a Cristo, luz primera.

Ya luces en angélico reposo
con blanca estola, que cual fiel testigo,
lavaste en el martirio riguroso.

Cuando el caudillo, idólatra enemigo,
de sus dioses te oprime en vano culto
con cadenas, con hierro, y con castigo;

cuando mezclando halagos a este insulto,
cual lobo que procura el cautiverio
al becerrillo con engaño oculto:

«El Rey (dijo) de todo el hemisferio,
que rige a Roma, a nuestros dioses manda
que confeséis adoración e imperio.

»Nazarenos, haceros a la banda
de nuestra ley que en todo es verdadera:
dejad el yerro que en vosotros anda.

»A los dioses que el príncipe venera,
aplacadlos con humo y sacrificios,
si huir queréis al daño que os espera.»

Vincencio respondió sin artificios,
como ministro del altar divino,
levita sucesor en los oficios,

de aquellos siete que el consejo trino,
firmes columnas de color de leche,
de barro, toscos, rudos, materiales:

«Artífices los hacen como quieren,
con arte de instrumentos diferentes,
y de ninguno algún sentido esperen.

»Unas figuras muertas, aparentes,
mudas, sin pies, sin manos, ni cabeza,
al talle, y al nivel de sus creyentes.

»A estos dedican templos con grandeza
y peregrinas trazas, fabricados
de mármoles, donde hay mayor belleza.

»Allí con abundancia degollados,
son invencibles toros bramadores,
que humillan a sus pies sacrificados.

»Allí están los espíritus peores,
vagos, inmundos, sin alguna fuerza,
adivinos, y falsos consultores.

»Que en secreto su estímulo os esfuerza
a cualquiera maldad que al justo ofende,
porque allí la virtud se oprima y tuerza.

»No hay de ellos quien ignora y quien no entiende
que Cristo vive y vence, y su gobierno
espanta y pune al que a pecar atiende.

»Que alcanza esos ministros del infierno,
en su nombre y virtud de humanos pechos
y a gritos lo confiesan Dios eterno.

»Demonios, dioses de demonios hechos,
la misma confesión hacen de plano,
de estas mismas verdades satisfechos.»

No pudo más sufrir el juez profano
al sacro mártir, hecho firme roca,
en la defensa del pendón cristiano.

Y a sus ministros, que a furor provoca,
dijo: «Tapadle luego a ese atrevido,
con ignominia, la blasfema boca.

»No se jacte soberbio y engreído
de que a nuestras deidades atropella,
y de que avergonzarnos ha podido.

»Sus voces atajad, y mi querella;
entregadle a verdugos tan expertos,
que la piedad en ellos no haga mella;

»a aquellos que apacienta el ver abiertos
los cuerpos de los reos basqueando,
entre unos miembros vivos y otros muertos.

»Sienta el denostador que nuestro bando
se ha de guardar, y que ha de castigarse
quien vive a nuestros dioses irritando.

»Rebelde, por ti sólo ha de pisarse
la sagrada Tarpeya; por ti pueden
Roma, el Senado y César despreciarse.

»Preso en tormentos que la muerte enreden,
los huesos (ya los brazos retorcidos)
desencajados unos de otros queden.

»Tiradlos de alto a bajo, den crujidos,
y haciendo con sus gritos consonancia,
de su armadura queden divididos.

»De costilla a costilla hacer instancia;
que en las heridas carne se le quite,
para que se castigue su arrogancia;

»para que su soberbia se limite;
y porque haciendo en él anatomía,
descubierto su hígadó palpite.»

De esto el campión sagrado se reía;
y de que andaban flojos sus tormentos,
a los fieros sayones reprehendía.

Con ser tan crueles, bravos y sangrientos,
que cansados de tanto atormentarle,
anhelando quedaron sin alientos.

Y tú, Cristo, quisiste hermosearle,
con tu presencia la serena frente,
y de ella los nublados ahuyentarle.

Pues cuanto más el impio presidente
lo engolló en el martirio riguroso,
más alegre quedó y resplandeciente.

Aquí Daciano replicó furioso:
«¡Oh vergüenza, qué rostro, qué alegría,
qué gozo para mí tan afrentoso!

»Este a la muerte ufano desafía;
atormentado, está de bríos lleno,
y el atormentador de cobardía.

»En vez de agonizarse está sereno,
vencido el arte del tormento queda,
tibio el furor y néctar el veneno.

»Vosotros que en la cárcel sois la rueda,
que en los martirios mi fortuna esfuerza,
parad, porque de nuevo alentar pueda.

»Sus llagas surcaréis con nueva fuerza,
cuando en las cicatrices reprimidas
la sangre desmayada se refuerza.» [...]

Gallardo entra en el cerco de su gloria;
ya luchan la crueldad y la esperanza,
entrambas prometiéndose victoria.

Aquí brioso el mártir se abalanza;
allí, el verdugo, cruel y encarnizado,
del hierro y fuego muestra la pujanza.

Una cama de hierro le ha parado,
de verjas, que, cual sierras hechas dientes,
hacia arriba las puntas ha dejado.

Sobre ascuas de carbones tan ardientes,
que son sus lentas llamas, como cera,
a liquidar el bronce suficientes.

Con tal denuedo el santo, en esta hoguera,
tan de grado subió, como si al cielo
a coronar sus sienes se subiera.

Debajo de su cuerpo, ardiendo el suelo,
daban las brasas fieros estallidos,
y a sus centellas para herirle vuelo.

En su cuerpo se hincaban esparcidos,
granos de sal, hirviendo y rechinando,
por la fuerza del fuego despedidos.

Su enjundia, los cauterios entrañando,
se iba en humo y rocío convirtiendo,
y al mártir poco a poco sazonando;

inmoble estos dolores padesciendo,
cual si no les sintiera, entrambas manos
atadas, y la vista a Dios tendiendo.

Desde aquellos tormentos, los tiranos,
(sufrido y fuerte), a una cueva escura
lo llevan con oprobios inhumanos.

Para que, como en ciega sepultura,
de aquella claridad esté privado,
que del alma suspende la amargura. [...]

Allí por los resquicios se veían
los rayos y reflejos celestiales,
que en gloria las pasiones convertían.

Y aquí de espanto y pasmo da señales
el que esta noche fue la centinela,
guardando de esta cueva los umbrales.

Oye voces que al mártir hacen vela,
y se repiten con envidia santa
en los ecos de aquella covachuela.

Temblando acecha, escucha y se adelanta
a mirar por los quicios más estrechos
qué luces son aquéllas, y quién canta.

Los testezuelos vió un verano hechos
de flores, y que el mártir las cogía,
paseándose; los brazos ya deshechos.

De este milagro el cruel pretor tenía
afrenta, ira, dolor, gemido y llanto;
porque vencida vio su tiranía:

«Líbradle, dijo, gócese hasta en tanto,
que, reforzado, pasto nuevo sea,
de nuevas penas y mayor quebranto.»

Ya el vulgo aquí, piadoso, lo recrea;
éste le purifica las heridas,
y en mullirle la cama aquél se emplea.

Unos besan las llagas divididas
con surcos fieros, y otros van lamiendo
las gotas de esta púrpura esparcidas.

Su sangre andan en lienzos recogiendo,
para que, como sacro amparo, quede
a sus progenitores defendiendo. [...]

«El cuerpo arrebatad de aquel blasfemo,
que entero a esas lagunas hace raya,
y trasládese de uno a otro extremo.

»En el barco que iguale al viento, vaya,
surcando el ancho mar, para que llegue
a donde esté remoto de la playa.

»Y al golfo que su centro no le niegue,
apesgado a una piedra de gran peso,
en un ataud de esparto se le entregue.

»Por las azules ondas, con exceso
compelidas del remo rociado,
resplandeced al fin de este suceso.

»Y quedará del todo asegurado,
descubriendo agua y cielo solamente,
lejos de tierra, el cuerpo a fondo echado.» [...]

Cual blanca espuma, aquel terrible canto,
aquella piedra, rueda de molino,
que su peso y grandeza pone espanto,

como un esquife por las ondas vino,
tendida en ella la dichosa espuerta,
que entregó su depósito divino.

A los pilotos pasma y tiene alerta
que un mármol en el agua, vagueando,
con los mansos reflujos se concierta.

Contienden que aquel cuerpo el mar surcando
lejos lo han abismado y se les viene
a besar de la tierra el seno blando.

Quiérenlo detener; mas Dios detiene
su barca, y sin que puedan tomar puerto,
ya en sus brazos la tierra al mártir tiene.

Y con acuerdo celestial abierto,
en alquella ribera deleitosa,
le hace la arena un túmulo encubierto [...]

Jerónimo de Cáncer y Velasco

Jerónimo de Cáncer y Velasco, natural de Barbastro, fue contador de la casa del conde de Luna y casó en 1625 con doña Mariana de Ormaza. Anduvo siempre escaso de dinero, lo que le obligaba a ser un poco pedigüeño, y colaboró con Moreto, Rojas, Vélez de Guevara y otros dramaturgos de la época. De ingenio agudo y festivo, escribió bastantes entremeses y dos comedias burlescas, *La muerte de Valdovinos* y *Las mocedades del Cid.* Es autor de un satírico *Vejamen* leído en la Academia de Madrid, burlándose de numerosos escritores de su tiempo, con noticias íntimas y curiosas.

Reunió su poesía en el volumen titulado *Poesías varias* (Madrid, 1651), en el que abunda la nota jocosa, con gracia y desenvoltura en romances, jácaras, quintillas de ciego y epigramas muy agudos, como podrá comprobar el lector.

Lo que debe hacer el que ha poco que es grandísimo caballero

Hacer con un rocín mucho rüido,
tenelle a eternas ferias vinculado,
jurársela a diez damas en el Prado,
y no ser de ninguno conocido.

Alabar un castor que aun no ha venido;
decir «Mi mercader» y «Mi letrado»;
mandalle muchas cosas a un criado,
y las que importan menos al oído.

Buscar quien sobre joyas dé dinero;
venir de oír a una mujer que canta,
y haber estado siempre en cierta parte

es lo que debe hacer el caballero;
y sobre todo, la Semana Santa,
sin que le llamen, siga su estandarte.

Jácara

Torote, el de Andalucía,
aquel jayán cuya espada
tiene ya de puro vieja
gastadas todas las marcas,

porque encontró a la Chamusca
con Mirlón el de Triana,
le dijo los evangelios
la mano sobre la cara.

Pególa con muy buen aire
una pisa de patadas:
que cuando el demonio quiere
de entre los pies se levantan.

Siempre es pesado en sus burlas,
y debe de ser desgracia,
porque al paso que es pesado,
es la Chamusca liviana.

Su amiga la Peregila,
que allí se halló con la Fraila,
viendo llorar la Chamusca,
esto en puridad la habla:

«El galán que pega, amiga,
antes obliga que agravia;
que el rato que abofetea
trae a una mujer en palmas.

»Él sin duda te pegó
porque te vio despegada,
y son riñas venïales
las que con golpe se acaban.

»Sin razón estás quejosa,
porque hay muy grande distancia
del hombre que nos da en rostro,
al hombre que nos da en cara.

»Medio ojo te llevó
de un puntapié, y esto es gala:
que un golpe parece bien
cuando lleva una pestaña.

»No faltará quien le corte
lo mismo con que te daba,
que yo sé que antes de una hora
venga las manos cruzadas.

»Niña, no llores,
porque nada se pega tanto como los golpes.»

A una alcahueta

Presa está por alcahueta
la vieja doña Casilda,
que la sala es su contraria,
aunque la alcoba es su amiga.

Pobre está la desdichada,
y que lo esté no me admira,
que de todos sus molinos
ninguno hace buena harina.

Preciábase de tan noble,
que de puro agradecida
a cuantos la visitaban
los puso sobre sus niñas.

Era tan grande su celo
de predicar atrevida,
que a las más gentiles damas
las convertió por la china.

Nunca se pudo encubrir
su maldad a la justicia:
que sus mayores delitos
en estrados los hacía.

Pienso que han de encorozarla;
que si por estas malicias
la disculpan los Derechos,
la condenan las Partidas.

A un hombre muy rico, que a nadie quitaba el sombrero

Murmura el vulgo severo,
a quien nada se le escapa,

que a todos quitas la capa,
pero a ninguno el sombrero;
mas para no ser grosero,
oblíguese tu interés,
y haz cuenta, Fabio, que es
con riqueza tan extraña,
tu cabeza Nueva España:
descúbrela y sé cortés.

[De *Obras varias* (Lisboa, 1675), pp. 18, 23 y 17.]

A unos ojos negros

Décimas

Ojos, de cuyo esplendor
recibe el sol luz prestada,
negra Etiopia abrasada
de tanto luciente ardor.
Planetas de tal rigor
y de influjo tan severo,
que porque el estrago fiero
evite la presunción,
dais con una misma acción
la muerte con el agüero.

Y si por los que matáis
de negro luto os vestís,
no es que piadosos sentís
las muertes que rescatáis.
Que si cuando muerte dais
allá en vida se convierte,
viene a ser crueldad más fuerte
y acción más endurecida
traer luto por una vida
que ejecutar una muerte.

No imperfección, bizarría
es ese negro arrebol,
que estar sin sombras el sol
fuera más común el día.
Yo a decir me atrevería

(sea verdad o sea fineza)
que viéndoos naturaleza,
tan hermosos al formaros,
de envidias quiso borraros
y os dejó con más belleza.

Por tener aseguradas
de vuestro rigor las vidas,
por encubrir las heridas
matáis con negras espadas.
Crueldades tan apuradas,
bellísimos ojos graves,
ya yo os entregué las llaves
de afectos, tan amorosos,
o matadme rigurosos
o perdonadme süaves.

[Publicadas por J. Alfay
en *Poesías varias*, p. 104.]

Juan Nadal

El licenciado Juan Nadal nació en La Puebla de Albortón en 1607, de donde fue beneficiado. Perteneció a la Academia de los Anhelantes, bajo el nombre de el *Ilustrado,* y murió en su pueblo natal en 1661.

Perteneció Nadal al grupo de los gongorinos aragoneses, y por la correspondencia de Andrés de Uztarroz sabemos que leía con mucha curiosidad la poesía de don Luis; pero lo que nos queda de su obra es una poesía de circunstancias, casi toda ella enviada a certámenes zaragozanos, que no nos dan una idea clara de su valor. Sin embargo, a pesar de ser un tipo de poemas con pauta dada, en algunos de ellos, como el que copiamos seguidamente, se atisban detalles de finura y delicadeza, nuncios de una poesía excelente.

A la venida de la Virgen del Pilar a Zaragoza

Presidiendo en la silla de su imperio
la negra emulación del claro día,
brillaba luces de la octava esfera;
y ocupando igualmente el hemisferio,
las somnolientas horas dividía
en la mitad de su veloz carrera;
entonces la ribera
de Ebro, que paga censo al mar de España,
siendo de su corriente
túmulo de cristal, urna luciente,
de aljófar y de púrpura se baña,
y propagando el oro en sus arenas
cambiantes esplendores,
jardín de estrellas fue, cielo de flores,
siendo rayos del sol sus azucenas,
que por honrarla Diego,
fue piélago de luz, campo de fuego.

Aquí el hijo del trueno, de sí lejos,
hasta el impíreo globo se arrebata,
y unido a Dios, asiente lo que ignora;
cuando le turban fúlgidos reflejos,
pareciendo que en nubes de escarlata
rosa amanece la purpúrea Aurora.
Del resplandor que dora
la confusa región del vago viento
mira, que son orientes
las deidades de luz, las sacras mentes,
que alternan santo con sonoro acento,
y que formando el escuadrón alado
seráfica capilla,
se suspende el sentido y maravilla
del armónico tono regalado,
porque el celeste coro
canta maitines con sus liras de oro.

Cercado, pues, de aquella etérea lumbre
que fulminan las aves celestiales,
alta visión del verbo matutina,
duda si pisa la dorada cumbre
del cándido Tabor, que a los umbrales
del orbe de la luna se avecina.
O si allí la cortina
corre Cristo otra vez del velo humano,
mostrándose glorioso,
acompañado del cultor celoso
y del caudillo que oprimió al gitano;
pero mirando al escuadrón volante,
que en abrasadas nubes
agrega serafines y querubes,
con togas de safiro y de diamante,
turbado ve a María,
lirio del valle, resplandor del día.

Entonces, la honestísima paloma
puesta en carne mortal, en el dorado
trono de jaspe, que imitaba al fuego,
respirando su boca ardiente aroma,
estas razones dijo a su privado,
dando al agua su voz dulce sosiego:
«Aquí, querido Diego,

ha de ser el lugar donde construyas
iglesia en honra mía,
que me venere religiosa y pía;
después que tú su fábrica concluyas
junto al pilar que tengo por asiento,
erigirás el ara
en quien la gracia al pecador repara,
el sacrificio cifra del cruento,
y esta fuerte coluna
será de augusta próspera fortuna».

Cerró con esto el nácar de su boca,
mellando su silencio dos corales,
que abundan mirra por mayor decoro;
y Ebro, que a justo aplauso se provoca,
manso rüido desató en cristales,
cándida inundación de arenas de oro;
el esplendente coro,
que, matizando nubes, alzó el vuelo,
sobre sus alas lleva
a la que muda en ave el nombre de Eva,
por eclíptica igual a la del cielo.
Y tan llena de luz parte María,
que por sus arreboles
un eclipse se viera entre dos soles,
a ser el celestial autor del día,
cuando el apóstol grato
sólo vio la columna y su retrato.

Gozoso del favor, a sus amados
discípulos despierta y les refiere
la visión que ha tenido soberana.
La sacra efigie miran, y turbados
de que en su luz la impírea reverbere,
culto le dio su admiración humana.
Y apenas la mañana
atropelló luceros con jazmines,
cuando la maravilla,
más que la efesia angélica capilla,
comenzó con ardientes serafines,
dándole a Zaragoza gloria tanta,
que a su grandeza honora
el sacro templo de la reina Aurora,

que a todos los del mundo se adelanta,
siendo para su amparo
seguro puerto, luminoso faro.

Canción, suspende el encumbrado vuelo,
que es bien que a tal sujeto se presuma
culta y grave Talía,
y aunque te mueve amor y no osadía,
mira que piden sacro aliento y pluma
los favores que goza
la leona de España, Zaragoza.

[De la *Justa poética por la Virgen Santísima del Pilar,* de Felices de Cáceres (Zaragoza, 1629), f. 47].

Diego de Morlanes

De Diego de Morlanes, joven poeta gongorino, sólo conocemos la triste noticia de que murió violentamente el sábado 26 de marzo de 1633, «siendo consejero civil de Aragón», según Latassa, hecho que había indicado antes el cronista Juan Francisco Andrés de Uztarroz en su *Aganipe* (p. 24):

Don Diego de Morlanes asegura
en la docta dulzura
de sus versos süaves, misteriosos,
de Cintio los laureles amorosos,
y por su numen tuvo merecida
más dilatada vida;
sin duda la tuviera
si no se la quitara mano fiera.
Este funesto, lamentable caso
lloróse en el Parnaso.

A un luto

Romance

La beldad más peregrina
y la admiración más nueva
salió con pomposo luto
a dar gozo a la ribera.

Un coche de sumo ornato
fue tu portátil esfera,
que según comovió incendios
Factón gobernó sus ruedas,

Gallarda se mostró a todos
con la fúnebre librea,
que estando el cielo enlutado,
más luce y brilla una estrella.

Aunque vestida de réquiem,
ostentaba más belleza
que cuando amanece el alba
con celajes de azucenas.

Mirábanla los galanes,
dando honor a las bayetas,
y uno dijo en tiempo tal:
«Las tumbas se desvanezcan.»

La melancólica insignia
causó alegres influencias,
y engañó a más de dos pares
esta enlutada sirena.

Hizo prodigioso estrago
en las almas más exentas:
la primera vez que el luto
fue de Cupido saeta.

Mas ¿cuándo del ciego dios
no son de luto sus flechas?
que pues mortandades causan,
fuerza es ser armas funestas.

Sacó valona a lo llano,
por simbolizar su pena,
fundando altezas de gala
en la afectada llaneza.

Puesta en plato de Cambrai,
brindaba su faz serena,
que iba cantando aleluyas,
aunque en responsos envueltas.

Regocijó todo el prado,
que el juglar que más recrea
con sus ojos, y son negros
porque el luto más se extienda.

En el reino del cabello,
cambiaron divisas negras,
y el monjil quedó arrogante,
porque la tuvo cubierta.

Diéronla mil bendiciones,
y aunque uno la dio muy necia,
que dijo: «Crezcan los duelos,
pues tan bien, señora, os prueban.»

Otro dijo muy Medoro:
«Es divina providencia
que quien tantos muertos tiene
lleve luto tan de veras.»

Ufano al fin dejó el prado,
y así entre oscuras tinieblas,
quedó hecho un Heraclito,
según lamentó su ausencia.

[De las *Poesías varias de grandes ingenios españoles,* de José Alfay (Zaragoza, 1946), p. 59.]

Canción a la primavera

Pregona abril la verde primavera
y por muestra primera
el prado ofrece en rústicos colores
gusto a la vista y al olfato olores,
y el terreno, agraviado
del hielo y surco airado,
se hace estimar con frutos que atesora,
y así quien lo injuriaba ya lo adora,
y con galán vestido
es lisonja al sentido;
que, en los despojos del invierno cano,
pone aquestas primicias el verano.

El ruiseñor, en su retrete umbroso,
ya amante, ya celoso,
despliega al aire dulces melodías,
que acaudaló sagaz por largos días,
callado y mudo, en tanto
que refinó su canto,
para que la esperanza y el deseo
de nuevo autorizase su gorjeo,
y saliese esperado
a ser cantor del prado,
esparciendo su voz dulzuras tantas
en el sordo auditorio de las plantas.

Alivia su cristal el arroyuelo
las prisiones de hielo
y risueño entre guijas se dilata,
por ser del campo guarnición de plata,

dando a las bellas flores
mil ocultos favores,
y juntando en su margen ricas galas
por pulir el estrado a las zagalas,
que en bizarra cuadrilla
ilustrarán su orilla,
y, por serles galán y enriquecerlas,
franco será de aljófar y de perlas.

El ganado, reliquia de los fríos,
cobra alegre sus bríos
y las primeras hierbas pace ufano,
del abril dones y honra del verano;
y huella licencioso
el llano más gozoso,
que como le es pechero en darle flores
a ultrajarle se atreve sus colores,
y aliña blanda cama
en colchones de grama,
donde reposa en regalado sueño
hasta que ve brillar al dios risueño.

Escuadras de pastores coronados,
vecinos de los prados,
alegres dan al prado norabuenas,
feliz restaurador de heladas penas;
y, en tropas diferentes,
saludan a las fuentes,
que entre espadañas y entre arenas de oro
ven de las ninfas aumentado el coro,
que a provocar deseos
vienen ricas de arreos
y a ser de libertades dulce guerra,
flechas de amor y rayos de la tierra.

[Del *Cancionero de 1628,* p. 601.]

Miguel Diçastillo

Miguel Dicastillo fue un caballero navarro, que, desengañado del mundo, ingresó en la cartuja de Aula Dei de Zaragoza, permaneciendo en ella muchos años.

Publicó en Zaragoza, en 1637, bajo el nombre de Miguel de Mencos, un librito titulado *Aula de Dios, Cartuxa real de Zaragoza,* reimpreso con excelente estudio por Aurora Egido. El texto lo forman dos silvas de bastante extensión. La primera dirigida por Teodoro (Dicastillo) a Silvio, describe con bastante encanto el paisaje de la Cartuja, la vida de los monges, sus habitaciones, el cementerio, el huerto, etc. Tanto ésta, como la segunda, de Andrés Cebrián, están llenas de elementos gongorinos y la presencia de las *Soledades* se aprecia en versos tan calcados como los siguientes:

Pasos eran de errante peregrino,
en soledad confusa,
errados sin escusa
y sin causa perdidos...

La desatada nieve transparente,
que sierpe de cristal corre luciente,
y por blandas arenas
es líquida lisonja de azucenas;
la fugitiva plata,
que de altivo peñasco se desata;
el claro humor que suda
una atalaya de dos reinos muda,
cuyo extremo nevado
parece que, enojado contra el cielo,
está arrojando al sol lanzas de hielo;
Gállego, al fin, a quien el nombre dieron
los gálicos confines en la cumbre
de los soberbios y altos Pirineos;
de donde se desliza entre las peñas,
peinando juncos y rizando breñas,

hasta besar la playa su corriente,
que blanda le recibe entre sus brazos
por venir de luchar hecho pedazos.

Después que ha discurrido las montañas
y fecundado humilde las campañas,
dos leguas antes que el sagrado Ibero,
Ibero, aquel que en la imperial Augusta
por sí, y por ella, tiene el soberano
cetro del agua en el ímperio hispano,
a quien el que describo
con sus corrientes deja más altivo,
pues aplica glorioso a sus raudales
lengua de plata, boca de cristales,
hace un valle fecundo y delicioso,
florido, ameno, llano y espacioso,
donde se precipita
tanto, que al Nilo en el rumor imita,
desesperado de caer del cielo
a manchar su limpieza por el suelo
en turbios lagos y en acequias hondas,
con que el paso desmaya
en el extendida playa,
pareciendo que, a fuerza de sangrías,
sus aguas van más tibias y más frías;
bien que siempre el raudal de su corriente
en todo el valle murmurar se siente,
que como es de tan alto nacimiento,
ufano con mil fuentes y engreído,
correr no puede sin hacer rüido.

Aquí la Arcadia trasladó sus bosques,
llenos de alisos, álamos y sauces,
cuyos pimpollos alternando lazos
se dan en fe de amor tiernos abrazos,
y sus verdores honran la floresta
con menos artificio, mas compuesta,
pues hace en su espesura
gala del desaliño la hermosura. [...]

Dentro de la grandeza de este claustro
hay un jardín ameno y dilatado,
donde a las plantas sirven de vallado
las afeitadas murtas,

y a la vista parece
cada cuadro un país iluminado
donde grato el abril siempre florece.

Aquí las querellosas Filomenas
dan al aire sus penas,
si ya no son requiebros,
si ya no son favores,
que cantando se dicen,
porque en tan dulces quiebros
más que sus penas cantan sus amores.

Aquí el sol reconoce los laureles
más libres de su llama y del Tonante,
los más privilegiados
de sus iras crueles.

Aquí los pinos de la gran Cibeles
se ven con propiedad tan empinados,
que quieren, descollados,
medirse con los altos capiteles,
y descubriendo el monte
ver cómo sale el sol en su horizonte;
que aun a las plantas sirve de contento
volver los ojos a su nacimiento.

Aquí están los madroños,
tan verdes y lozanos
como seguros de golosas manos,
que su fruta gallarda
ella misma parece que se guarda
del que su efecto sabe,
porque lo vivo de su fortaleza
fácilmente se sube a la cabeza. [...]

Aquí la primavera
ofrece por primicias al Aurora,
porque las plantas dora
en copas de esmeralda,
que sirve los floridos azahares
despojos singulares,
de su flor en aljófares y perlas
para ornato del cuello y de la frente,
y para que en su oriente
no le falte carmín a su belleza,

arreboles le ofrece en la cereza,
y en las hermosas guindas carmesíes
le presenta arracadas de rubíes.

Las ciruelas aquí, que por lo vario,
de las frutas parecen alhelíes,
porque les hurtan todos los colores,
símbolos son de los aduladores,
que por diversos modos
saben hablar al paladar de todos.

La pálida cermeña,
que se hace sentir, aunque pequeña,
muy preciada de aroma,
pendiente de su rama como goma
de algún árbol sabeo,
a que tanto se ajusta,
es almíbar süave a quien la gusta.

La camuesa opilada,
que a encubrir a todos lo amarillo,
de púrpura se baña y arrebola,
con que ufana se juzga
hermosa entre las frutas ella sola.

La sazonada pera,
en especies y tiempos diferentes,
el año casi todo nos espera,
y, diversa en lo mismo, la manzana
igualmente se muestra cortesana.

Los dorados aquí melocotones,
que detener la voladora planta
pudieran de Atalanta,
como los pomos de oro
de la diosa Acidalia,
son confección de azúcar y de algalia.

Aquélla, a quien sus granos o granates
el nombre dieron, de quien hoy blasona,
y ofrecieron las frutas la corona,
entre espinosos ramos,
que de arqueros la sirven,
reina se ostenta grave
e igualmente süave,

pues abriendo los pechos
a dos sentidos deja satisfechos.

Aquí se cogen verdes
el níspero y la serva
y se comen después como en conserva,
porque parecen cuando sazonados
en el color y el gusto confitados.

Aquí se ostenta el árbol, cuya sombra
ocupa tanta tierra y tanto cielo,
que medio bosque asombra,
cuyo fruto parece al de los malos,
que bien tarde lo dan o bien a palos.

Del pálido mombrillo
del temor de los filos del cuchillo,
que a cuartos le sentencia,
o a cuartos le reduce
en mesas de señores,
aquí sólo se admiten los olores,
los dulces renunciando artificiales;
que aun siendo de membrillo el sobrenombre
baste ser carne aquí para que asombre.

Las vides, con los troncos abrazados
de los verdes laureles,
o en diversos Atlantes sustentadas,
a las calles las sirven de doseles;
los pendientes racimos,
tan varios como opimos,
lo grato dicen en que más los pica
el que menos los toca,
pues a veces se le entran por la boca. [...]

[De *Avla de Dios,* edic. facsímil de Aurora Egido (Zaragoza, 1978), p. 21 y ss.]

Tomás Andrés Cebrián

Tomás Andrés Cebrián era natural de Monterde, racionero del Pilar de Zaragoza y uno de los miembros de la Academia de los *Anhelantes,* en la cual tenía el sobrenombre de *El Estéril,* y en la cual leyó en cierta ocasión un panegírico por la poesía y la doctrina del doctor Angélico, como recuerda Uztarroz.

La respuesta de Silvio, Andrés Cebrián, a Teodoro es una silva ascética, de renunciación, impregnada, como se verá, de melancolía barroca, con aciertos muy felices, especialmente en un grupo de redondillas intercaladas.

[...] Veo los devaneos,
los diversos empleos
y los discursos vanos
de todos los humanos,
y encontrados en todo los deseos.
De lo que el uno llora, el otro ríe;
de lo que éste se agravia, aquél se engríe,
porque donde uno pone la deshonra,
funda el otro la honra;
lo que éste por inútil desperdicia,
aquel por su mayor útil lo codicia;
el uno olvida lo que el otro ama;
lo que el uno encarece,
el otro vitupera y aborrece,
y lo que éste recoge, aquél derrama;
y así apenas en tantos pareceres
concuerdan los pesares y placeres.

Este sigue la paz, aquel la guerra,
éste trasiega el mar, aquel la tierra,
éste desde su estudio mide el suelo,
y inmoble aquél se espacia por el cielo.
Éste quiere el rüido de la caza,
y aquel más el bullicio de la plaza;

éste procura el ocio,
aquél sigue la causa y el negocio,
y deste modo nada
de cuanto agrada al uno al otro agrada.

Esto se toma en las inclinaciones,
mas donde están los daños
y mayores engaños
es en las mal fundadas opiniones:
el parlero se da por elocuente,
el temerario pasa por valiente,
el rígido, por justo,
el lascivo, por hombre de buen gusto,
y el que es un insolente
pasa, en nuevo lenguaje, por corriente.

La mentira es ingenio y agudeza,
la sátira y el chiste sacudido
y su autor es jovial y entretenido.
La humildad es bajeza,
pundonor, la venganza,
la afectada lisonja es alabanza,
la cautela es prudencia,
y el artificio del astuto, ciencia.

Lámase santidad la hipocresía,
el silencio, ignorancia,
la prodigalidad, caballería,
la detracción, donaire,
el servicioso es gala,
y el no seguir esta opinión desaire,
estilo que ni el bárbaro lo iguala.

Con tan falsos jüicios,
dan color de virtudes a los vicios,
y creciendo el abuso,
el modo de pecar se vuelve en uso,
y prosigue la culpa
con apariencia vana de disculpa.

[De *Avla de Dios*, edic. cit., p. 70 y ss.]

José Zaporta

Sobre don José Zaporta sólo sabe Latassa lo que dice Alfay, que su *Fábula de Júpiter y Europa* está dedicada a don Antonio de Altamira, capellán de su Majestad en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar. Lo elogió cumplidamente J.F. Andrés de Ustarroz en su *Aganipe de los cisnes aragoneses* (Zaragoza, 1890), p. 40:

Josef Zaporta con gallardo estilo
imita al zueco de Papinio Estacio
y el coturno de Acio;
su musa, dilatándose cual Nilo,
inunda la ribera floreciente
del Ebro transparente,
que en aplausos admira caudalosos
sus versos elegantes y nervosos.

Doy sólo un fragmento de la bella y culta fábula, porque tiene un total de setecientos versos.

Fábula de Júpiter y Europa

Nació Europa, ninfa bella,
heredera de Agenor,
del cielo radiante flor,
del prado purpúrea estrella.
De las Gracias corrió en ella
el terno tan viento en popa,
que vistiendo tiria ropa
de fenicia majestad,
sino sol, era deidad
entre las ninfas, Europa.
Azul sandalia guarnece
de nieve hermosura tanta,
que si una flor su planta
maltrata, muchas florece.

¡Qué primores no le ofrece
a la selva en lo florido!
Que a su blancura ha servido,
más que por cándidas venas,
a Chipre las azucenas
y los jazmines a Gnido.

Fue ocasionando desmayos
al sol, envidioso dellos,
el menor de sus cabellos,
esfera de muchos rayos;
en sus mejillas los mayos
estudiaron más hermosas
primaveras, y en lustrosas
selvas de humanos jardines,
celebraron los jazmines
maridaje con las rosas.

En un clavel, copia tanta
de perfecciones ostenta,
que aromas vierte, si alienta,
que aves suspende, si canta;
cuanto Potosí de cuanta
riqueza hermoso se admira,
logrando, si ámbar espira
su aliento en distrito breve,
una admiración que mueve
y un movimiento que admira.

Al usurparle despojos
al amor en dulces riñas,
¿quién vio más traviesas niñas,
miró más traviesos ojos?
No se atrevieron enojos
a sus constantes deseos,
que se calzó a los empleos
del amor más singulares
su ingratitud de talares,
su desdén de caduceos.

Si dio su mano a la breve
urna de algún arroyuelo,
donde en campaña de hielo
hubo lid de nieve a nieve,

ninguno a juzgar se atreve
en tan dudosa porfía,
como cada cual quería
vender la que le igualaba,
si la líquida paraba,
o si la humana corría.

De sus damas al cortejo,
obediente una mañana,
que con listas de oro y grana
se arrebolaba al espejo
del mar y el sol, y el reflejo
de lucimientos iguales
en los etéreos viales,
desperdiciando arreboles,
eran para muchos soles
vidrieras los cristales,

salió Europa, no tan bella
su altivo resplandor dispone
la que cuando el sol se pone
nace luz y vive estrella;
pues aprendieron en ella
aliño cuantos primores
admiró en ciprios honores,
cuando a su hermosa alquería
muerta de amores venía
la diosa de los amores.

Los arroyuelos, que graves
discos de Amaltea bañan
y dulcemente acompañan
lo sonoro de las aves,
las esferas, que süaves
merecieron su esplendor,
mirando al primer albor,
Aurora tan bien prendida,
la dieron la bienvenida
perla a perla y flor y flor.

Iove, que a la ninfa hermosa
tan rendidamente ama,
que a los giros de su llama
se habilita mariposa,
viendo ocasión tan dichosa

a la voluntad dispuesta,
ya de sus rayos depuesta
la olímpica majestad,
en la amena soledad
para la facción se apresta.

Pero mirando amoroso
pelear en campo abierto
con un desvío muy cierto
un agravio muy dudoso,
de no dejar deseoso
sin premio su firme amor,
hizo mentirse pastor
a Mercurio y con engaños
pastorear los rebaños
en el redil de Agenor.

Mercurio luego, obediente,
desciende al prado y mentido
pastor, rústico vestido,
hace que su ardid aliente
el ganado al floreciente
sitio, donde Europa
guía, que al abril dejaba
envidioso en la porfía,
de claveles que tejía,
de rosas que enmarañaba.

Mirando al fin al decoro
de su honor, que altivo informa
tanta belleza, la forma
toma Júpiter de un toro.
El que gozó en lluvias de oro
la hija del rey Argivos,
hoy, por hados tan esquivos,
Amor, que llores conciertas
mil esperanzas que muertas
son [ya] sentimientos vivos.

Júpiter, ya disfrazada
la deidad, al puesto llega,
donde la ninfa navega
golfos de abril descuidada;
la piel de nieve rizada
y los pelos uno a uno,

con orden bien oportuno,
apreciando sutileza,
ostentaban más belleza
que ojos el pavón de Juno.

Míralo la ninfa y cuantas
cortejaron sus desdenes
sin haber visto a Hipomenes
fueron bellas Atalantas;
sólo de Europa a las plantas,
rémora impone el temor,
y del juvenil ardor
la actividad profanada,
cayó medio desmayada
en un transportín de flor.

El toro, deidad que atiende
la cimera de su mayo
y de aquel medio desmayo
los peligros comprehende,
aunque en el fuego se enciende
del amor por quien suspira,
como tan aojada mira
beldad que muda se queja,
enamorado se aleja,
pesaroso se retira.

Europa en tan grande empeño
de asombros mal corregidos,
calmó el mar de sus sentidos
la borrasca con un sueño,
y como dormida, dueño
de sus acciones no era,
que la roba en una fiera
sueña, disfrazado un dios,
la espada por popa y dos
medias lunas por venera. [...]

[De las *Poesías varias de grandes ingenios españoles,* de José Alfay (Zaragoza, 1946), p. 130.]

Juan-Francisco Andrés de Uztarroz

Una de las figuras más interesantes del Barroco en Aragón es la de don Juan-Francisco Andrés de Uztarroz, amigo de los mejores poetas y prosistas de su época, como B. Leonardo de Argensola, Lastanosa y Gracián, historiador, poeta y comentarista de Góngora. Nació en Zaragoza en 1606; estudió Derecho, obteniendo el grado de doctor; fue nombrado cronista del Reino en 1645, siéndolo también de Felipe IV. Escribió numerosas obras de tipo histórico y otras de tipo literario, como el *Antídoto contra la Aguja de navegar cultos* y otra *Defensa de la poesía española,* también contra Quevedo, ambas perdidas; más otra *Defensa de los errores que introduce en las obras de don Luis de Góngora don García de Salcedo Coronel,* también desaparecida. Publicó poemas sueltos en diversos certámenes, asistió a las Academias de su tiempo (mantuvo en su propia casa la de los *Anhelantes*) e imitó el *Laurel de Apolo,* de Lope de Vega, en el *Aganipe de los cisnes aragoneses celebrados en el clarín de la Fama,* que publicó Ignacio de Asso en Amsterdam en 1781. Latassa reseña dos libros titulados *Rimas poéticas* y *Poesías diversas,* compuestas en los años 1652-1653, que no han llegado a nuestros días.

Juan-Francisco Andrés de Uztarroz es un culterano discretamente contenido, que conocía muy bien la poesía de Góngora, al que no sigue en sus atrevimientos más audaces, como podrá ver el lector con el fragmento de la descripción de la casa y jardines de Lastanosa, publicada por Diego Dormer en Zaragoza en 1647.

Aquí la primavera
apacible, agradable y lisonjera,
aliñando las flores
sus matices ostenta y sus colores,
ámbar toda respira
y su variedad bella tanto admira
que el olfato recela si es mentira
el olor que trasciende,
y cuando más la luz el alba extiende
es mayor la fragancia

que exhala aquella estancia,
y cuanto más sutil la vista atiende
se halla más confusa
en la que mira amenidad difusa,
y atónita, perpleja y admirada
en suspensiones queda embelesada.

Siguen de Flora las hermosas huellas
las flores que pudieran ser estrellas
errantes, por lo vario y por lo hermoso,
aunque en la duración no lo parecen
porque más que otras plantas permanecen;
los bellos alhelíes
que topacios despliegan y rubíes,
el narciso, que el blanco de sus hojas
corona el rubio rey de los metales
y en él también acuerda las congojas
que un tiempo le causaron los cristales,
será ejemplo fatal de la agonía
que ocasiona la ciega filaucía.

La copiosa abundancia
que tiene más beldad que no fragancia,
los tulipanes que la Francia cría
y tu curiosidad pródiga envía,
desarróllanse aquí vistosamente
tanto esplendor luciente
y tanta variedad, que no hay colores
que puedan dibujar sus resplandores.

Aquí vive la rosa tan ufana
aumentando carmín a la mañana,
a quien el aire bebe
el aljófar que en ella el alba llueve,
y coronada de oro
su majestad aumenta y su decoro;
pero, ¡ay dolor!, que el bello imperio dura
la edad de un sol, que siempre la hermosura
suele vivir instantes;
así pues de la rosa las flamantes
hojas se desvanecen
y con las negras sombras se obscurecen.

Preso el clavel se mira
porque contra la rosa se conspira,

y aunque las cañas son leves prisiones
las tienen merecidas las traiciones:
que no hay flor tan altiva y ambiciosa
que el cetro niege a la purpúrea rosa.

El azucena en tantas candideces
dice que en su pureza no hay dobleces,
que no es poca ventura
hallarse sin engaño la blancura;
y el lirio contemplándose en su plata
de sus hojas lo cárdeno desata
y en letras de oro su fineza escribe;
pero el casto retiro no percibe
las líneas de su amor y sus antojos,
antes bien el silencio en sus enojos
publica cuerdamente y a sus quejas
tuerce el rostro y les niega las orejas,
que si escuchara el ruego
presto Cupido introduciera el fuego.

Los frágiles jazmines,
fragante ostentación de los jardines
imitando a las hiedras
se desparecen en copiosas medras,
que no hallándose arrimo
infecundo será lo más opimo.

Contar cuantas produce
flores y árboles fértiles la quinta
no da lugar ni relación sucinta,
que nunca mucho a poco se reduce;
sólo el cristal perene
por delinear la fuente de Hipocrene
describirá mi musa, cuya plata
por pura y trasparente será grata,
demás que el fin de lo admirable y raro
no será prodigioso sino es claro;
en su aljófar Apolo se retrata
y los blancos alisos
imitando amorosos los narcisos
porque se multipliquen las finezas,
los desvelos, las ansias y dolores
que escribió nuestro amigo en sus cortezas
cuando transmontó el sol los resplandores,

el sol que del oriente de Sevilla
vino a ser del Isuela maravilla,
y porque la ternura
y lágrimas que causa su hermosura
no se aumenten copiosas,
las aves bulliciosas
que nadan en sus líquidos caudales
moviendo con las alas los cristales
y rizando las cándidas espumas
con las agilidades de sus plumas
el vidrio en olas muchas dividiendo
y círculos de perlas repitiendo,
desta suerte su inquieta argentería
las endechas de amor desvanecía.

[Sigo el texto publicado en la RABM, vol. VI (1876), p. 244.]

Francisco Funes de Villalpando

Nació en Velilla, según el *Aganipe* de Andrés de Uztarroz, aunque en su obra dice en la portada «natural de la villa de Xelsa, en el reino de Aragón». Fue señor de Quinto, Gelsa y Velilla y gentilhombre de cámara de Su Majestad. Como militar estuvo en Italia, siendo herido en la batalla de Tornavento. El rey le nombró maestre de campo y gobernador de Praga, ciudad que fortificó. Estuvo casado don doña Atanasia Abarca de Bolea, hija de los marqueses de Torres.

A pesar de su actividad militar, Funes de Villalpando tuvo tiempo para dedicarse a la literatura. Conocemos de él un poema extenso, titulado *Lágrimas de San Pedro* (Zaragoza, 1645), una comedia, *Más pueden celos que amor,* de 1647, que según Latassa se representó en el teatro de Zaragoza. Escribió también una *Vida de Santa Isabel,* que publicó con el nombre de *Fabio Climente,* con el cual también imprimió en 1645 su novela de los *Escarmientos de Jacinto,* especie de *Cigarrales,* en prosa y verso, «divertimento de unas melancolías cuartanas», según dice en el prólogo.

La actividad política y militar de *Fabio Climente* le alejó de las tertulias y academias de su tiempo; sin embargo, a pesar de este alejamiento, su obra poética sigue las corrientes de su época, y más concretamente las del grupo zaragozano. No era mal poeta y versificaba con facilidad y elegancia, como se verá por las muestras que incluimos más adelante.

Soneto

Doradas hebras, de Faetón ensayos,
diademas son del nácar más luciente
(milagros del rapaz), nieve su frente,
sin deshacerse a tan propincos rayos.

Son sus mejillas dos eternos mayos,
y si el breve coral abrir consiente,
los tesoros descubre del oriente,
envidia a Venus y al Amor desmayos.

Émulas sus mejillas cuanto bellas
envidiosas riñeran, Laura, acaso,
pero ponerse en medio un jazmín pudo.

De cielo se vistieran sus estrellas,
y si ignoras la luz en que me abraso,
elocuente el cristal lo dirá mudo.

Décimas

Vuestros labios contemplaba
cuando un clavel me ofrecisteis
y dudoso me tuvisteis
si era el mismo que miraba.
Alegre y ufano estaba
en tan felices ensayos,
pero en sus difuntos rayos
se desengañó mi amor,
de que vos sola sois flor
que no padece desmayos.

Marchitóse, y mi cuidado
su temprano fin lloró,
por ver cuán poco duró
el favor de un desdichado.
A sus cenizas he dado
sepulcro en mi pecho ardiente,
y para que eternamente
viva su memoria en mí,
este epitafio escribí
a su fragancia luciente:

«Aquí yace cierta flor
que al alba fue la más bella,
y luego se juzgó estrella
en el cielo del amor.
Desvaneció su color
en la mitad de la gloria;
será eterna mi memoria
reposando en urna tal,
donde ha de ser inmortal
el triunfo de su victoria.»

Soneto

Desengaño en un tiempo merecido
fuiste del orbe, hasta que más errado
a tus divinas luces se ha negado
y a tu dulce contrario se ha rendido.

Tan lastimado ya como ofendido,
te contemplo en los cielos colocado,
de la verdad tu espada acompañado,
cuando de todo el sol estás ceñido.

Dichoso yo, que a tu piedad le debo
un rayo de la luz que te corona,
aunque el pecho gimió del golpe extraño.

Veneraré tu templo, y aún me atrevo
(tanto mi esfuerzo en tu poder blasona)
a atar en sus columnas al engaño.

Décima

Al alba nacisteis, rosas,
y luego siendo más bellas,
fuisteis en mi cielo estrellas,
tan vanas como dichosas;
pero ved cuán prodigiosas
nacieron vuestras colores,
que sólo porque favores
os mereció un desdichado,
marchitas habéis quedado:
ni sois estrellas ni flores.

[De los *Escarmientos de Jacinto*, pp. 70, 211, 240 y 292.]

Juan Fernández y Peralta

Nació don Juan Fernández y Peralta en la villa de Ayerbe, según Latassa, probablemente a principios del siglo XVII. Publicó en Zaragoza en 1661 un libro titulado *Para sí*, de carácter muy misceláneo, como el *Para todos*, de Pérez de Montalbán. Alternan la prosa y el verso, los elementos narrativos con los didácticos. Es una de las muestras típicas del barroquismo en Aragón, sin que falte la influencia de Gracián, ni en la filosofía ni en el estilo. Los poemas que incluye en el libro no son, precisamente, excepcionales, pero tampoco podía faltar su nombre en una antología de poetas aragoneses del Barroco.

Romance

Escucha, altivo risco,
si por lo fuerte, bronce,
por lo que lloras, tierno
y por lo recio, doble,

a ti, que el gran planeta
flamígero conoce,
dorándote su cresta
cuando él nos la descoge;

pues qué diré de rayos
que flechan sus arpones,
los tira porque veas
sus nítidos ardores;

a tí, que por gigante,
las Mayas y Trïones
se humillan publicando
que son ellas menores,

hasta aquel Ololampas
de Tracia, que es en donde

lo célico se funda
como en polo más noble,

atlante de los cielos,
enano, reconoce
que genio lo forjó
si contigo se pone,

te pido que me digas,
pues registras el orbe:
¿No has visto calumniadas
del ruiseñor las voces?

A los apios y gramas,
que son para los hombres
galantes, pues les dan
guirnaldas con sus flores,

sus fúnebres lamentos
a veces no los oyes,
quejándose que todos
los cortan ya y los corren.

¿No miras que dejado
se reconoce y pobre
aquel laurel que pisa
la cumbre de aquel monte?

Pues ya he visto en sus ramas
cantar los ruiseñores,
emulándose a lides
por alegrar los bosques.

En un huracán verde,
arrullos lloradores
la tortolilla ha echado
y hoy todos lo rompen,

cuando es con sus ramuscos
y salidos colores
bandera de los aires,
garzota de las flores,

y todos los Museos
célebres y mejores
para trofeos grandes
lo buscan y recojen.

Al cantar las Alectrias
que el negro centón corre
la Aurora, y que concede
lucientes esplendores,

Garbán, que por frondoso
es y por tan disforme
el primero que el alba
por galán reconoce,

éste, con su hojarasca
de la deidad triforme,
fue un dosel muy oculto,
que celó sus amores.

A muchos Milibeos
del tonante Jove
cuando despide rayos
por librarlos acoge.

Pues ve si es infelice,
que el sol sus arreboles
se los marcó tan verdes
con rayos quemadores.

En él verás ahora
que chillan los gorriones
cuando desata el día
las dudas de la noche.

[*Discurso 1.º*]

Don Juan de Moncayo y Gurrea

Don Juan de Moncayo y Gurrea, marqués de San Felices, descendiente del famoso don Juan de Aragón, virrey de Sicilia, debió de nacer en Zaragoza hacia 1614-1615. Fue admitido muy joven al servicio de Felipe IV y en 1636 se le ciñó la espada y juró de gentilhombre de boca. Por la muerte de su madre, ocurrida en 1635, heredó el título de marqués de San Felices. Residió en Zaragoza, reuniendo en su casa una pequeña tertulia de poetas gongorinos, y fue dos veces presidente de la Academia que reunía en su palacio el conde de Lemos, en la que leyó diversos elogios de poetas zaragozanos. Durante su estancia en Madrid debió de conocer a Lope de Vega, a Hortensio Paravicino y a Salcedo Coronel, a juzgar por los sonetos que les dedica. Quizá frecuentase con asiduidad el teatro y los corrillos de comediantes, porque en su poema de *Atalanta* hay versos en elogio de las actrices María de Córdoba, María de Morales y Juana Vázquez, tan citadas por los escritores de la época. Debió de morir después de 1656, ya que en este año publicó el poema de *Atalanta e Hipómenes.*

En 1652 aparecieron en Zaragoza sus *Rimas,* aunque Latassa vio un ejemplar de cierta edición de Lérida de 1636. Supongo que se refiere a la acogida que obtuvo esta obra en Madrid cuando escribe en el prólogo de las *Rimas* de 1656 lo siguiente: «Otra vez expongo a tus censuras mis obras [...] si bien entonces fue la corte adonde te debí los aplausos [...] ahora lo eres tú, Zaragoza, patria mía». Su poema de *Atalanta* en doce cantos, aparte de la fábula, trata de diversas cosas muy dispares, desde los reyes de Aragón, hasta los literatos más nobles, pasando por los elogios de las actrices citadas.

Su poesía sigue con fidelidad las huellas de Góngora, pero un Góngora adobado con cierta contención aprendida en Bartolomé Leonardo. El léxico y las metáforas aproximan su obra a la del cordobés, pero se hallan ausentes las violencias sintácticas, la elusión y otras notas que tanto caracterizan la poesía gongorina. Hay en el aragonés aciertos indudables, sobre todo en la visión suntuosa del paisaje y en los retratos en los poemas mayores, como se podrá comprobar seguidamente.

Fábula de Júpiter y Leda

Ya Flora el seno colorido abría
a los hálitos de Aura que, amorosa,
tempestades en flores promovía
exhalación fragante y bulliciosa;
nácar del alba o rosicler del día,
en verdes copos, su beldad la rosa
purpúrea ostenta, en quien süave emplea
su dulcísimo néctar Amaltea.

Los prados, de esmeraldas revestidos,
dan libre paso a las sonoras fuentes;
los árboles pomposos y crecidos
se visten de colores diferentes;
las plantas, nuezas, pámpanos, tejidos
en troncos, en repechos eminentes,
copiosos fertilizan sus tesoros,
brotando flores por sus verdes poros.

El lirio, a quien dio nieve la belleza,
en las terrestres cunas se mejora,
y en el nativo albor naturaleza
del alba los cambiantes atesora;
el clavel, que en fragancia y en pureza
bebe todos los llantos de la aurora,
allí su roja púrpura desata
y en líquidas serpientes se retrata.

Por grillos de esmeralda floreciente
desaprisiona el lirio azules velos,
imitando en el curso de su oriente
la sombra más luciente de los cielos;
la viola, el jazmín que en preeminente
lugar forma confusos paralelos,
bellas alfombras, fáciles doseles,
fabrican contra rayos más crueles.

La dulce y infelice Filomena
sobre un chopo, con métrica armonía,
la ocasión refiriendo de su pena,
llena todas las otras de alegría;
a su planta florece la azucena,
el claro albor con que amanece el día,

que en ellas retrató naturaleza,
libre o forzada, virginal pureza.

En un árbol las tres deidades brinda,
bañada en grana y oro la manzana,
y en otro intenta la sabrosa guinda,
ya que no el oro, competir la grana;
la cereza, si no por ser más linda,
porque al gusto se ofrece más temprana,
al campo se presenta lisonjera,
y en igual grado la menina pera.

Hurtando al oval círculo la forma,
ostenta la ciruela su dulzura;
el alberge, pendiente al aire, informa
ser en sabor primero y hermosura;
el limón, que ya en oro se transforma
y agrio o dulce al informe se asegura,
variando al gusto efectos y sabores,
allí pende entre ramas y entre flores.

Da la mosqueta en bosques más frondosos
el cándido lucir de su belleza,
florido invierno, pues mostró olorosos
copos que en sí nevó naturaleza;
ya se encuentran tan blancos como hermosos,
ya separados con igual destreza,
son, a impulsos del céfiro violento
cuna en que mece su niñez el viento. [...]

A un Crucifijo

Soneto

Arroyos surcan de coral sagrado
en tu bella deidad el rostro hermoso,
¡oh Señor!, cuyo tránsito amoroso
quebrantó los abismos del pecado.

Tu clemencia, que el círculo estrellado
describe con incendio misterioso,
impuso desde el centro tenebroso
contra ti el golpe de rigor armado.

Mis culpas ocasionan esas penas
que abundan en purpúreos resplandores,
el efecto más triste de mi llanto.

¡Oh verdadero Isac, por cuyas venas,
en fuentes de rubí, formando flores,
hollaste los horrores del espanto!

A una dama muerta

Soneto

Muerta la vida y vivo el escarmiento,
luz sin luz, entre horrores eclipsada,
el más tirano triunfo de la nada
y del cielo el más justo sentimiento,

el sol, que al soplo frágil de un aliento
mostró toda su pompa deshojada,
beldad del mayo, en polvo desatada,
de la muerte el despojo más violento

es hoy tu efigie al orbe peregrina,
donde se ven destrozos de cristales
que anuncian de bellezas la ruïna.

Voz muda que, en extremos desiguales,
a los rigores de la parca inclina
el milagro mayor de los mortales.

Soneto

¡Cómo se pasan, Lelio, las edades,
sujetas al rigor de la inconstancia,
cuando del mundo, bárbara ignorancia,
desconoce terrestres potestades!

Funda sobre diversas voluntades,
de prósperos sucesos, la arrogancia,
y verás en su misma vigilancia
que todo es vanidad de vanidades.

Nace el sol, en el término de un día
muere y comienza el curso repetido
por la estación del cielo más serena.

Sólo a tanta mudanza mi agonía,
en el lóbrego centro del olvido,
anima el contrapeso de mi pena.

A una dama que tiró un güevo de azahar

Soneto

En prisión breve azahares deposita
tu mano bella, siempre rigurosa,
pues con el agua quiere, cautelosa,
el fuego disfrazar, que precipita.

En el tirar de amor el golpe incita,
fiando al aire acciones de briosa;
nunca la vio la selva más hermosa,
cuando de Venus la deidad imita.

Rendido el corazón a su luz pura
y abrasando en las perlas que derrama,
a mi cuidado acrecentó desvelos.

Divina suspensión de la hermosura,
¿cómo en agua reduces tanta llama?,
¿cómo desatas tanto ardor en hielos?

La violencia de Amón a Tamar

Romance

De las violencias de amor
al impulso más tirano,
¡oh cómo Tamar se mira
ser de sus rigores blanco!

Del doliente Amón al lecho
incauta llega y, osado,
si con finezas la obliga,
se retira a más recato.

«¡Ay Tamar hermosa! —dice—
con la nieve de tu mano
templa el ardor, pues con ella
amor me flechó sus rayos.

Si al cariño de mi incendio
con que me hielo y me abraso
te concedes, Tamar mía,
tu esposo seré, no hermano.

Imitaremos aquellos
siglos en que ya de un parto
dio la tierra al matrimonio
los sujetos duplicados.

Tan amante seré tuyo
que el sol me envidie en tus brazos,
y la tierra nos dé alfombras,
si no tálamos dorados.

Nuestro padre David, mira,
se gozará en verme sano;
no dilates, pues, Tamar
correspondientes halagos.»

Ella, cuerda, se retira,
mas Amor torpe dio al arco
tanto flechas, que ya Amón
se vio de respectos falto.

Empañar su luz intenta
y en repetidos abrazos
el candor de su azucena
quedó en su violencia ajado.

En vano se resistía,
que a su esfuerzo delicado
era muy robusto Amón
y eran muy fuertes los lazos.

Más encendida la rosa
lisonjeó sus torpes labios
y en celajes de jazmín
dejó los extremos raros.

Más y más conseguir quiere
que a su cielo soberano
dio la carrera el deseo
y amor no le cierra el paso.

Quiso repetir sus dichas
y en los cristales más claros
de la infelice Tamar
vio de su culpa el retrato.

Miró su fealdad en ellos
y en ella considerando,
y no en él, tan fiero asombro,
huye dos veces ingrato.

Del lecho injusto la arroja,
trueca el cariño en agravios
y la que fue flor del cielo
es tragedia ya del mayo.

A los desprecios de Amón
los elementos temblaron,
viendo en la hermosa Tamar
sus primores ultrajados.

Hasta el mismo cielo entonces
le amenazó con presagios,
pues cubrió su rostro el sol,
los luceros se eclipsaron.

La rosa encogió la grana,
Clicie padeció desmayos
y el clavel desató en sangre
lo que el alba le dio en llanto.

La hermosura de Tamar
era la vida del campo,
era el alma de las flores,
de las esferas agrado.

Ultrajarla fue locura,
no intentar con agasajos
satisfacerla fue error
y despreciarla su estrago.

Quejas dio Tamar al aire,
los montes que la escucharon
la responden con sus ecos,
que hasta un monte es más humano.

El sol en doradas vueltas
con cursos acelerados
trató vengar a Tamar,
dando a su término el plazo.

Ambrosio de Bondía

Ambrosio de Bondía, quizá de Zaragoza, debió de nacer hacia 1615. Según Latassa, estudió Filosofía, fue doctor en Teología y más tarde se ordenó de sacerdote. Don Manuel Acevedo Zúñiga y Fonseca, conde de Monterrey, le nombró su capellán y le llevó consigo a Roma y Nápoles, donde pasó unos años, residiendo más tarde en Barcelona, para afincarse después en Zaragoza, donde murió después de 1650.

Es autor de la *Cytara de Apolo y Parnaso de Aragón* (Zaragoza 1650), que pertenece al género de los *Cigarrales de Toledo,* de Tirso de Molina, tan típico del Barroco, y es una miscelánea de diversas especies, donde se cuentan historias, se representan comedias y se cantan o recitan poemas. Bondía es un poeta fino, hábil e ingenioso, no demasiado culterano, como verá el lector.

Glosa

Ojos, ¿cómo queréis ver,
si por ver vais a morir?
Pero no queráis vivir
si este morir no ha de ser.

Temed, alma, este despeño.
¿Dónde váis tan presurosa?
Que no seréis venturosa
si estáis muerta a vuestro dueño
cuando os quiere hacer dichosa.

No os seáis a vos ingrata,
sed constante en padecer,
y pues no puede esto ser
sin vivir y el ver os mata,
ojos, ¿cómo queréis ver?

Entre finezas de amor,
ninguna más resplandece

que la que un amante ofrece
en la fuerza de un rigor,
si en el mismo rigor crece.

Yo siento en mi un imposible
sin acertarlo a decir,
decidlo, ojos: el sufrir
puede en mí ser más terrible
si por ver váis a morir.

Toda su gloria él amor
la cifra en ver lo que quiere;
cuando no lo mira muere,
si lo mira es gran rigor,
pues en gloria de amor muere.

Mas os vale retirar,
ojos, para no morir;
en duda podéis decir
que os habéis de aconsejar,
pero no queráis vivir.

Quien por amor llega a muerte
triunfa a sí mismo inmortal;
ni es morir, sino en igual
trocar por mejor la suerte
con visos de celestial.

Pues, ojos, ahí acertáis,
animaos para más ver,
mirad que podéis caer
de la gloria a que aspiráis,
si este morir no ha de ser.

Consonancia de amor

La consonancia de amor
tiene tan dulces acentos,
que suspende hasta los vientos.

¿De qué? ¿Cómo? ¿Para qué?

¿De qué te afrentas, rosal,
de salir a la luz pura,

cuando ronda tu hermosura
el planeta celestial?
¡No pienses ser inmortal,
porque en tu seno se esté
la rosa! Porque yo sé
que apetece verse fuera,
y a la luz no se corriera
de verse; pues tú *¿de qué?*

¿Cómo eternizas tu nombre
y estableces tu memoria,
si lo que puede ser gloria
en ti lo ocultas del hombre?
Para pretender se asombre
de tu nácar, que un asomo
ve en tus verduras esquivas,
es menester que [en] un tomo
o libro eterno lo escribas;
pero, si lo borras, *¿cómo?*

¿Para qué quieres que rompa
con violencia por vivir
tu rosa, si ha de salir
a luz sin que se corrompa?
La eterna fama en su trompa,
si quies que gloria te dé,
haz que salga cuando esté
más enredada en tus brazos
y más atada en sus lazos;
porque si no *¿para qué?*

Dí, ¿qué gloria puede ser
no anticipar tu hermosura?
¿Así puedes merecer
el aplauso y la ventura
que puedes de ella tener?
No detengas, créeme a mí,
la gloria en que has de gozarte,
porque es sin duda que allí
llegarás a mejorarte;
porque si no, *¿dónde, di?*

¿Por qué no te determinas,
pues cuando en la duda vienes,
a todos consta que tienes

rosas entre tus espinas?
Hermosura peregrina
cuando el mundo las miró
en ellas su gloria vio,
y coronando el deseo,
en todos fue dulce empleo;
pues, rosa, en ti, *¿por qué no?*

Romance

Parleruelo ruiseñor,
¿de qué te quejas, si puedes
decir en quiebros süaves
lo que tu corazón siente?

Si entre silbos amorosos
tanto desahogo tienes,
deja que sólo suspiren
los amantes que no pueden.

Si un agravio te hizo Amor,
dichoso a lo menos eres,
que te dejó que a las selvas
en tus voces lo dijeses.

Sin duda tu corazón
ya esta pena no la siente,
y si la siente, el alivio
en la misma pena tiene.

Pues echas voces süaves,
es cierto que vivir quieres:
que no es pusible que ahogue
pena que al aire se atiende.

¡Ay de aquellos que se abrasan
y en el pecho el fuego tienden!
¡Ay de los que arden amando
y el fuego mostrar no pueden!

¡Ay de aquellos corazones
que ocultas llamas resuelven,
que aunque con humos de luces
sólo con los humos mueren!

Süave pajarillo, dichoso eres,
que si en penas te abrasas, decirlo puedes.
¡Ay del amante que en el fuego se abrasa
y hablar no puede!

Llórenlo todos, que en finezas se ahoga
y de fino muere.

Pajarillo süave, dichoso eres, etc.

[De la *Cytara de Apolo*, pp. 10, 23, 37 y 74.]

Doña Ana F. Abarca de Bolea

Era hija de don Martín Abarca de Bolea y Castro y hermana del marqués de las Torres. Probablemente nacería en Siétamo, en el palacio de su familia, que más tarde pertenecería al conde de Aranda. El canónigo Salinas, que prologa el libro de doña Ana *Catorce vidas de santos* (Zaragoza, 1655), reconocía que los Abarca habían dado nobles escritores a las letras aragonesas. A los tres años entró en el monasterio de Casbas, del que ya no había de salir. Aquí nutrió su espíritu con lecturas muy diversas (llegó a saber latín) y desde su celda se carteó con Salinas, Uztarroz y probablemente con Gracián, que la elogia en su *Agudeza,* lo mismo que Uztarroz en el *Aganipe.*

Los versos de doña Ana F. Abarca de Bolea se encuentran en el libro titulado *Vigilia y octavario de San Juan Bautista* (Zaragoza, 1679), donde también se encuentran intercalados un apólogo *(La ventura en la desdicha)* y una novela *(El fin bueno en mal principio).* Los poemas insertos en la obra pertenecen al tipo de composiciones sacras, de caracter popular, en algún caso en dialecto aragonés, o bien son romances descriptivos no exentos de gracia. No es una poesía excepcional, pero sí curiosa, especialmente la dialectal, estudiada por Manuel Alvar, de la que incluyo alguna muestra.

Romance jocoso

A lavar Marica paños
dicen que un día salió;
yo digo que ha salido
a afrentar al mismo sol.

De dos jabones que daba
a ellos y al que la vio,
si en aquéllos bien se emplea,
en él estuvo mejor.

Del agua que de ellos vierte,
nos dice el curso veloz

que mirando su blancura
corrida se retiró.

Bien haya, amén, de Marica
la clara resolución:
que toda hermosura y gala
si es común pierde valor.

El tendellos con su mano
causó tanta emulación
en cada flor, que, a porfía,
su regazo la ofreció.

No me admiro se llevara,
del galán que la miró,
en cada doblez del alma,
por lo doble que ellos son.

Si Marica dejó el valle,
claro está se puso el sol;
porque de sus bellos ojos
tiene luz y resplandor.

El que logra lo que es suyo
no quiera más galardón,
conténtese con la luna,
hombre que la mereció.

Albada del nacimiento

Media noche era por filos,
las doce daba un reloch,
cuando ha nagido en Belén
un mozardet como un sol.

Nació de una hermosa Niña,
Virgen adu que parió
y diz que dejó lo cielo
por este mundo traidor.

Buena gana na tenido,
pues no len agradejón
aquellas por qui lo fizo,
y bien craro lo veyó.

En fin, nació en un pesebre,
como Lucas lo dició;
no se enulle si le dicen
que en las pallas lo trovón.

Dícenlo Pascual y Bato,
Bras y Chil y Mingarrón,
y lo mayoral Turibio,
que ellos primero lo vión.

Buena será la parvada
que aquese grano escondió,
que en dempués de bien molido
fará un rico Pan de flor.

Contaron que unos moçardos
con un anchélica voz
groria y paz iban cantando,
dándole al mundo alegrón.

Leváronle los pastores
de crabito y naterón
dos mil milenta de aquellas,
de que el Niño se folgó.

Dijón que entre trapos su Madre
contenta lo embollicó,
y que estaba hermosa y linda,
como una alma que es de Dios.

Entre un buey y entre una acebla
con muyto goyó nació;
aunque de ver tal socceso
diz que Abacuc se espantó.

El santo viello Chusepe
contento estaba, por Dios,
adu que antes estió triste
porque no trovó mesón.

En dempués no sintió cosa,
que su Fillo lo ordenó;
que sin ser bispe ni papa,
ye muy grande ordenador.

Lo sabroso y lindo Niño,
aunque plora, ya rindió;
plora cuando no lo quieren
y ride quien lo quirió.

Listos andan los ancheles,
del cielo al suelo bajón,
cantando «Gloria en los cielos
y paz en la tierra a toz».

La comarca de Belén
buena fiesta se gozó;
mas ella fue una coitada,
que guardarla no sabió.

Toz la claman buena noche,
dirálo la colación
y lo tizón de nadal,
que ye nombrado tizón.

Diránlo los villancicos
y diránlolos cantors;
dirélo yo, que me en fuelgo
de repiquetiar la voz.

Ya que sabez do está el Niño,
procurad veyerlo toz,
que aquel que no lo veyere,
mal la cuenta le salió.

A su Madre y a Chusepe,
pus lo merecen los dos,
darézle la norabuena
deste Fillo que tenión.

Todos el pie le besemos,
que es nuestro Dios y señor,
pidiendo faga pesebre
del cristiano corazón.

Romance a una fuente

Fuente que, en círculo breve,
presumes de gran raudal,
si tus principios observas,
no te precipitarás.

Considera que mendiga,
en diverso mineral,

con anhelos de gananciosa
te nos quieres ostentar.

Rica de bienes ajenos
todos nos dicen que estás;
que usurpas, cual poderoso,
a los pobres el caudal.

De ambiciosa te calumnian,
mas tú te puedes quejar,
pues ves no te agradecemos
el gran gusto que nos das.

Recién nacida se ofrece
a clausura tu humildad;
no son acciones de niña,
aunque sean en agraz.

Parecímosnos los dos,
mas en proseguir está
la fineza, fuente amiga;
no des pasos hacía atrás.

Dicen que envidias te quieren
desta huerta desterrar:
que hasta en raudales ofende
lo claro de la verdad.

Que eres en todo sabrosa,
no hay quien lo pueda dudar:
que fuente en huerta de monjas
quién duda que tendrá sal.

Aunque estás puesta en la pila,
que te quieren baptizar
con nombre, mas desde hoy
eres fuente del peral.

Uno guarda tus espaldas,
pero, aunque te haga amistad,
es imposible que tú
le dejes de murmurar.

Mas de cosario a cosario
muy poco perdido habrá;
que te lo juran sus hojas
con desquite general.

En mí has visto claramente
que trato de la verdad;
siendo más clara que tú,
que no es poco ponderar.

Quédate a Dios, que ya es tiempo
de comer y de almorzar;
donde probaré tus aguas,
brindando a todo zagal.

Romance a Guara

Ya se ha dispertado Guara,
ya se va a medio vestir,
presumiendo tocas largas
por la muerte del abril.

Llora rigores del tiempo,
sin atreverse a sufrir
lo caduco de su trato,
con que a muchos causa el fin.

Pues, boquimuelle de hielos,
va envidiosa a competir
con su erizado cristal
lo que otra vez fue carmín.

Y que en todo lo mudable,
aunque murmurar lo oí,
muy vana y muy lisonjera,
los tiempos la veo seguir.

Con que la diré, sintiendo
su lamentar y gemir,
con deseo que escarmiente,
estas verdades así:

«Pues eres serrana en todo,
con su estado has de medir
tu condición, sin que quieras
de señora presumir.

»Porque ninguno agradece
tus lisonjas, que es civil
quien por hacer gusto a otro
se olvida mucho de sí.

»Si habitas casi en los cielos,
no tienes más que adquirir;
advierte que tus grandezas
mendigarlas tal vez sí.

»En el estío te arrojas,
por avivar el matiz,
de las más incultas selvas
hasta dar en ellas fin.

»A los arroyos tributos,
y adquirir vienen por ti
altos nombres, que otros tiempos
que se ignoraban oí.

»Desperdicias por las peñas
las perlas de mil en mil
que en lagartos escarchados
se ven brillar y lucir.

»Osténtase en tu grandeza
ya el topacio, ya el rubí,
la delicada amapola
y el sufridor alhelí.

»Al fin, en flor una alfombra
de esmeraldas tan sutil,
que lo aliñado y fragante
sin arte se supo unir.

»Mas, ¡ay!, que tu amenidad
hoy se llega a reducir
a verte ajada y marchita
por un invierno civil.

»Escarmienta, si eres cuerda,
lo vano procura huir,
que te la jura el enero
con toca larga y monjil.

»Muy compasiva te aviso
no te procures el fin,
que si has visto tu oriente,
presto verás tu nadir.

»Lo mal que te paga el tiempo
no quieras vengarlo en mí,
dando por paga a mi amor
mucho hielo que sentir.»

[*Octavario,* pp. 4, 52, 75 y 121.]

Vicente Sánchez

Es uno de los últimos poetas de algún interés del siglo XVII aragonés. Había nacido en Zaragoza en la primera mitad del siglo, muriendo antes de 1668, en que se estampó su *Lira poética* como obra póstuma. Perteneció a la Academia poética del príncipe de Esquilache en la que fue una vez fiscal.

Gran parte de su producción contenida en esa *Lira poética* es de caracter sacro, generalmente villancicos que se cantaron en la capilla del Pilar, y de los que hay muchas ediciones sueltas; pero son de muy escaso valor, por adolecer de los defectos de otros muchos villancicos de la época, muy alejados ya de los de un Lope de Vega, por ejemplo. En cambio, se pueden salvar otros poemas, más ingeniosos que auténticos, muestra el jugueteo verbal, sin trascendencia, a que se inclinaba la poesía española de finales de siglo.

A Tirsi doliente

Ciega al aire, la nube escala al viento,
gigante de humo que a la luz conspira,
bostezo melancólico que aspira
a ser doliente eclipse al firmamento.

Al cielo sólo al estallar violento
asusta el trueno de la luz que gira,
y en la tierra, distante de su ira,
quejas del rayo humea el escarmiento.

Si de horror viste tu esplendor sereno
ese achaque de nube con ensayo,
cielo eres, Tirsi, tu temor condeno.

Contra mí se arma, sienta yo el desmayo;
tú, no, porque aunque más te asuste el trueno,
nunca se forja contra el cielo el rayo.

Endechas

Aquella tortolilla
a quien oye la selva
llorar con ansias vivas
sus esperanzas muertas,

al sufrimiento ofende,
si al dolor lisonjea,
cuando pasión tan dura
desata en voz tan tierna.

Su llanto es instrumento
que acompaña su queja,
donde la destemplanza
es armonía nueva.

Envuelto en melodías,
hace el tormento en ella
que amargamente cante
y dulcemente sienta.

Si aun al aire suspende
su sonora tristeza,
mucho es que su dulzura
su dolor no suspenda.

No será su tormento
igual a sus querellas,
o finge con su llanto,
o siente con mi pena.

A unos ojos negros

Ojos, milagros de amor,
que, exentos de su poder,
tenéis de libres el ser
y de esclavos el color;
negros os volvió el ardor
de vuestros incendios puros,
que en vano os previene muros
el pecho del que miráis
cuando vosotros no estáis
de vuestros rayos seguros.

A las once mil vírgenes

Endechas

Ya rizan las espumas
del mar garzas veleras,
y de azules cabellos
le peinan ondas crespas.

Conducen bellas ninfas
y el mar, que las venera,
por no poder sus plantas,
la quilla humilde besa.

Sus rayos y sus remos
dos elementos pueblan,
de luz el aire doran,
de nieve el agua argentan.

De perlas tan divinas
más dignamente fueran
sus bajeles de nácar
las conchas eritreas.

Del turquesado cielo
y de la undosa esfera
lucientes son espumas,
nevadas son estrellas.

Vano el cristal admira
que a tantos soles sea
oriente un mar y cuna
a tanta Venus bella.

No temen que los vientos,
que las olas alteran,
tormentas amenacen,
que esos aires las llevan.

Peligraron sus vidas
en la playa serena,
siendo su golfo el puerto,
su calma la tormenta.

En la sangrienta orilla
sus cortadas cabezas
verdes laureles cogen,
rojos corales siembran.

Ursola, flor divina,
que pocas primaveras
copió al clavel fragancias,
venció al jazmín purezas;

con purpúreos matices
más quiso a dura flecha
ver rosas que violadas
sus hojas de azucenas.

Murió, y a coronarse
de luciente diadema,
cuando su aliento espira,
su espíritu se alienta.

[*Lira poética*, pp. 66, 74 77 y 120.]

Baltasar López de Gurrea

Baltasar López de Gurrea fue natural de Zaragoza, donde nacería hacia 1620, siendo hijo del primer marqués de Villar. Obtuvo el cargo de gentilhombre de cámara de don Juan de Austria, desde el año 1669 virrey de Mallorca. Debió de morir a finales del siglo.

Pertenece López de Gurrea a la última generación de escritores aragoneses del siglo XVII. Publicó en 1663 un libro titulado *Classes poéticas,* en cuyo prólogo nos dice: «Ofrecióme el deleitoso espacio de la aldea esta entretenida ocupación; gustoso medio para divertir su soledad [...] Allí inspiró desembarazada la mente esta variedad (aunque mal dispuesta) de poesías, en la diferencia de metros que propone». Y en efecto, el libro se divide por su temática en distintas clases, como ya indica el mismo título: clase histórica y fabulosa, a la que pertenece una *Fábula de Júpiter y Europa,* en quintillas, bastante discreta. No es mucho mejor la de *Faetón y Apolo,* ni la de las Belidas. Publica también algunos sonetos *A Colón, A Carlos V,* etc. A la clase lírica, «conceptuosos empleos de delicados dictámenes y genio primoroso», pertenecen algunos poemitas que no dejan de ofrecer interés.

Su poesía, conseguida con facilidad y no exenta de cierta gracia, se entronca también con la poesía gongorina, aunque ya es un gongorismo de tercera generación, más ingenioso y conceptista que los anteriores.

Introducción a un vejamen que se dio en una academia

Ese otro día, apenas
del faetónteo coche luz ardiente,
dispidiéndose de olas y de arenas,
al Cauno visitó la altiva frente,
en penosos cuidados,
que avivaban prolijos sufrimientos,
mal del alivio hallados,
y hallados bien de tristes pensamientos,

sufría la campaña
que sierpe de cristal el Ebro baña.

Y apenas entre flores,
que en matices ya cándidos, ya rojos,
por cejas de esmeralda en sus verdores,
eran del prado florecientes ojos,
mi cuidadosa pena,
en celosos y locos desvaríos,
a fúnebres imágenes condena
la fuerza del dolor los ojos míos:
que sólo un dolor fuerte
alivios halla en sombras de la muerte.

No bien en verde lecho
de Morfeo rendido a la dulzura,
sosiegos animaba el triste pecho,
cuando una nube, centro de hermosura,
de deidades preñada,
una a los aires dio tan peregrina,
que juzgué a su beldad por extremada,
escasos los aplusos de divina;
y así su bizarría
se atrevió a bosquejar mi fantasía.

Sin prisión el cabello,
volando por el aire libremente,
de oro bruñido figuraba al vello
un piélago o oceáno luciente;
lustrosos arreboles,
compitiendo en sus ojos, como en cielo,
por ser hermosa afrenta a muchos soles,
alentaban de luz vistoso anhelo,
juzgando escasa gloria
de sólo un sol el lauro en la victoria.

Rendía el jazmín cultos
a dos pomos de nieve con destreza,
ni descubiertos bien, ni bien ocultos,
desde cuya nevada gentileza,
de azul y plata un velo
hasta el coturno de su pie corría,
que por suyo pedir pudiera el cielo,
de estrellas tachonado en noche fría,
o no pedille atento,
porque no le afrentase el lucimiento.

Un manto que fragante,
si florida Amaltea, a ser redujo,
sobre campo de grana rozagante,
de hermosa primavera fiel dibujo,
de los hombros pendiente,
con gala el brazo izquierdo recogía,
y la orla, o remate, que luciente
desde el brazo los vientos discurría,
parecía en el viento
cometa que produjo el firmamento. [...]

Habla con su pensamiento, quejoso de los rigores de Celinda

Romance

Pensamiento mío,
¡qué tristes estamos,
tú por lo que pierdes,
yo por lo que gano!

Cuando pierdes dichas,
gano desengaños,
y es para perderte
llegar a ganarlos.

Tus dichas arroja
un olvido ingrato,
y yo en tus desdichas
mi locura atajo.

Mas ¡ay!, que mal puedo,
pues en tanto daño
me tiene más loco
tu fino cuidado.

Porque no conoces
que es empleo vano
pagar en finezas,
cobrando en agravios.

Si un ingrato dueño
de ti se ha olvidado,
¿por qué sus olvidos
pagan agasajos?

Si el rigor le sale
a tu amor al paso,
¿por que no le templan
ultrajes tan claros?

Si a tu fe se oponen
desvíos tiranos,
¿por qué has de ofrecerte
gustoso holocausto?

Si el desdén te hiela,
¿por qué en fuego tanto
has de ser el Etna
en que yo me abraso?

Si ingratos rigores
pueden apagarlo,
¿por qué a mis dos ojos
les pides su llanto?

Si ya de mi olvido
evidencias hallo,
¿por qué sin razones
pretendes dudarlo?

Si oculto en silencio
las penas que paso,
¿por qué has de sufrirlas
con quejas al labio?

Si es falsa sirena
la que te ha engañado,
¿por qué solicitas
lisonja en su canto?

Mas ¿para qué pido
razón que no alcanzo,
si te hallo tan ciego
como desdichado?

Pensamiento mío,
mi vida te encargo,
que la expone mucho
tu amoroso engaño.

Ingrata Lucinda,
dulcísimo encanto,
blanco a mi fineza
de amorosos rayos,

templa los rigores
del esquivo brazo,
y el verme rendido,
no esfuerce lo airado.

A una esperanza indecisa

Romance

Con vela y sin esperanza,
trueca el indeciso leño
del quieto mar que navega
lo náufrago en lo sereno.

De feliz pescadorcillo
la rige un alto deseo,
tanto en el lograrlo humilde,
cuando en pensarlo soberbio.

Suspenden su precipicio
divinos dulces acuerdos,
mas haciendo dellos vela,
deja el golfo y busca puerto.

Cosarios burla y piratas,
si favores son los remos;
que el pescador no es cobarde,
ni pesado el navichuelo.

Temer pudiera tormenta,
pero su dulce tormento
registra amigas estrellas,
arrebatado a su cielo.

Pero atendiendo a que oculta
el mar escollos secretos,
feudo rinde al mar con llanto,
y con suspiros al viento.

Barquero, barquero,
que te rompe la vela el desvelo.

[De las *Classes poéticas,*
pp. 3, 92 y 140.]

Matías de Aguirre del Pozo y Felices

Matías de Aguirre del Pozo nació en Calatayud en 1633, según Latassa, y casó en Huesca con doña Vicencia de Assín y Viota. Al morir su mujer en 1660 se ordenó de sacerdote, llegando a magistral de la catedral de Huesca. Murió en Pamplona en 1670.

Debió de poseer una excelente formación humanista a juzgar por las citas latinas que figuran en algunos comentarios a los «enigmas» que inserta en su *Navidad de Zaragoza repartida en quatro noches* (Zaragoza, 1654), obra parecida a la de Tirso y a la de Bondía. «Días había —escribe— que tenían convenido cuatro caballeros de Zaragoza regocijar las fiestas de Navidad con algunas sutilezas de ingenio, con diferencias de instrumentos músicos y con suavidad de acordes acentos.» En estos cuatro días cantan, descifran enigmas, los comentan y representan cuatro comedias. Se intercala en la última noche una extensa silva «A los sucesos que pasaron cuando salí de Zaragoza a ocasión del contagio».

La poesía abunda en composiciones burlescas sin demasiada gracia ni agudeza, aunque en la silva hay momentos felices con influencia de Góngora, al que se cita en algún comentario.

Matías de Aguirre es también autor de un libro curioso, y ya raro, titulado *Consuelo de pobres y remedio de ricos. Dividido en tres partes en que se prueba la excelencia de la limosna,* impreso en Huesca en 1664.

[El viento. Enigma]

Bizarro espíritu soy
y cuerpo también sustento;
estoy donde bien me siento,
no me siento donde estoy.

Todos me llevan en sí,
o por decir cómo ando,
de sí me están arrojando,
y no están en sí sin mí.

Soneto

Corto plazo te dio, beldad perdida,
el mayo alegre, que tu flor maltrata,
pues borrando el carmín y sutil plata,
en negras hojas te dejó teñida.

Imperio breve tu corona olvida,
pues quien vida te dio luego te mata,
y sólo tu vivir cruel dilata
hasta el principio mismo de tu vida.

El sol tus breves horas acelera,
el viento corta tu tranquilo verde,
tú en cenizas de hojas te deshaces.

Pues si el sol quiere que tu pompa muera,
dirás, quejosa, cuando así te pierde,
que no naciste, pues muriendo naces.

A un amante que estaba al lado de su dama con el debido recato

Mirando estoy el fuego que más quiero
y entre la llama vivo enamorado,
ni estoy al desacato apasionado,
ni de la ley de amor quebranto el fuero.

Prudente vivo en el ardor primero
por estar más vencido y más amado;
y estoy en mi pasión tan abrasado,
que juzgo que no miro, pues no muero.

Humano cielo en su beldad se advierte;
rayos tira de luz, no incendio grave,
templando ardores entre nieve y hielo.

A Venus pido que de amor la muerte
no niegue mis suspiros, pues se sabe
que es forzoso morir para ir al cielo.

[De *Navidad de Zaragoza,* pp. 14, 29 y 41.]

Don José Tafalla Negrete

El doctor don José Tafalla y Negrete debió de nacer en Zaragoza en la primera mitad del siglo XVII, donde quizá estudiase Jurisprudencia, ya que el 19 de marzo de 1665 ingresa en el Colegio de Abogados, según constaba en el libro de matrículas que vio Latassa. El anterior había publicado la *Descripción de las fiestas de la beatificación de San Pedro Arbués.* En 1678 marchó a Madrid, convencido por el marqués de Alcañices y allí murió. Gracias a la solicitud de don Manuel de Contamina se pudieron recoger bastantes poemas que se reunieron en el *Ramillete poético de las discretas flores del amenísimo, delicado numen del doctor D. José Tafalla Negrete,* publicadas en Zaragoza en 1706.

Casi toda su obra es poesía de circunstancias y muchos poemitas son improvisaciones; a otros les falta rigor y trabajo de lima, como ya se reconocía en el prólogo de la obra: «Y aun estas limitadas poesías no estaban en la última mano y lima reflectiva de su autor, sino escritas en papeles inútiles, en cubiertas de cartas».

Celebra haber conseguido los labios de su dama

Pica el carmín o púrpura fragante
del clavel atrevida la abejuela
y rica del favor que la desvela,
dulces regalos se fabrica amante.

Abeja fue mi amor, que ya constante
sólo a ser tuyo cariñoso anhela,
y con las alas de su dicha vuela
al clavel de tus labios rozagantes.

Picó mi amor su nácar peregrino,
ambiciosa abejita, que sin susto
en el carmín chupó nectar divino.

Y pues no arriesgo Antandra tu disgusto,
sabe que fuimos en feliz destino
abeja yo, tú flor y miel mi gusto.

Restituyendo a Julia un corazón de plata

Corazón de metal, y metal frío,
¿en quién, si no es en ti, vive animado?
¿No le bastaba duro, sino helado,
la fragua resistir del pecho mío?

Efecto es de la luna en el sombrío
cóncavo de una gruta lo argentado;
prendas de la mudanza son cuidado,
son susto y no favor del albedrío.

Más preciosos del sol arde el minero,
y si de tu hermosura el sol arguyo,
que el corazón no es tuyo considero.

Por eso, Julia, te le restituyo;
porque no siendo tuyo, no le quiero,
y no le quiero helado siendo tuyo.

A Fílida, en ocasión que la vio en un jardín

Romance

Por zapatillas, cristales
rosal floreciente calza,
cuya plebe de hermosura
es mariposas de grana.

En confusión agradable,
dudosamente se halla
la esmeralda, verde rosa,
la rosa, verde esmeralda.

El verdor, que lo desmiente
con el recato de nácar,
envidiosamente cuerdo
a bellezas acompaña.

Vencida su resistencia
y difunta su esperanza,
a la escuadra florecida
se postra verde campaña.

Del zafir lucientes hojas,
que en veloz vidrio se estampan,
con las rosas igualmente
se dan fragante batalla.

¡Oh, cuál pelea el Lucero!
¡Oh, cuál la flor se contrasta!
Ella luce y él suspira,
ella es rayos y él fragancias.

Pálida corre una estrella,
en sangre una flor se baña,
todo su desmayo es luces,
todo su furor es ámbar.

Mirábalo un ruiseñor
desde el balcón de una rama,
que en pomposo risco bello
le construye hojosa jaula,

clarín de plumas publica
las milagrosas hazañas,
que triunfan bellas porfías
de competencias bizarras.

El cristalino arroyuelo,
en desperdicios de plata,
de músico presumido
no murmura, sino canta.

Fílida, deidad pastora,
salió esparciendo ventajas
a las fugitivas perlas,
a los candores del alba.

Viendo el lucido tesón,
le serenó con su cara,
adonde murió el delito,
viviendo la confianza.

[*Ramillete,* pp. 58, 81 y 85].

Índice

Introducción 9
Selección 17
Fray Diego Murillo 19
Lupercio Leonardo de Argensola 25
Bartolomé Leonardo de Argensola 47
De uno de los Argensola 67
Anónimo 69
Francisco Gregorio de Fanlo 77
Juan Melendo 81
Andrés Melero 87
Fray Jerónimo de San José 97
Francisco de Sayas 103
Martín Miguel Navarro Moncayo 105
Don Manuel de Salinas y Lizana 113
Licenciado Ginovés 117
Juan Bautista Felices de Cáceres 121
Don José Pellicer de Ossaú 123
José Navarro 127
Alberto Díez y Foncalda 135
Luis Díez de Aux 141
Jerónimo de Cáncer y Velasco 149
Juan Nadal 155
Diego de Morlanes 159
Miguel Dicastillo 163
Tomás Andrés Cebrián 169
José Zaporta 171
Juan-Francisco Andrés de Uztárroz 177
Francisco Funes de Villalpando 181
Juan Fernández y Peralta 185
Don Juan de Moncayo y Gurrea 189
Ambrosio de Bondía 197
Doña Ana F. Abarca de Bolea 203
Vicente Sánchez 211
Baltasar López de Gurrea 215
Matías de Aguirre del Pozo y Felices' 221
Don José Tafalla Negrete 223

TITULOS APARECIDOS

El convidado de papel, *Benjamín Jarnés*
La muerte hizo su agosto, *Ildefonso-Manuel Gil*
Disciplina clericalis, *Pedro Alfonso*
Vida de Pedro Saputo, *Braulio Foz*
Su línea de fuego, *Benjamín Jarnés*
Monte Odina, *Ramón J. Sender*
Teatro, *Ramón Gil Novales*
Lo Rojo y lo Azul, *Benjamín Jarnés*
Bosquejillo de la vida y escritos de José Mor de Fuentes, delineada por el mismo.
Las tardes del Sanatorio, *Silvio Kossti*
Poemaciones, *Ildefonso-Manuel Gil*
Oráculo manual y arte de prudencia, *Baltasar Graciár*
Epigramas, *Marco Valerio Marcial*
La baba del caracol, *Ramón Gil Novales*
La poesía aragonesa del Barroco, *José-Manuel Blecua*

OTROS TITULOS

en preparación:

Viviana y Merlín, *Benjamín Jarnés*
Teoría del Zumbel, *Benjamín Jarnés*

«Esta aportación aragonesa, si no ofrece el interés de la andaluza, no por eso merece quedar en olvido, ni mucho menos. Creo que si poseyéramos amplias antologías de grupos regionales, nuestra historia poética de la Edad de Oro podía ser mucho mejor conocida de lo que es en la actualidad». Con estas palabras del editor del presente volumen queda bien claro el doble propósito de La poesía aragonesa del Barroco: *acercarnos a un mejor conocimiento de la alta temperatura lírica de la España del siglo XVII, por un modo nuevo cuyo interés ya encareció Rodríguez Moñino, y proponer al lector una selección cabal de poetas aragoneses poco o nada conocidos, por más que muchos vinieran ensalzados por el* Laurel de Apolo *de Lope y citados con encomio por el Gracián de la* Agudeza de arte e ingenio. *Y nada desdeñables, como se echará de ver fieles los unos a lo que creyeron su tradición regional (así Manuel de Salinas cuando traduce a Marcial y Díez de Aux cuando lo hace con Prudencio, o Martín Miguel Navarro al seguir la estela de los Argensola), seguidores los más de Góngora (con la rara calidad de Dicastillo, el licenciado Ginovés, Moncayo o Felices de Cáceres), autores otros —como Andrés Melero— de una joya, la «Canción real a San Juan Clímaco», en la mejor ejecutoria de la iconografía barroca, cumplidos servidores aquellos de lo burlesco como el barbastrino Jerónimo de Cáncer y Velasco, y hasta cultivadores —tal la abadesa Ana Abarca de Bolea— del romance dialectal. Unas breves notas biográficas de cada poeta y un estudio preliminar sitúan adecuadamente el contexto común y la tarea personal. Con este libro, José Manuel Blecua, catedrático de la Universidad de Barcelona y doctor* honoris causa *por la de Zaragoza, antólogo avezado y el mejor conocedor de la poesía áurea, ofrece el resultado más personal de un veterano afán filológico ya anticipado en su edición del* Cancionero *zaragozano de 1628 y de las obras poéticas de los Argensola. La Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses honra su catálogo al inscribir en él la última obra del mayor investigador literario aragonés.*

Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses